

24
17

Vo. Bo.
[Handwritten signature]

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS.

COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS.

APROXIMACION A GALDOS A TRAVES DE FORTUNATA.



EXAMENES
PROFESIONALES

Tesis que para optar por el grado de Licenciada
en Lengua y Literaturas Hispánicas presenta
Ma. Josefina Ponce Cortés.

México, D. F., 1934.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Indice.

Indice	p.	I
Introducción	p.	III
¿Quién es Fortunata?	p.	1

Primera Parte.Fortunata a través de la crítica.

Cap. I.- Fortunata vista por Stephen Gilman	p.	4
Cap. II.- Carlos Blanco Aguinaga disiente de Gilman	p.	16
Cap. III.- Fortunata y Jacinta, Novela de Transición.	p.	19
Cap. IV.- Perfil Psicológico y Moral de Fortunata. Su regeneración	p.	29

Segunda Parte.Influencias personales significativas en el desarrollo de la personalidad de Fortunata y en la orientación de su existencia.

Cap. I.- Mauricia la Dura: la amiga	p.	38
Eva y la Serpiente (Patricia)	p.	43
Cap. II.- Maximiliano Rubín: el Marido.	p.	48
El sentimiento del honor	p.	58
La honra para Fortunata	p.	58
El sentimiento del honor para Maximiliano	p.	60
Cap. III.- Juanito Santa Cruz: el amante.	p.	64

II

Cap. IV.-	Guillermina Pacheco: la santa.	p. 74
	Mauricia-Guillermina. Su transfigura- ción en Fortunata	p. 76
Cap. V.-	Jacinta: la rival.	p. 82
	La pícara idea.	p. 86
	Influencia de Fortunata en Jacinta.	p. 95
	Conclusiones	p. 103
	Notas	p. 110
	Bibliografía	p.

APROXIMACION A GALDOS A TRAVES DE FORTUNATA.

Introducción.-

Acercarse a una obra de la dimensión y las características de Fortunata y Jacinta en calidad de simple lector, resulta fascinante; pero el intento de aprehender críticamente tal complejidad es ya una tarea que encierra una enorme responsabilidad y esfuerzo, sobre todo para quien pretende apenas alcanzar el grado de Licenciatura en Letras Hispánicas.

¿Por qué Galdos? ¿Por qué Fortunata y Jacinta precisamente había de figurar en el título de la presente tesis?

Porque he podido observar que en México, particularmente, la obra de Galdós no tiene ni la divulgación ni el reconocimiento que le son debidos. Y tal hecho, además de injusto, me parece inexplicable por tratarse de uno de los autores más accesibles al gusto popular (sin que esto menoscabe su calidad artística), dadas su amabilidad en la narración, su lenguaje sencillo, así como la universalidad y vigencia de su temática. Pero lo más lamentable es que dentro de los círculos literarios pareciera que los grandes novelistas hispanoamericanos (pertenecientes al llamado Boom) eludiesen hablar de su herencia galdosiana —y, en general, hispánica— concientes únicamente de la influencia recibida a través de las literaturas inglesa, francesa y norteamericana. Las referencias al escritor español, por otro lado, son muy breves en la crítica literaria* y en las publicaciones literarias, cuando se escribe sobre el realismo se dedican muchas páginas a la obra de Tolstoi, Balzac y Dostoyevsky, pero sólo unas cuantas líneas se dedican a Benito Pérez Galdós.

Sin embargo, he de consignar también algunos hechos que deben llenarnos de optimismo: a partir de 1943 (primer centenario del nacimiento del escritor canario) un buen número de críticos españoles y norteamericanos se han abocado la tarea de difundir y revalorar

rar su obra. Desde el año de 1966 la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas, y la Universidad de Pittsburg editan conjuntamente la revista Anales Galdosianos, publicación íntegramente dedicada a la obra de este escritor. Los hispanistas de Norteamérica se han convertido en apasionados galdosianos. De entre ellos: Stephen Gilman, Sherman Eoff y Robert Kirsner, junto con Carlos Blanco Aguinaga, Joaquín Casaldueiro, Ricardo Gullón, Gustavo Correa y Julio Rodríguez Puértolas han fundamentado esta tesis, cuya mayor pretensión se cumpliría si pudiese ser considerado como un intento (aunque modesto) por reavivar la memoria de un escritor injustamente olvidado. Mi propósito es demostrar lo incomprensible de este fenómeno poniendo de manifiesto la profundidad y trascendencia de pensamiento y la riqueza apenas descubierta del arte galdosiano al que tanto debe la literatura actual. Es preciso sacar a Galdós del encierro provinciano al que lo tienen relegado quienes piensan que el español es una lengua que estuvo dormida durante dos siglos (el XVIII y el XIX) y que acaba de revivir solamente en nuestros días en la obra de Cortázar, Vargas Llosa, Carpentier y García Márquez. Es necesario revalorar la obra de Benito Pérez Galdós, difundir la lectura de sus grandes novelas y dedicarle, en consecuencia, ensayos y tesis.

En cuanto a la elección de Fortunata y Jacinta, consideré conveniente acercarme a esta novela, porque ella nos deja ver la riqueza y complejidad de un mundo ignorado o apenas presentado por el hombre, pero vivido y padecido secularmente por la mujer. Tardíamente comenzamos a cobrar conciencia de que a la hora de ordenar la sociedad, de pensarla y sentirla, se ha dejado de lado a las voces femeninas; porque la verdad es que dentro del contexto hispánico pocos personajes muestran, como el de Fortunata, la condición de la mujer escindida, jaloneada por fuerzas irreconciliables que terminan por aniquilarla. A veces pareciera que la pobre "ohulita" no es otra cosa que el escenario donde se enfrentan y luchan las contradicciones de una sociedad mal hecha: la pasión "transgresora" por un don Juan que la utiliza para exaltar su propia con

dición de ser privilegiado, de Delfín. La aceptación y el respeto, por otro lado, hacia las instituciones sociales (el matrimonio, la superioridad de la burguesía aristocratizante, el papel de la Iglesia como rectora de las conciencias). La defensa, por último, de sí misma como ser valioso, idea a la que ha llegado tortuosamente mediante la búsqueda, infructuosa o atinada, de sí misma, para lograr ejercer finalmente una limitada e ilusoria libertad: dar un hijo a los Santa Cruz y creerse un "ángel". Sin embargo, éstas no son fuerzas ciegas que atropellen indiscriminadamente todo lo establecido; por lo contrario, lo trágico, lo conmovedor en *Fortunata* es su afán, inútil o no, por conciliarlas. Y, precisamente esta interacción de fuerzas y de personajes que la presionan y la hacen actuar, es el tema fundamental del presente trabajo.

* Cfr. por ejemplo la única referencia a Galdós en dos líneas una sola vez en El realismo francés, frente a las abundantes alusiones del autor a Dostoievsky (24 ocasiones), Tolstoi (21 ocasiones). El libro de F. W. J. Hemmings The Age of Realism, ya incluye un apartado sobre "Realism in Spain and Portugal" que dedica 8 pp. a Galdós.

¿QUIEN ES FORTUNATA?

Esta "chulita" no es la pintoresca moza de un cuadro de costumbres, aunque presente, por su origen social, rasgos de donaire costumbrista; no es tampoco, un simple y detallado retrato naturalista, ni fue moldeada por un realismo ordinario, por más que la fuerza de su carácter la acerque a esos moldes. Mucho más dista de ser la heroína de un novelón sentimental distribuido por entregas, no obstante acusar ciertos rasgos que podrían identificarla con cualquiera de estas corrientes. Fortunata, superando un encasillamiento fácil, resulta uno de los más logrados e interesantes personajes del mundo galdosiano: por su profundidad y desarrollo psicológico, por su verosimilitud no desprovista de hallazgos artísticos, por su simbolismo que, aunado a su bien definida individualidad, ella queda en nuestra mente como un ser dotado de volumen, de aliento vital o, dicho en otras palabras, de espíritu.

Para dar una semblanza completa de Fortunata, considero necesario reseñar brevemente los principales hechos de su vida.

Como lo anticipo, la historia de Fortunata nada tiene de particular, o, mejor dicho, de extraordinario. Debe haberse llamado Fortunata Izquierdo, aunque el narrador la nombra simplemente Fortunata: afortunada, afortunada en cuanto concierne a lo que representa la izquierda, el lado siniestro en un simbolismo moral y religioso.

La llamada "Pitusa" procede del nivel más bajo de los barrios pobres de Madrid. Fue huérfana, maltratada al quedar a cargo de Segunda Izquierdo, su tía. La casualidad la llevó a conocer a Juanito Santa Cruz, prototipo de niño bien, quien la seduce y la abandona a su suerte, cuando ella espera un hijo que muere siendo muy pequeño. Fortunata, después de algunas aventuras, buscadas, más por necesidad que por afición, se encuentra con Maximiliano Rubín, estudiante de Farmacia, de salud endeble y cargado de complejos, quien,

deslumbrado por su belleza, le propone matrimonio. En principio, es rechazada por la familia Rubin, pero, ante la firme determinación de Maxi, convienen en aceptarla, a condición de que pase un tiempo en Las Micaelas, centro de rehabilitación para mujeres caídas, de donde supuestamente saldrá reformada. Durante su estancia en este lugar, conoce a Jacinta, esposa de Juanito y de todos apreciada por su virtud. Por otra interna (Mauricia la Dura), la Pitusa se entera de que aquella señora, a falta de hijos, estuvo a punto de adoptar a un niño que, le aseguraron, era hijo de su marido y de su antigua amante, la propia Fortunata. A partir de entonces, surge en ella un vivo afán de emular a Jacinta, por lo que se rebela contra la adversidad de su suerte. Tal deseo, así como un sentimiento de piedad y gratitud, la llevan a casarse con Maxi. Pero muy poco puede perseverar en su propósito de enmienda, pues la influencia de su amiga Mauricio, y el regreso de Juan, la hacen caer nuevamente. Al descubrir su engaño, Maximiliano la echa de la casa. Ella espera liberarse así de remordimientos, para disfrutar plenamente de su amor. Pero el amante la abandona al poco tiempo, al recordar sus deberes con Jacinta. Desconsolada, Fortunata deambula por las calles y la casualidad la lleva a encontrarse con Don Evaristo González Feijóo. Es éste un hombre rico, de edad avanzada, que la protege y trata de educarla a su manera. A su lado, Fortunata vive una época de paz que tampoco ha de prolongarse por mucho tiempo. Don Evaristo, al sentirse viejo y cansado, la convence de volver con su marido, después de darle una dote que será trabajada por Doña Lupe, la de los Pavos. Todo se arregla y, más conforme que feliz, Fortunata retorna al lado de Maxi, quien, cada día más débil, física y mentalmente, requiere de cuidados casi maternos. Un inesperado encuentro con Jacinta reaviva en Fortunata sus celos y la antigua rivalidad en cuanto al reconocimiento social que a ella le ha sido negado. Así, cuando Juan la busca nuevamente, ella lo acepta, a sabiendas de que su relación jamás será duradera. Sin embargo, ahora la inspira una idea que se ha ido desarrollando en su mente a través de un lento proceso: la verdadera esposa es aquella que es capaz de

ser madre; por consiguiente, según Fortunata, Jacinta no lo es. Ella, en cambio, le dará un hijo al Delfín y sólo entonces podrá igualarse con Jacinta y aun superarla en mérito y virtud. Una curiosa locura va apoderándose de Maxi, quien, sintiéndose iluminado, atemoriza a Fortunata, obligándola a refugiarse en su viejo barrio de Mira el Río, donde la pobre mujer da a luz un niño. La locura de su marido, toma después apariencia de lucidez racional y Maxi, por medio de la deducción, da con ella. Su rencor se disfraza de perdón y amistad al confiarle que ha descubierto que su amante sostiene relaciones íntimas con Aurora Samaniego, su gran amigo. Fortunata reacciona extrañamente: siente la ofensa de Juan por sí misma y también por parte de Jacinta. Dispuesta a cobrar su doble engaño, lucha cuerpo a cuerpo con su rival y, agotada por el enorme esfuerzo, vuelve al lecho para desangrarse en una lenta agonía. Pero antes de morir decide entregar su hijo a la familia Santa Cruz, a Jacinta, con quien, después de su generosa acción, por fin puede compararse.

I

FORTUNATA VISTA POR STEPHEN GILMAN.

Es innegable que Fortunata ha sido tratada por el autor con pro fundo interés y ternura, además de cuidado y pleno dominio del ofi- cio. Sin embargo, por eso mismo, tal simpatía no salta a la vis- ta, no se descubre fácilmente, pues Galdós está a salvo de errores muy propios de escritores de mediana talla, los cuales caben, según creo, en una sola denominación: maniqueísmo. Maniqueísmo en un sen tido peyorativo que a menudo puede rebajar la novela a una lucha en- tre buenos y malos, como si en la realidad fuese posible una clasi- ficación tan simplista del ser humano. De concepto tan burdo, sue- len desprenderse defectos como los siguientes: personajes acartonados, bidimensionales; figurines más que personajes, cada uno etique- tado con una cualidad o rasgo característico, reiteración despropor- cionada de las virtudes morales y físicas de los héroes frente a la maldad, acompañada muchas veces de fealdad, de los villanos, acumu- lación de desdichas y adversidades sobre los protagonistas. Terminado esto a justificar su caída, cuando se trata de los malos, el fin podrá ser o no feliz en este tipo de modelos. Pero, en cualquier caso, resplandece finalmente la justicia y la verdad sobre sus contrarios.

Galdós, en esta etapa de su arte, está muy por encima de estos modelos de ficción. En Fortunata y Jacinta no hay ningún personaje enteramente virtuoso, ni lo hay enteramente perverso, pues en esta etapa de su arte, la visión de Galdós es más profunda.

Este preámbulo nos conduce a afirmar que en el trazo de Fortu- nata el escritor ha empleado lo mejor de sus recursos artísticos; sobre todo, si la comparamos con Jacinta. Esta podría atraernos más y, si no lo logra, no es por descuido o voluntad del autor, si no porque su ser y sus circunstancias, más estables, menos contra-

dictorias, no la someten a los profundos cambios que han de afectar la existencia y la personalidad de Fortunata. Ella se encuentra en el mundo mientras Jacinta vive protegida; la caracterización de la última está en relación directa con la clase social a la que pertenece: la alta burguesía. y de ese marco social se desprende su configuración: segura, pero sumida en las convenciones; detallada, pero quizás algo distante. Todo esto no significa que la señora de Santa Cruz sea un personaje hueco, como aquellos a que aludimos antes, sino que, desde el punto de vista literario, está en desventaja con su rival. Tampoco Jacinta llega a sentir la fuerza de las pasiones —cercada por el mundo convencional de la familia, como lo está la esposa de Santa Cruz— con la fuerza de Fortunata.

La descripción prolija, la ponderación de sus encantos y virtudes por boca de otros personajes y en labios del propio narrador, el adjetivo, en fin, está al servicio de Jacinta. Por el contrario, la figura de Fortunata va delineándose lentamente, tomando diversidad de formas y matices por propias acciones a lo largo de la novela.

De cómo aparece por primera vez en ella, nos habla Stephen Gilman, uno de los más apasionados estudiosos de Galdós:

Su creatividad [de Galdós] alcanza un grado superior al presentarnos a Fortunata desde un ángulo visual muy distinto al de otros personajes. Frente a Jacinta, de quien conocemos hasta los más insignificantes detalles físicos y de su forma de vestir, Galdós contrapone a Fortunata, de cuya poderosa belleza no nos son dadas imágenes particulares. En su primera descripción directa, cuando ella y Juanito Santa Cruz, su seductor y amante, se encuentran en las escaleras, hay tres adjetivos en la frase "Juanito vió algo que, de pronto, lo impresionó: una mujer bonita, joven, alta" que son completamente irrelevantes. El contraste entre esta suscita introducción y las profundidades de la intimidad que nos reserva la novela, no puede ser más a propósito. Inmediatamente después, mediante un proceso de metamorfosis verbal, Galdós transforma el típico manipu

leo del mantón de Manila de la muchacha en el aleteo de un ave. Así, en el preciso instante de su nacimiento en la novela, la presencia de Fortunata queda plasmada como una fuerza lenta, como la manifestación primitiva de vitalidad que nos cautiva, como cautivó al señorito que permaneció allí admirándola. (1)

Gilman concede a este pasaje un valor emblemático comparable al de los molinos de viento en Don Quijote, o al de la huella en Robinson Crusoe.

a) Partamos pues, de estas premisas para analizar detenidamente (de acuerdo con Gilman) la primera aparición de Fortunata en la novela (Primera parte, III, IV, 474-75) (2).

El mencionado pasaje se inicia así: "Juanito reconoció el número 11 en la puerta de una tienda de aves y huevos . . . "

La minuciosa descripción de dicho sitio, está fuertemente relacionada con la escena siguiente:

Habiendo apreciado este espectáculo poco grato, el olor de corral que allí hacía, y el ruido de alas, picotazos y cacareo de tanta víctima, Juanito la emprendió con los famosos peldaños de granito, negros ya y gastados. [. . .] Cuando, movido por la curiosidad, mira a través de la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, se sorprende ante la presencia de una mujer bonita, joven, alta. [. . .] La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueado de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural. (Primera parte, III, IV, 474).

El Delfín se sorprende aún más al ver cómo la muchacha se lleva a la boca un huevo crudo que saborea con fruición; con gran donaire le ofrece lo que queda en el cascarrón: "Por entre los dedos

de la chica se escurrían babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta; pero no: le repugnaban los huevos crudos".

Después de dar el último sorbo, arroja el cascarón vacío contra la pared y se limpia luego las manos con su pañuelo.

En este pasaje, encuentra Gilman algunos elementos naturalistas, si bien muy debilitados. En primer lugar, nota que:

[. . .] los adjetivos 'bonita, joven, alta', concuerdan perfectamente con la ágil mirada predatoria del joven macho.

La matanza de los pollos en el piso de abajo, el rápido desplume y sus lastimosas y, en cierto modo, repulsivas anatomías, colgando en filas, forman un prelude a la súbita revelación: la vista de Fortunata sorbiendo un huevo crudo. Estas dos visiones, al fusionarse, producen la simultánea atracción y repulsión que anticipa la futura ambivalencia de los sentimientos de Juan hacia la joven.

El contraste entre la educación de ambos no puede ser mayor; él lo percibe así y, a pesar de ello, o por lo mismo, queda fascinado por su condición primitiva [añada a una belleza sin igual, añadiría yo.]

En el primer encuentro, Galdós ha tocado el núcleo de la historia: Fortunata no se nos presenta desnuda (como podría haber aparecido en novelas escritas ochenta años después). Tal presentación habría sido demasiado cruda para Galdós como artista y demasiado indecorosa para el público. Pero hace un contraste aún más efectivo vistiendo a su heroína como un animal (según la expresión del Delfín: 'un animalito muy mono' [. . .] 'como te digo, un animal, pero buen corazón, buen corazón . . . ¡pobre nena!' o para ser más específicos, como un pollo esperando su turno para morir.

Prosigue Gilman:

La exhibición popular y pintoresca que hace Fortunata de su mantón de Manila tuvo una preparación en la sección sobre historia de la moda y el vestido en España ('Un vistazo al comercio ma

tritense', Primera parte, cap. II).

Sin embargo, para nuestros propósitos la explicación histórica es menos significativa que la comparación ornitológica. (3).

El interés de las ideas que aquí se preludian me hace volver nuevamente al citado artículo de Gilman:

Fortunata, en su primera aparición, no únicamente come un huevo crudo con una primitiva falta de educación, sino que, además, ella misma es una criatura salvaje, un pájaro que actúa instintivamente debido a su naturaleza [. . .] Pero ahora debemos fijar nuestra atención solamente en esta escena, una escena en la cual Fortunata, como un pájaro, es, al mismo tiempo, salvaje e inocente, llena de color e intensamente viva. Esto no es alegórico; en el contexto de la novela queda plasmada en ella una maravillosa naturaleza. Es decir, la metáfora, una vez presentada, persiste, como un río subterráneo, el cual, de tiempo en tiempo, surge a la superficie en el camino angustioso de la heroína, por ejemplo: Juanito recuerda la ternura de Fortunata como madre de palomas, alimentándolas en su pecho y cantándoles para hacerlas dormir. Su ornamento descrito es un broche con la forma de una golondrina. Y ella reza a la Virgen de la Paloma. Sus pensamientos son como los de los pájaros 'deja sus ideas revolotear por el techo'; 'una idea pasaba por su espíritu como un pájaro fugaz por la inmensidad del cielo'; 'Esta es mi idea que vengo criando aquí desde hace tantísimo tiempo, empollándola hasta que ha salido como sale el pajarito del cascarón'. 'Hágame el favor de decir a Lupe que la pájara mala sacó pollo esta mañana. . . un polluelo hermosísimo. . . con toda felicidad'. 'El piar de pájaros también se precipitaba en aquel sombrío confín, y los chillidos con que Juan Evaristo pedía su biberón' (4).

De este estado de semi-inconciencia, cercano a su muerte, emerge la heroína con un propósito que, al cabo, se convierte en convicción: ella es un ángel. Para Gilman, Fortunata será alada criatura, pájaro que, al traspasar los linderos de la muerte, alcanza una me-

tamorfosis triunfal.

b) Aún desde otro punto de vista capta Stephen Gilman el primer encuentro entre Fortunata y el Delfín. Percibe una evidente influencia de la literatura española medieval en el tradicional encuentro entre el caballero y la pastora. Continúo citando en forma generosa, por considerarlo necesario en la etapa de iniciación de mi trabajo.

Dice Gilman:

Empezamos a sospechar a lo que trata de llegar [Galdós] cuando insiste repetidamente sobre el "aspecto feudal" de la morada de Estupiñá. La primera descripción es representativa: 'El piso en que el tal vivía era cuarto por la Plaza y por la Cava séptimo. No existen en Madrid alturas mayores, y para vencer aquellas era forzoso apechugar con ciento veinte escalones, todos de piedra, como decía Plácido con orgullo, no pudiendo ponderar otra cosa de su domicilio. El ser todas de piedra, desde la Cava hasta las buhardillas, da a las escaleras de aquella casa un aspecto lúgubre y monumental como de castillo de leyenda'.

En una nota, añade Gilman:

Un párrafo después, Galdós insiste nuevamente: 'Juanito la emprendió con los famosos peldaños de granito negros y gastados. Efectivamente, parecían la subida a un castillo o prisión de Estado'.

Pero, ¿qué hay acerca de Fortunata? Juanito, como una versión moderna del heroico joven caballero, gana su confianza por su caballerosidad e hidalguía:

'Me idolatraba. Creía que yo era como los demás, que era la caballerosidad, la hidalguía, la decencia, la nobleza en persona, el acabóse de los hombres.' [. . .] Pero, ¿cómo puede ella, como creatura de la ciudad, ser convertida en pastora? El retrato que, borracho, nos da Juanito de ella, sugiere una respuesta:

'Fortunata tenía las manos bastas de tanto tra bajar; el corazón lleno de inocencia. . . For tunata no tenía educación; aquella boca tan linda se comía muchas palabras y otras las e- quivocaba. Decía indiligencias, golver, asín. Pasó la niñez cuidando el ganado. ¿Sabes lo que es el ganado? Las gallinas'. Inocencia, belleza natural, faltas en la pronunciación (el sayagués de Madrid), el cuidado del "gana do", todos los elementos esenciales son presen tados. La versión medieval de la inocencia corrompida ha sido renovada en términos del si glo XIX. Como dice Juanito: 'Los hombres, di go, los señoritos, somos unos miserables, cree mos que el honor de las hijas del pueblo es co sa de juego. . . ' (5).

e) Refiriéndome al mismo pasaje, pienso que también "en térmi nos del siglo XIX" hay una huella del tema "El Cazador y su presa", que puede considerarse recurrente en el teatro del Siglo de Oro.

Citaré como ejemplo, algunos versos de Fuenteovejuna de Lope de Vega. La acción es la siguiente: Laurencia y Frondoso conversan en el arroyo; pero su diálogo es interrumpido por la llegada del Co mendador Fernán Gómez quien, según palabras de Laurencia "tirando viene a algún corzo" (I, v.776).

Frondoso se oculta en unos matorrales por lo cual el Comendador cree hallarse a solas con la moza:

Comendador. No es malo venir siguiendo
un corcillo temeroso,
y topar tan bella gama.

Laurencia. Aquí descansaba un poco
de haber lavado unos paños.
Y así, al arroyo me torno,
si manda su Señoría.

Comendador. Aquesos desdenes toscos
afrentan, bella Laurencia,
las gracias que el poderoso
cielo te dio, de tal suerte
que vienes a ser un monstro.
Mas si otras veces pudiste
huir mi ruego amoroso,
ahora no quiere el campo,
amigo secreto y solo;

que tu sola no has de ser
tan soberbia, que tu rostro
huyas al señor que tienes,
teniéndome a mí en tan poco.

{ . }

Laurencia. { . } Id con Dios, tras vuestro corzo;
que a no veros con la Cruz {de Calatrava},
os tuviera por demonio,
pues tanto me perseguís.

Comendador. ¡Qué estilo tan enfadoso!
Pongo la ballesta en tierra,
y a la práctica de manos
reduzgo melindres.

Laurencia. ¡Cómo!
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

Sale Frondoso y toma la ballesta

Comendador. (creyéndose solo, a Laurencia)
No te defiendas.

Frondoso. (Aparte) Si tomo
la ballesta, ¡vive el cielo,
que no la ponga en el hombro...!

Comendador. Acaba, ríndete.

Laurencia. ¡Cielos,
ayúdame agora!

Comendador. Solos
estamos; no tengas miedo.

Frondoso. (mostrándose al Comendador)
Comendador generoso,
dejas la moza { . } (6).

Situación muy semejante entre el cazador y su presa se encuentra también al comienzo de la Jornada Segunda de El médico de su Honra, de Pedro Calderón de la Barca. El infante don Enrique, antiguo pretendiente de Mencía, penetra en el jardín donde la dama yace dormida. Como un nuevo don Juan, el infante se vale de las sombras de la noche para conseguir su propósito; como cualquier rufián, además, se ha valido, en su intento, de la esclava de Mencía. Don Enrique despierta a la dormida y trata de vencerla. Ella se defiende, alegando su honor de mujer casada y la calidad noble del intruso; pero nada parece convencer al infante, quien en ese momento revela la ex cusa de que se ha valido para llegar a la quinta:

... El achaque de la caza,
que en estos campos dispuse,
no fue fatigar la caza,
estorbando que salude
a la venida del día,
sino a ti, garza, que subes
tan remontada, que tocas
por las campañas azules
de los palacios del Sol
los dorados balaustres.

Da. Mencía. Muy bien, señor, vuestra Alteza
a las garzas atribuye
esta lucha; pues la garza
de tal instinto presume,
que volando hasta los cielos,
rayo de pluma sin lumbre,
ave de fuego con alma,
con instinto alada nube,
pardo cometa sin fuego,
quieren que su intento burlen
azores reales; y aun dicen
que, cuando de todos huye,
conoce el que ha de matarla;
y así antes que con él luce,
el temor la hace que tiemble,
se estremezca y se espeluce.
Así yo, viendo a tu Alteza,
quedé muda, absorta estuve,
conocí el riesgo, y temblé,
tuve miedo y horror tuve;
porque mi temor no ignore,
porque mi espanto no dude
que es quien me ha de dar la muerte.

D. Enrique. Ya llegué a hablarte, ya tuve
ocasión, no he de perderla.

Da. Mencía. ¿Cómo esto los cielos sufren?
Daré voces.

D. Enrique. A ti misma
te infamas.

Da. Mencía. ¿Cómo no acuden
a darme favor las fieras?

D. Enrique. Porque de enojarme huyen. (7).

La proverbial bravura del señor feudal se ha reducido en nues-
tra novela a la mediocre "civilidad" del rico burgués. Este ha a-
bandonado el ejercicio de la caza, por considerarlo bárbaro o inne-

cesario. Pero si los varones del siglo huyen de espectáculos sangrientos, no podemos decir que se haya extinguido en ellos su innata condición de depredadores y carnívoros. Lo que ocurre es que el cordero de la pieza ya no representa un esfuerzo, como tampoco puede constituir un trofeo una ordinaria ave de corral. Con un realismo, impresionante, Galdós nos describe la matanza de aves en el piso bajo y añade en un comentario: "La voracidad del hombre no tiene límites y sacrifica a su apetito no sólo las presentes, sino las futuras generaciones de gallináceas " (Primera parte, III, IV, 474).

El espectáculo repugna y horroriza a Juanito, haciéndolo subir con más presteza la descomunal escalera. En su parte alta, descubre a Fortunata en su modesta habitación que bien puede compararse con un nido. El la aborda y la metáfora del ave se repite con insistencia a lo largo de casi dos páginas. El volverá repetidas veces al número once de la Cava de San Miguel y con aviesas intenciones irá haciendo cada vez más suya a la mansa e ingenua avecilla; a aquel "animalito" tan "mono" como le llamará después.

Como propuse líneas atrás, debemos ubicarnos dentro del contexto del siglo XIX en que las relaciones entre ambos sexos son más abiertas; el hombre ya no tiene necesidad de acosar a la mujer, ni ésta le rehuye atemorizada; el hombre ha mejorado sus métodos de seducción, por lo cual consigue de ella una actitud más pasiva y complaciente. Pero una vez saciado su apetito, poco piensa en el destino de su víctima a la que abandona, si así conviene a su rango social; tal es el caso del señorito de Santa Cruz y de la chulita de barrio.

Una vez más me remito a Stephen Gilman, por el interés de sus observaciones en torno a la presentación que Galdós hace de Fortunata. Encuentra que el autor ha aplicado (de manera instintiva, tal vez) una técnica narrativa que se halla en Homero, consistente en exaltar las cualidades de los personajes (la belleza de Helena, por ejemplo) a través de su efecto sobre los demás. Así, Fortunata es

más espléndida a través de la impresión que ha dejado en Juanito y por la que ejerce en ella misma al contemplarse en un espejo (no obstante lo rudimentario de su lenguaje). A estos dos momentos de descripción transformada, mencionados por Gilman, yo agregaría la calurosa relación hecha por Villalonga al Delfín, dada su trascendencia en el curso de la novela:

. . . Yo me acercaba con disimulo. Comprendí que me había conocido y que mis miradas la cohibían. ¡Pobrecilla! Lo elegante no le quitaba lo ordinario, aquel no sé qué de pueblo, cierta timidez que se combina no sé cómo con el descaro, la conciencia de valer muy poco, pero muy poco, moral e intelectualmente, unida a la seguridad de esclavizar . . . (Primera parte, XI, I, 586)

El punto de vista del amigote de Santa Cruz contribuye a mantener la imagen de Fortunata en el ámbito incierto de la subjetividad de quienes la conocen. La mujer de su relato es una aventurera triunfante, bajo la cual probablemente haya quedado sepultada la humilde y fiel Pitusa de los recuerdos de Juan.

Gilman reafirma lo observado por Sherman Foff acerca de la desaparición física de Fortunata durante la primera parte de la novela, subsecuente a su brevísima aparición. Nos dice:

. . . su ausencia sugiere la intención íntima de Galdós que se rehusa a pintar el retrato de Fortunata. (. . .) Ella, sin embargo, mantiene su lugar de honor en el centro de la novela; como protagonista está presente en la lasciva memoria de Juanito y en la imaginación aprensiva y curiosa de Juanita, su joven esposa burguesa. Fortunata no es sólo el sujeto principal de su empalagoso diálogo de recién casados, sino que es el personaje incorpóreo, la visita inesperada dentro de sus respectivas conciencias. Tal efecto es posible, precisamente, porque ella no ha sido descrita con realidad en la parte primera. Y si esto suena paradójico en una narrativa documental, es porque Galdós así lo quiso. (8)

Parafraseando a Gilman, diré que el lector, sorprendido al fi-

nal de la parte primera, está ya preparado para conocer a Fortunata en términos de su extraordinaria atracción, en una galería de personajes que representan diversas clases sociales y formas de pensar.

II

CARLOS BLANCO AGUINAGA DISIENTE DE GILMAN.

En 1968 se publica en Anales Galdosianos un ensayo titulado "On the Birth of Fortunata", firmado por Carlos Blanco Aguinaga. En sus páginas podemos encontrar interesantes observaciones en torno a Fortunata y Jacinta fundamentadas en una rigurosa crítica histórica y sociológica. El propósito que lleva a Blanco Aguinaga a escribir este ensayo es el de llenar algunos vacíos y corregir ciertas fallas que restan validez y seriedad a lo afirmado por Gilman en su tantas veces citado "The Birth of Fortunata".

Me he percatado de que, por encima de sus observaciones (en su mayoría excelentes) me atrae de Gilman la belleza de su estilo y la emoción que acompaña cada uno de sus hallazgos; sin embargo, debo reconocer que Blanco Aguinaga da razones contundentes que ponen de manifiesto ciertos errores del afamado crítico. En líneas generales lo acusa de falta de criticismo, es decir, de excesiva subjetividad, precipitación y descuido, tanto en el planteamiento de sus ideas, como en el manejo del texto. En este apartado me limitaré a anotar únicamente aquello que se refiere de manera directa al tema que estoy tratando.

Con respecto al ya mencionado pasaje (Primera parte, III, IV, 474), Blanco Aguinaga resta importancia al valor simbólico que Gilman concede a las referencias ornitológicas:

. . . porque Fortunata está, de hecho, no vestida como un pollo (ni aún como una gallina, lo cual sería más exacto) sino, simplemente, como veremos más adelante: como cualquier madrileña de las clases más bajas de 1886. Debería haber, además, una relación metafórica entre cresta y pañuelo por la cabeza; pero si el pañuelo que ella usa es azul, ¿debemos presumir entonces que Galdós era daltónico? (9).

Blanco Aguinaga no niega las alusiones ornitológicas contenidas en este pasaje, pero considera más relevantes los elementos referentes a la categorización social:

Fortunata no es única, distinta; sigue la costumbre de la ciudad y usa el vestido propio de su clase, como Galdós claramente lo especifica en el mismo párrafo: 'hizo ese característico arqueo de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza. . . etc.' (10).

Líneas más abajo, muestra Blanco Aguinaga cómo Gilman cae en una seria contradicción, ya que, por un lado, reconoce que la imaginística de pájaros es frecuente en Galdós, como en otros naturalistas; sin embargo, afirma que las alusiones ornitológicas en relación con Fortunata, a pesar de ser comunes en el resto de la novela, parecen encerrar una especial significación. Como prueba, Gilman da diez ejemplos, de los cuales, por lo menos tres, Blanco Aguinaga considera inconsecuentes. En la expresión de que los pensamientos de Fortunata sean como de pájaro, únicamente se muestra que ella está inmersa en una metáfora vulgar, puesto que muchos españoles usan esa frase; lo mismo puede decirse de que ella empolle sus pensamientos y tampoco se explica cómo Gilman encuentra significativo que Fortunata le rece a la Virgen de la Paloma, cuya iglesia está situada a seis cuadras de la Cava de San Miguel y que puede considerarse la más popular de las advocaciones veneradas en los distritos del llamado Cuarto Estado. Esto, (para él) en una obra de la extensión de Fortunata y Jacinta, resulta queril y fuera de toda proporción.

Blanco Aguinaga prosigue su diatriba contra Gilman en un tono cada vez más sarcástico; aunque, sin lugar a dudas, bien fundamentada (11).

Mi intención al presentar algunos fragmentos de estos dos ensayos no es la de quedarse con uno, desechando el otro, pues, en mi

opinión, las divergencias de sus autores provienen principalmente del método empleado y no significan un desacuerdo total. De cualquier manera, ellos nos dan luces que nos permiten captar mejor a nuestro personaje: Gilman nos pone en contacto con las corrientes literarias, mientras Blanco Aguinaga enfatiza la importancia del punto de vista sociológico e histórico, especialmente en el estudio de la novelística del siglo XIX.

III

FORTUNATA Y JACINTA, NOVELA DE TRANSICION.

"Conflicto entre la materia y el espíritu".

No quiero seguir adelante sin detenerme a meditar un poco en algunas de las observaciones de Joaquín Casaldueiro (reconocido gallosiano), extendiéndolas cuando sea posible, y profundizando más en lo relativo a nuestra protagonista.

Es imprescindible señalar, en primer lugar, que a dicho crítico se debe una excelente clasificación de las obras del escritor canario; dicha clasificación se apoya en la muy general que hiciera el propio autor, pero se subdivide aún más, tomando en cuenta ciertas características, como se verá en seguida:

I.- Período de 1867-1879.

- 1.- Período Histórico, de 1867-1874: La Fontana de oro y La sombra.
- 2.- Sub-período abstracto, de 1875-1879: Doña Perfecta, Gloria, Marianela y La familia de León Roch.

II.- Período 1881-1885: "Novelas españolas contemporáneas".

- 1.- Período Naturalista 1881-1885: La desheredada, La de Bringas, Lo prohibido (1884-85),
- 2.- Sub-período del conflicto entre la materia y el espíritu 1886-1892: Fortunata y Jacinta (1886-87), Miau, La incógnita, Realidad, Angel Guerra.

III.- Período 1892-1907.

- 1.- Período espiritualista: 1892-97: Nazarín, Halma y Misericordia.
- 2.- Tercera Serie de Episodios: 1892-1907.

3.- Sub-período de la libertad, 1901-07: La de los tristes destinos (1907).

IV.- Período 1908-18.

1.- Período mitológico, 1908-12: Cánovas.

2.- Sub-período extratemporal, 1913-18: Celia en los infiernos, Alcestes, Sor Simona y Santa Juana de Castilla (12).

Ni sobre esta agrupación, ni sobre la filiación artística de Fortunata y Jacinta, existe, que yo sepa, discrepancia alguna, por lo cual daré forma a este capítulo, basándome principalmente en lo establecido por Casaldüero.

En un ensayo editado por Douglass M. Rogers, Casaldüero nos dice que: "Galdós sintió la necesidad de superar el concepto naturalista del mundo al crear Fortunata y Jacinta" (13). Me propongo ampliar este punto en las páginas siguientes.

Casaldüero considera "que la última novela de la etapa que antecede a Fortunata y Jacinta, Lo prohibido, es la obra más estrictamente naturalista en toda la labor de Galdós. En ella, el novelista ve reducida toda la realidad a materia y el individuo a fisiología" (14).

Sin embargo, sucede que

al quedarse solo ante la materia, Galdós descubre la presencia y realidad del espíritu, la realidad de la materia y la realidad del espíritu, frente a frente. Este es el conflicto cuya expresión da lugar a la creación de las obras maestras Fortunata y Jacinta, Miau y La incógnita, en las cuales, el autor se debate en esa lucha entre la materia y el espíritu. [. . .] En todas las obras de este ciclo (1886-1892) los personajes viven desasosegados y su morir es un desesperado suicidio, al chocar constantemente con una fuerza ignorada que los domina y sujeta, o bien, es un doloroso esfuerzo por perfeccionarse a sí mismos [este sería el caso de Fortunata]. Si antes pasado era sinónimo de muerte, y presente, de vida, ahora la palabra materia es otra manera de nombrar la muerte, y la palabra espíritu, de nombrar la vida. De la misma manera,

los personajes vuelven a adquirir un valor simbólico, pero no son encarnación de ideas o de principios, sino seres poéticos y universales".
(15).

Partiendo de este marco de referencia, podré apuntar algunos momentos en los que el naturalismo aún toca a Fortunata, diluyéndose cada vez más, a medida que avanza la novela. Para ello, recurriré nuevamente a la opinión de Gilman y Carlos Blanco Aguinaga.

En el origen y primeros años de Fortunata, la presencia del naturalismo es más evidente. Ella pertenece al continente de la miseria o "cuarto estado", como llama Galdós al conglomerado que, en deplorables condiciones, habita los barrios bajos del Madrid de su siglo. Sin embargo, no existe la acumulación indiscriminada de datos, característica del naturalismo, en torno a los antecedentes familiares con sus taras, manías y vicios, que, desde un principio, pudieran mostrarse como fuerzas ineludibles, determinantes de la conducta del personaje.

Stephen Gilman se pregunta por qué Galdós dedica tanto espacio a la genealogía del Delfín (mejor sería decir, de los Santa Cruz y Arnaiz), mientras la génesis de Fortunata, pasa desapercibida.

En efecto, "Juanito es creado, determinado y celebrado por los suyos". Fortunata, en cambio, crecida en la orfandad, "es una tábu la rasa", "un material humano crudo". En su inconsciencia de ebrio, Santa Cruz la evoca como encarnación del pueblo: "El pueblo es la cantera; de él salen las grandes ideas y las grandes bellezas", y Feijóo asegura: "es un diamante en bruto esa mujer". "Fortunata emerge de la nada y, sin embargo, puede finalmente proclamar con exaltación: 'soy ángel'. Juanito ha sido tallado y desechado, ella es la escultora de sí misma. [. . .] Y el hecho de que Fortunata no ha ya nacido en la novela como los demás personajes importantes, es muy significativo y parece encerrar una intención premeditada que ha atraído la atención de los críticos" (16).

No convence a Blanco Aguinaga esta bella disertación y su ensayo, "On the Birth of Fortunata", constituye una demoledora argumentación contra el artículo antes citado.

Encuentra Blanco Aguinaga que Gilman peca de ligereza al afirmar que Fortunata no tiene genealogía, si bien es verdad que no de un modo semejante a la de Juan, por una razón muy obvia: es huérfana. En cambio se nos dan elementos suficientes para que podamos ubicarla en un marco social determinado. "¿Quién era la del huevo? Pues una chica huérfana que vivía con su tía la cual era huevera y pollera en la Cava de San Miguel." (Primera parte, IV, II, 483). Dice Blanco Aguinaga:

Este primer y básico trocito de información, dado con un mínimo de detalles: huérfana, pollería, Cava de San Miguel, es amplificado por lo que sabemos de sus parientes. Sucede que Fortunata sí tiene una familia a la cual Gilman evita referirse. Hay una tía: Segunda Izquierdo, la dueña de la pollería, quien por años vivió fuera de todo lazo matrimonial con un picador. Aunque tal condición no es infima, todavía incide dentro de la rama económica y cultural del cuarto estado. El tío de Fortunata, José Izquierdo, también nos revela mucho: es un pícaro viejo y sin provecho - que, además, pretende haber participado en los numerosos movimientos revolucionarios de la España de la segunda mitad del siglo XIX. Lo más importante, de acuerdo con Galdós, es que, de hecho, - él fue un cobarde, estafador y falso revolucionario, pues es capaz de aliarse con la Monarquía, - con tal de sobrevivir sin tener que trabajar. En su primitivo e inauténtico nivel, él nos revela - la existencia de una clase sin conciencia. En efecto, la clase a que pertenece Fortunata se desarrolló en España contra la burguesía, precisamente en el tiempo comprendido en la novela. Y, siendo Galdós un novelista burgués, crea a Fortunata aparentemente falta de conciencia de clase, pero en lo relativo a la clase a que pertenece Fortunata y de qué manera se contraponen o contrasta - con Juanito, ciertamente no debemos tener la menor duda, luego de habernos sido presentados sus tíos. Así podremos construir el perfil de una hipotética genealogía para Fortunata: olla quizá haya nacido fuera del matrimonio, hija, tal vez,

de algún inmigrante extremeño o andaluz y posiblemente haya visto la luz primera en el sur de la puerta de Toledo o en algún patio interior de la calle de Calatrava o de Mira el Río Alta, o Curtidores, los barrios populares que aterrizaron a Jacinta en su primera visita al "cuarto estado" (17).

Blanco Aguinaga toca un aspecto muy interesante, al cual, generalmente, prestamos poca atención: la topografía. Anoto, en seguida, los puntos más importantes que nos conducen a precisar los diversos ambientes en que transcurre la vida de Fortunata, ya que me interesa, de un modo particular, lo que se refiere a su origen.

Blanco Aguinaga nos dice que la Cava de San Miguel estaba situada abajo de la parte sudoeste de la Plaza Mayor y la Arganzuela, y que, a mediados del siglo XVII, era una vecindad sobrepoblada por pícaros y aún en los años de 1880s fue un barrio habitado por chulos y chulapas, así como por trabajadores en vía ascendente y artesanos en camino de descenso. Topográficamente hablando, el centro de Madrid estaba ligeramente al norte de la Plaza Mayor y un poco más alto; a su alrededor, los suburbios en los cuales miles de seres humanos olvidados vivían, en una literal vida suburbana. Como por esos años las migraciones del sur hacia la capital se habían incrementado, los pobladores de esos barrios eran, pues, en su mayoría, de gente sureña de baja condición.

Los suburbios empezaban no más de diez cuadras de la Cava de San Miguel. Desde el fondo de la Cava, hasta lo alto de la Ribera de Curtidores, se podía tener una clara vista de sus barrios.

Es fundamental, por lo tanto, dado que los árboles tienen raíces, que ahora notemos dónde aparece Fortunata; porque el dato no es accidental, no es un mero capricho galdosiano y, para poder entender rectamente el profundo contraste entre su vida y la de Juanito, debemos notar el gran sentido de la realidad de Galdós al hacerla aparecer donde lo hizo; en la Cava de San Miguel.

Los tres ejemplos que vienen a la mente cuando Fortunata vive cerca de la Plaza Mayor (cuando Juanito la acomoda cerca de la Red de San Luis; cuando ella es llevada a Las Micaelas, en el entonces nuevo barrio de Chamberí, y cuando se casa con Maxi y vive también en Chamberí), son significativos esfuerzos de ella o de otros, por mejorar su status, saliendo de su medio ambiente. Es también interesante recordar que, cuando Fortunata se hace amante de Feijóo, él, en base a su realismo y respeto por la verdad, la acomoda en un piso de su propio barrio, en la Calle de Tabernillas, cerca de la Puerta de Moros, no lejos de Nuestra Señora de la Paloma. El, desde luego, vive cerca de ella, en un viejo y aún aristocrático edificio en la Calle de Don Pedro. (18).

A estas interesantes anotaciones agregaré tan sólo un breve comentario. El ciclo de la vida de Fortunata nace y termina en un mismo punto: la vieja casa de escalones de piedra, situada frente a la Plaza Mayor. Si atendiéramos sólo a las apariencias, podríamos suponer que las limitaciones sociales, económicas y culturales han maniatado a la Pitusa, la han hecho tornar al punto de partida, y esto, en cierto modo, es verdad; pero creo que por encima, o, mejor dicho, dentro de lo externo, subyace una verdad profunda: la Fortunata que vuelve a casa de la tía Segunda, es otra muy distinta de la que salió en igual condición que un perro. La que vuelve es una mujer rica interiormente, capaz de atraer la atención, si no el aplauso, de los personajes más importantes de la novela: la propia Jacinta, la "santa" Guillermina, Maxi y Ballestero. Pero, no adelantemos acontecimientos que trataré más adelante. Es preciso retomar el ensayo de Gilman (del cual sólo he entresacado frases y líneas relacionadas con el presente tema), por lo cual, anotaré únicamente las objeciones que Blanco Aguinaga ha hecho a lo ya citado. (19).

A la pregunta de por qué Galdós dedica tanto espacio a la genealogía de Juan, Aguinaga responde que lo hace en virtud de un interés sociológico (que Gilman pasa por alto) para mostrar el nacimiento y desarrollo de la burguesía en España. Y es verdad que

Juanito ha sido "creado, determinado y celebrado por los suyos", pues el mayor orgullo para un rico burgués (por lo menos en esa época) era la paternidad de un perfecto señorito, tan improductivo y ocioso como un aristócrata.

En cuanto a que Fortunata sea "la escultora de sí misma", y a su subjetiva "angelicalización", tampoco se muestra Blanco Agui naga conforme con el criterio de Gilman.

Por lo demás, no niega que la "chulita" sea la encarnación del pueblo, con todas sus virtudes y defectos. También acepta el profundo simbolismo contenido en su primera aparición en la novela: al saborear un huevo crudo, Fortunata constituye la imagen más acabada de salud y fertilidad.

Es Santa Cruz quien nos da los antecedentes de Fortunata, al referir a Jacinta la sordidez del medio en que ella se movía (Primera parte, V, IV y ss.).

Recogemos, pues, información no muy abundante, pero sustancial, la cual nos permite desprender el conjunto de factores que propician la primera caída de Fortunata y que el autor, además, se encarga de enfatizar a través de la novela. En orden de importancia, a mi juicio, serían los siguientes: a) Ignorancia rasa en todos los aspectos de la vida; b) necesidad de cariño; c) extremada juventud; d) complejo de inferioridad personal y de clase, por los cuales se siente deslumbrada ante la presencia de un señorito que tiene a bien fijarse en ella.

Estos cuatro factores (para no citar otros de menor importancia) me parecen propiciatorios, más que determinantes, de tan fatal pasión, pero ésta, en cambio, con el desenlace que todos conocemos, sí puede considerarse como causa directa de la progresiva degradación de Fortunata.

Ahora viene a mi memoria la imagen de una adolescente precipi-

turnas", en su segunda aparición física (Segunda parte, II, II) no muestra huellas evidentes de una vida licenciosa y, mucho menos, a fición a ella. Si el despecho, el ansia de libertad y aún de diver sión, la impulsan a correr el mundo en busca de aventuras, de regre so en Madrid, despojada de sus pertenencias y acosada por acreedo- res (aunque Galdós no enfatiza en esto, pues no busca efectos melo dramáticos), Fortunata se ve orillada a hacer el amor por dinero. Sin embargo, su encuentro con Maxi tiene lugar cuando apenas ha puesto en práctica tal solución. Lo confesará más tarde a Mauri- cia: "Yo no fui más que dos veces a casa de la Paca, y por gusto no hubiera ido ninguna. La necesidad, hija. . . Después no volví más, porque me salieron relaciones con el chico con quien me voy a casar," (Segunda parte, VI, II, 669).

Si "Ulmus Sylvestris" no se lo hubiera anticipado, seguramente que Maxi no habría podido penetrar en los secretos de aquella "peca dora": "¡Si es un ángel! . . . No ha dicho ni una palabra malsonan te . . . ¡Y qué metal de voz! No he oído en mi vida música tan gra ta . . . ¿Cómo será el decir esta mujer un "te quiero", diciéndolo con verdad y con alma?" (Segunda parte, I, III, 599).

Galdós en nuestro texto, parece abominar del naturalismo, ne gándose a pintar ambientes verdaderamente sórdidos. Y su ironía al describirnos a Olmedo resulta muy significativa: ". . . Si existie ra el uniforme de perdido, Olmedo se lo hubiera puesto con verdade ro entusiasmo, y sentía que no hubiese un distintivo cualquiera, cinta, plumacho o galón, para salir con él, diciendo tácitamente: "Vean ustedes lo perdulario que soy". Y en el fondo era un infelias . . ." (Segunda parte, I, III, 598)

Galdós no cree en la maldad pura, como tampoco en la perfecta virtud. Sus ideas acerca de la naturaleza humana, muestran una cla ra evolución. Después de leer Fortunata y Jacinta, podemos afirmar (convencidos como él) que los móviles de nuestra conducta están go bernados más que por influencias físicas, por la influencia eviden

te y definitiva que ejercemos unos sobre otros. Por encima de los factores hereditarios y del medio ambiente, sin negar, pero trascendiendo la materia, Galdós vislumbra ya los alcances insospechados del espíritu y, llamémosle simplemente, voluntad del individuo para realizarse como tal, por, o a pesar de su limitada, muy relativa libertad.

En Fortunata y Jacinta, el autor no se propone conmovernos con la detallada biografía de una mujer atrapada por las circunstancias, quien, siguiendo los modelos naturalistas, estaría apriorísticamente condenada; "la Desheredada", Isidora Rufete, quedó atrás. La mujer perdida del naturalismo, no existe para él. Su inclinación hacia el pesimismo, acogido más por influencias literarias que por su propio sentir, su creencia ciega en la materia, su afán de análisis y explicación científica de todos los fenómenos de la vida, su escepticismo ante la felicidad y el amor; todas estas actitudes, características del Galdós de Lo Prohibido, han evolucionado sin desaparecer por completo, han ido deponiendo su altivez ante la edad, cediendo cortésmente el paso a nuevas experiencias y conocimientos, los cuales, al yuxtaponerse a los anteriores, van a culminar en un sincretismo superior, en una visión más amplia, totalizadora de la realidad.

IV

PERFIL PSICOLOGICO Y MORAL DE FORTUNATA. SU RECUPERACION.

Enfoquemos ahora nuestra atención al trazo de la vida de Fortunata que va, desde la sima de su extravío, hasta su regeneración.

Poseemos, de su persona y manera de vivir, datos que, si bien nos permiten ubicarla en un marco social, son desde luego, insuficientes para que pretendamos conocerla auténticamente. Los múltiples aspectos del mundo interior de Fortunata se nos van dando a gotas, vertiéndose una a una, durante este período crítico.

En su segunda aparición en la novela (Segunda parte, I, III), la encontramos convertida en prostituta. Le repugna hacer el amor por dinero; sin embargo no tiene conciencia clara, ni del pecado, ni de su degradación moral y social. Y si alguna vez la reconoce, acaso se limite a la repetición mecánica de conceptos ajenos, a los que no acompaña una verdadera convicción. La absuelve su ignorancia, pues ésta es completa: ". . . Confesó un día que no sabía quién fue Colón. Creía que era un general, así como O'Donnell o Prim. En lo religioso no estaba más aventajada que en lo histórico. La poca doctrina cristiana que aprendió se le había olvidado. Comprendía a la Virgen, a Jesucristo y a San Pedro; les tenía por muy buenas personas, pero nada más. Respecto a la inmortalidad y a la redención, sus ideas eran muy confusas. Sabía que arrepintiéndose uno, bien arrepentido, se salva; eso no tenía duda, y por más que dijeran, nada que se relacionase con el amor era pecado " (Segunda parte, II, I, 607).

Por tanto, su amor por Santa Cruz es su mayor orgullo, no una justificación; pero, perdida la esperanza de volverla a ver, encantada por sus experiencias con otros hombres, se esfuerza por a-

similar las ideas y preceptos de Maxi, quien sólo despierta en ella sentimientos de piedad y gratitud: "¡Casarme yo! . . . ¡Pa chasco! ¡Y con ese encanijado! . . . ¡Vivir siempre, siempre con él, todos los días. . . , de día y de noche! . . . ¡Pero calcula tú, mujer. . . ser honrada, ser casada, señora de Tal. . . , persona decente!. . ." (Segunda parte, II, IV, 614)

El hecho de que Fortunata se sobreponga a la repugnancia física que siente hacia Rubín, si bien es un error que habrá de trascender, asimismo es un dato que nos habla (por otro lado), de su deseo de conocer y aquilatar otros valores, aplicándolos a un nuevo modo de vivir, más acorde a el espíritu y con la gente de bien. Es éste un gesto admirable en una mujer de su condición y experiencia que, habiendo conocido la embriaguez de los sentidos y el brillo del dinero, renuncia a todo en busca de una vida honorable y tranquila. Tal capacidad de discernimiento (si antes no la tuvo) la pone ahora ante nuestros ojos en toda su dimensión y su verdad para que podamos hacer un juicio sobre ella.

Fortunata irradia salud, física y mental. Su sexualidad no es excesiva, sino la normal en una mujer vigorosa y joven y no es ésta la que la ha perdido, sino su extraordinaria belleza. Ella intuye su magnetismo para atraer a los hombres y sólo por despecho lo explota durante su época de "anarquía moral". No obstante, su fondo permanece fiel a su primera experiencia y encamina sus pasos hacia un remoto fin: ". . . y solía pensar que si el pícaro Santa Cruz la veía hecha un brazo de mar, tan elegante y triunfante, se le antojaría quererla otra vez. ¡Pero sí, para él estaba!" (Segunda parte, II, II, 610).

De manera análoga a la empleada en la primera parte de este texto, Galdós deja que el punto de vista de quienes tratan con ella durante el período de regeneración sea el que complete el retrato psicológico de Fortunata.

Doña Lupe, la viuda de Jáuregui, declara a sus amistades des-

pués de conocerla: "Me ha parecido humilde, de un carácter apocado, de esas que son fáciles de cominar por quien pueda y sepa hacerlo" (Segunda parte, IV, VIII, 659).

Favorecida por la opinión del Cura Nicolás Rubín, "la prójima" es aceptada por la familia como novia de Maxi, a condición de que pase una temporada interna en el Convento de las Micaelas. Dicha institución acoge mujeres extraviadas con objeto de volverlas al buen camino. Los medios que se utilizan son los propios de la época: consejos, enseñanza del catecismo, saneamiento de costumbres, oraciones y sacramentos.

Fortunata vive intensamente esta etapa de su existencia, tan rica en esperanzas como en malos ratos ocasionados por su timidez para tratar personas que ella considera "de tantísimo cumplido".

Un gran fervor religioso envuelve todos sus actos y por él, se resigna a casarse con Maxi, sometiéndose a la voluntad y aún a los caprichos de todos los empeñados en su educación. Menos rígidas que su redentor y la tía de éste resultan las Madres Micaelas; ellas, acostumbradas a enfrentarse a casos verdaderamente difíciles (como el de Mauricia la Dura), no encuentran en Fortunata el menor problema: ". . . ninguna de las madres, ni aún las que más de cerca la habían tratado, tenían motivos para creer que fuera mala. Considerábanla de poco entendimiento, docilota y fácilmente gobernable. . ." (Segunda parte, VI, VII, 681)

Podemos decir que poseemos ya suficientes datos acerca de la personalidad de la heroína y, por si no bastaran, copio el siguiente párrafo que estimo valioso por su gran fuerza expresiva:

¡Un hogar honrado y tranquilo!. . . ¡Si era lo que ella había deseado toda su vida!. . . ¡Si jamás tuvo afición al lujo ni a la vida de aparato y perdición!. . . ¡Si su gusto fue siempre la oscuridad y la paz, y su maldito destino la llevaba a la publicidad y a la inquietud! ¡Si ella había soñado siempre con verse rodeada de un corro chiquito de personas queridas, y

vivir como Dios manda, queriendo bien a los suyos y bien querida de ellos, pasando la vida sin afanes! . . . ;Si fue lanzada a la vida mala por despecho, y contra su voluntad, y no le gustaba, no señor, no le gustaba! . . . (Segunda parte, - VI, VII, 682)

Soliloquios como el anterior son muy frecuentes en Fortunata. Dada su dificultad para comunicarse con los demás, vuelca sus ideas y sentimientos en monólogos interiores que, a mi juicio, alcanzan un alto nivel poético y expresivo, no obstante la limitación de los vocablos y sencillez de las imágenes. Si observamos el fragmento citado, la palabra "vida" ha sido repetida cuatro veces y, de ninguna manera puede ser atribuida a descuido de Galdós. Por otro lado, debo notar que este monólogo en realidad está presentado en tercera persona; sin embargo, aunque es el narrador quien tiene la palabra, el lenguaje, su contenido y énfasis se bañan del ser y de la afectividad de la propia Fortunata .(21).

Curiosamente, "la arrepentida", "la prójima", "la samaritana", "la pecadora", o "la tarasca" (que son algunos de los sobrenombres con que el novelista designa a Fortunata) encuentra en este lugar dos directrices opuestas: una la conduce hacia la recuperación de la honra y la práctica de la virtud, la otra, la empuja a la realización del mayor anhelo de su vida: el amor del Delfín. Cuando menos lo esperaba, el recuerdo de su antiguo amante vuelve a su memoria después de haber conocido a Jacinta, tomando fuerza en los consejos de Mauricia y -lo más extraño- mientras contempla la Custodia y el manto de la Virgen que la familia Santa Cruz ha donado a la Institución en acción de gracias por el alivio de Juan, quien estuvo a punto de morir, atacado de pulmonía.

Fortunata desea fusionar ambas corrientes, entre las cuales se siente tironeada, y en actitud humilde, ora ante la Hostia que, para ella, es simplemente "la Forma o idea blanca". . . En estos momentos, el personaje deja fluir sus pensamientos en un diálogo en el cual se desdobra, imaginando las respuestas que la Divinidad

daría a sus plegarias:

. . . El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas y tú una pobre muchacha. ¿Te parece fácil que Yo haga casar a los señoritos con las criadas o que a las muchachas de pueblo las convierta en señoras? ¿Qué cosas se os ocurren, hijas! Y además, tonta, ¿no ves que es casado, casado por mi religión y en mis altares? ¿Y con quién! Con uno de mis ángeles hembras. ¿Te parece que no hay más que enviudar a un hombre para satisfacer el antojito de una corrida como tú? Cierto que lo que a mí me conviene, - como tu has dicho, es traerme acá a Jacinta. Pero eso no es cuenta tuya. Y supón que la traigo, supón que se queda viudo. ¿Bah! ¿Crees que se va a casar contigo? Sí, para ti estaba. ¿Pues no se casaría si te hubieras conservado - honrada, cuanti más, ahora, habiéndote echado - tan a perder! (Segunda parte, VI, VII, 682).

Este fragmento del que sólo he citado unas líneas, a pesar de su aparente humorismo, encierra los elementos que, en el futuro, habrán de constituir el drama interior de la protagonista: una conciencia naciente y en aptitud de desarrollo; ante ella dos caminos que se bifurcan: el honor, representado por Maximiliano Rubín, el amor, personificado en Juan; al centro, Jacinta, contemplada, más que como rival, como un modelo a seguir y, por encima de todos, un Dios al que se desea agradar y a quien se intenta comprender, solicitándole también benevolencia y comprensión.

Este es, en mi opinión, el meollo de la trama de esta novela que de aquí en adelante se aparta cada vez más de los moldes naturalistas, para incursionar tentativamente en los campos de la psicología.

Sherman Eoff (reconocido galdosiano) ha escrito un interesante ensayo titulado "The treatment of individual personality in Fortunata y Jacinta", del cual tomo las siguientes notas, en apoyo a mis observaciones personales acerca de la psicología de Fortunata:

Es una mujer joven, de temperamento estable, prodigamente dotada de armonía física y vigor saludable, una huérfana con necesidades insatisfechas de afecto y compañía, de casa y familia; sin educación, ingenua, primitiva, pasiva y resignada como resultado de sus experiencias tempranas; pero con bastante coraje cuando es impulsada a una acción decisiva para satisfacer las demandas de la autoestimación, según su elemental y muy propia manera de pensar.

Fortunata llega a ocupar por primera vez un lugar importante en la novela, se halla peligrosamente cerca de un vacío de respeto hacia ella misma; su único orgullo notable es su vanidad y su apariencia personal, así como cierta inclinación hacia el refinamiento, la cual, en combinación con su maleabilidad y su deseo de amistad, la conduce a aceptar la oportunidad de adquirir respetabilidad social por medio del matrimonio con Maximiliano Rubín (22).

Nada mejor que cerrar esta primera parte de mi trabajo, insertando un fragmento de Joaquín Casaldüero que constituye un bello y fiel retrato de la protagonista:

De las murallas de la realidad se escapa el Espíritu. Fortunata es eso, una fuerza aprisionada, Galdós con su técnica naturalista nos da toda la plétórica abundancia de Fortunata. Fortunata es materia, nada más que materia, naturaleza pura. Pero en su gesto, su mirada, su cuerpo afirmativo, en su amor y en su instinto, en su ansia del hombre, en todo, rebosa algo que no puede ser materia. Con una fuerza naturalista prodigiosa, Galdós ha sentido la dualidad y la incertidumbre del límite, pues no sabe si la Materia circunda al Espíritu o éste a aquella, o si la Materia es Espíritu o el Espíritu Materia. Lo cierto es que él siente la vida por todas partes, vida que lucha con lo inerte y meramente mecánico, descubriendo así, con todo vigor, el conflicto entre la Materia y el Espíritu. (23).

SEGUNDA PARTE.

INFLUENCIAS PERSONALES SIGNIFICATIVAS EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD DE FORTUNATA Y EN LA ORIENTACION DE SU EXISTENCIA.

Fortunata y Jacinta no es el trillado relato de una rivalidad; éste es sólo el punto de partida, la superficie o, propiamente dicho, el esqueleto argumental. Tampoco se limita Galdós a hacer una demostración artística de la influencia que ejercen en el individuo la herencia y el medio (físico y social). No; en esta etapa de su arte, Don Benito concentra su atención hacia el interior de ese individuo cuya personalidad, vista desde fuera, ofrece una apariencia monolítica o, al menos, de simplicidad engañosa. El escritor se dispone a emprender una nueva aventura internándose en los más intrincados vericuetos de la personalidad, no para negar, sino para mostrar la forma en que la influencia se realiza y, lo más sorprendente y admirable en este momento de la creatividad galdosiana, es que en él confluyen dos corrientes del pensamiento, tan distintas en su objeto como en tiempo y lugar. Ellas son: la tradición literaria española, representada por Fernando de Rojas y Cervantes, por un lado, por el otro, su interés vanguardista en torno a la exploración y estudio de la personalidad.

Galdós fue contemporáneo de Freud "pero su mérito es extraordinario por haber incursionado en la exploración de lo que en ese tiempo (por lo menos en España) era un reino virtualmente intacto". (24).

No debemos extrañar que dos campos, en sí diversos, se presten apoyo en forma tan brillante, ya que ambos apuntan a la aprehensión de los movimientos que tienen lugar en el ámbito de la conciencia. Y a fin de mostrar la validez de las afirmaciones de Gilman, citaré algunos fragmentos de su interesante ensayo "La conciencia de Fortunata", para ampliarlos después. Dice el eminente crítico:

Siglos antes otro artista de la conciencia llamado Fernando de Rojas, ha meditado creativamente sobre el magnetismo interior que impelía a sus personajes a la búsqueda de compañía. Amistad, solaz, deleite y sobre todo, el íntimo gozo, son únicamente antídotos contra la soledad de la condición humana, la soledad de una conciencia frente a las demás. Creando esto, Rojas descubrió algo sobre lo cual también Galdós ha incursionado, realizando un gran intento tiempo después: el fenómeno de la conciencia, denominado proyección por los seguidores de Freud. Después de Rojas, Cervantes observó y plasmó literariamente este fenómeno en la emulación de Amadís por Don Quijote y la humana quijotización de Sancho. Galdós, pues, tuvo ante sí una novela llena de desarrollo de la conciencia en éste y en otros aspectos. Y como precursor de la psicología del siglo XX centra su estudio de Fortunata en su proyección en estas tres mujeres: Mauricia, Guillermina y, más importante que todas, Jacinta. Desde el momento de su primer encuentro en Las Micaelas, 'se le quedó aquella simpática imagen fijamente estampada en la memoria' hasta las últimas palabras comprensibles de Fortunata 'yo también, Mona del Cielo', Jacinta existe dentro de ella como una parte de su conciencia y de una manera que trasciende nuestra noción usual de celos e imitación; tal como dice Galdós al referirse a Guillermina: 'Sentíala dentro como si la hubiese tragado, cual si la hubiese tomado en comunión'. Esta es la única forma de determinismo que realmente interesa a Galdós en esta etapa de su arte y está por encima de los factores de sociedad, historia y herencia (25).

Ahora me detendré a examinar a fondo la manera en que afectó a la personalidad y la vida entera de Fortunata, su trato con los siguientes personajes: Mauricia la Dura, Maximiliano Rubín, Juanito Santa Cruz, Guillermina Pacheco y Jacinta. Son estos los seres más próximos a la fuente de los sentimientos de Fortunata y, por tanto, los que ejercerán una influencia decisiva en el curso de su existencia hasta su lamentable, aunque, quizá, previsible fin. Un apoyo más en torno a este asunto, lo da R. Minsner en su mencionado artículo "Galdós' attitude towards Spain as seen in

the characters of Fortunata y Jacinta";

Fortunata es una figura trágica, porque es víctima de sus propias acciones. No está retratada como una pobre mujer arrastrada por la riqueza de un seductor innoble; la sociedad no carga con la culpa del destino de Fortunata. No hay el más mínimo deseo de culpar a las condiciones sociales por su conducta. Su vida no está determinada por el ambiente, a pesar de que las convenciones pueden contribuir a sus conflictos. Ella es primordialmente influenciada por otras vidas; su existencia, receptiva a influencias personales, está guiada por deseos individuales más que por la influencia positiva o negativa de los credos colectivos. (26).

Considerando que el temario propuesto para esta segunda parte de mi trabajo ha quedado ya suficientemente justificado, procederé a su desarrollo sin más preámbulo.

I

MAURICIA LA DURA: LA AMIGA.

No estoy de acuerdo con Gustavo Correa al considerar "diabólica" la figura de Mauricio, (27) tema que será tratado más ampliamente en páginas posteriores. Ella podrá ser terrible, odiosa, pero es profunda, dolorosamente humana. Este personaje es otro de los aciertos de Galdós, debido a que en él se hallan perfectamente ensambladas la complejidad psicológica individual, con las actitudes y formas de pensar arquetípicas de una clase social. La "Dura" es una personalidad psicópata, capaz de llegar al crimen cuando le sobrevienen los frecuentes accesos de locura que, una vez que pasan, la dejan en un lastimoso estado de postración. Ella reconoce su desequilibrio y lo lamenta, aunque también lo emplea para hacer se notar y temer, orgullosa de su fuerza y su fierrega. Recordemos su primera conversación con Fortunata en Las Micaelas; sin duda, las más terribles escenas que se describen en esta novela son las narradas por ella misma:

. . . Yo me lié con la Visitación, que me robó un pañuelo, la muy ladrona sinvergüenza. Le metí mano, y . . . ¡Ras!, le trinqué la oreja y me quedé con el pendiente en la mano, partiéndole el pulpejo. . . ; por poco me traigo media cara. . . Ella me mordió un brazo, mira . . . todavía está aquí la señal; pero yo le dejé bien sellaito un ojo. . . ; todavía no lo ha abierto, y le saqué una tira de pellejo, ¡ras!, desde semejante parte, aquí por la sien. . . , hasta la barba. Si no nos apartan, si no me coges tú a mí por la cintura, y Paca a ella, la reviento. . . créetelo (Segunda parte, VI, II, 688,89).

Sin embargo, al hablar de su hija parece ser otra persona: "—Yo tengo una niña —dijo Mauricio en una de sus confidencias—. Le puse por nombre Adoración. ¡Es más mona! . . . Está con mi hermana Severiana, porque yo, como gasto este geniazo, le doy malos e

jemplos sin querer, ¿tú sabes?, y mejor vive el angelito con Severiana que conmigo. . . (Segunda parte, VI, III, 674)

La importancia de Mauricia para mi tema reside en la influencia decisiva que sus ideas ejercen sobre el inconsistente y elemental criterio de Fortunata. Dicha influencia tiene como base dos factores: la identificación y la complementación. Ambas mujeres proceden del más bajo estrato social y son igualmente ignorantes y rudas. La naturaleza se muestra pródiga con ellas en cuanto a dones físicos, otorgándoles un vigor que va a la par con la belleza, si bien de tipo distinto, pues Fortunata posee los atributos femeninos en grado superlativo, mientras que en Mauricia, existen rasgos varoniles:

. . . Mauricia la Pura representaba treinta años o poco más . . . Aquella mujer singularísima, bella y varonil, tenía el pelo corto y lo llevaba siempre mal peinado y peor sujeto. . . ejercían indecible fascinación los ojos grandes y febriles, la pupila inquieta y ávida, la nariz romana, y la expresión, en fin, soñadora y melancólica. Pero en cuanto Mauricia hablaba, adiós ilusión. . . (Segunda parte, VI, I, 668)

Sobre su vida pasada, tenemos algunas noticias recogidas de la la bios de Guillermina:

¡Pobre mujer! ¡Y si viera usted qué guapa era cuando polla! Se crió en casa de mis padres. - ¡Lástima de chica! Su perfil elegante, la mirada, la expresión, eran de lo poco que se ve. - Después se echó a perder; y se le puso la faz dura y hombruna, la voz ronca. . . (Tercera parte, VI, II, 832).

Mauricia (como Fortunata) ha conocido el amor en escala descendente, podemos suponerlo, ya que su primer encuentro tuvo lugar en un prostíbulo. El azar las reúne nuevamente en Las Micaelas y allí se inicia una estrecha amistad. Una mirada y unas cuantas confianzas bastan para que ambas mujeres se reconozcan como vidas paralelas, y surja, desde entonces, una mutua proyección. Ciertamente que no

son iguales: la Dura tiene lo que a la Pitusa le falta: fuerza, seguridad y, sobre todo, el don de la palabra, cínica o descompuesta, pero siempre oportuna, capaz de expresar lo que se quiere, y ésta "afortunada", en cierto modo ha alcanzado (y podría recuperarlo si se le diese la gana) en el amor privilegios que a la otra se le negaron: por un lado la pasión, si no firme, al menos manifiesta de un señorito y, por el otro, la posibilidad de recobrar la estima social mediante el matrimonio.

Gustavo Correa no advierte este fenómeno de proyección cuando acusa a Mauricia de: "servir de demonio tentador a Fortunata".

En reiteradas ocasiones Mauricia deja oír su voz seductora que habla de Juanito Santa Cruz en momentos en que la mujer perdida se halla empeñada en sus proyectos de reforma, arrepentimiento, purificación y aspiración santificante. La víspera del matrimonio le aconseja con infernal desfachatez: "déjate llevar, cástate, y si hay trampa, que la haya. Lo que ha de pasar, pasa . . ." (28)

En efecto, todos los consejos que la Dura suele dar a su amiga son inmorales; pero ¿cómo puede sorprendernos este hecho? ¿es lógico esperar otro criterio en una mujer de condición aún más vulgar y corrupta que la de Fortunata?

Sus palabras, naturalmente, van cargadas de malicia, puesto que la Dura la aventaja en edad y, por lo mismo, en experiencia y astucias; pero no la aconseja buscando su daño ni para pervertirla, sino para lo que ella considera provechoso. Está proyectándose en ella, no celosa, sino entusiasmada ante su suerte:

. . . Tú estás en grande, chica, y te ha venido Dios a ver. Puedes hacer rabiar al chico de Santa Cruz, porque en cuanto te vea hecha una persona decente, se ha de ir a ti como gato a la carne. Créetelo porque te lo digo yo . . .
(Segunda parte, VI, VI, 680)

Su conducta, pues, no me parece diabólica, sino trágicamente

humana. Sé cuales son los pecados de Mauricia: ira, lujuria embriaguez, que desatan su locura y la arrastran a todos los excesos; pero es preciso hablar también de sus cualidades: es diligente y, en sus etapas de cordura y serenidad, se propone subsanar los males que causa durante sus crisis. Galdós omite contarnos la historia de Mauricia que, desde luego, tendría un corte típicamente naturalista, y se limita a sugerir un cúmulo de vivencias que se agitan en un interior oscuro, asomándose apenas a la superficie en forma de proyección o identificación con su compañera. Le dice refiriéndose a Jacinta:

. . . Chica, no seas tonta, no te rebajes, no le tengas lástima, que ella no la tuvo de ti cuando te birló lo que era tuyo y muy tuyo . . . Pero a la que nace pobre no se le respeta, y así anda este mundo pastelero. Siempre y cuando puedas darle un disgusto, dáselo, por vida del santísimo peine. . . Que no se rían de ti porque naciste pobre. Quitale lo que ella te ha quitado, y adivina quién te dió (Segunda parte, VI, VI, 581).

Mauricia, más que maldad pura, destila rencor, la amargura de una clase desposeída y discriminada por una sociedad hipócrita e injusta, cuyas normas se aplican según conveniencias apartadas por completo de la ética. Por ello el autor trata de explicar (si no de justificar) "la moral rarísima" de estas dos mujeres, señalando cómo algunas de las benefactoras del convento "habían pecado mucho más, pero muchísimo más que la peor de las que allí estaban encerradas".

Fortunata percibe vagamente tal estado de cosas, pero Mauricia posee la capacidad de expresarlo en palabras /

despertando en ella estímulos de amor o desconcielo que dormitaban en lo más escondido de su alma. Al oír las, un relámpago glacial le corría por todo el espinazo, y sentía que las tentaciones de su compañera concordaban con -

sentimientos que ella tenía muy guardados como se guardan las armas peligrosas. (Segunda parte, VI, VI, 681).

Mauricia es, en otras palabras, el alter ego de Fortunata, el que no se atreve a aflorar, el que se halla sometido a su carácter apacible y tímido, apegado a la estabilidad y la armonía.

Me pregunto hasta qué parte es responsable la Dura de la infidelidad de Fortunata a Maxi cometida al tercer día de su boda. Considero que sólo en la medida en que le hace ver la realidad que la rodea, pero aún sin su influencia Fortunata habría de caer por el peso de los siguientes motivos: primero, su amor inextinguible por Juan; segundo, el descarado asedio de éste; tercero, la impotencia o insignificancia física de Maxi, y cuarto, la intervención directa de la criada Patricia.

Mauricia no es alcahuete de oficio y, si alguna vez fue sobornada por el Delfín, no lo sé; pero lo que sí parece indudable es la sinceridad del afecto y la amistad que siempre mostró a Fortunata.

La "tarasca, borrachona y loca", como todos la consideran, está muy lejos de ser un engendro de Satán; es, simplemente, una hechura del medio, iluminada en forma intermitente por deseos de superación, por un conmovedor afán de reconciliarse con el mundo, (cuando su condición de alcohólica se lo permite).

Su criterio, equivocado tal vez, no es sino el que puede esperarse de una persona de su condición: Mauricio enarbola la bandera del individualismo más agresivo en contra de la sociedad, y, en el amor, sólo reconoce el placer del instante frente al dolor que impone el porvenir. Sin embargo, al recomendar a Fortunata la defensa de su amor por Santa Cruz, deja entrever sus anhelos frustrados o su fe en la existencia de un amor pleno y único que, cuando se alcanza, no debe dejarse ir.

Gullón es quien ha penetrado (mejor que cualquier otro críti-

co) en la problemática que envuelve a estos dos personajes. Por ello, a modo de conclusión, cito el fragmento que sigue:

Frente a la moral social predicada por la "Santa" y por los restantes personajes, Mauricia afirma la moral del amor que Fortunata siente y considera genuino. Esta creencia compartida, explica la simpatía inexplicable de Fortunata que se pregunta si no las ligará demasiado parentesco de perversidad. Atracción y parentesco son consecuencia de la rebelión contra las convenciones burguesas, dictada en una, por el amor, e impuesta, en la otra, por las potencias del ser. [. . .] La suerte de ambas es idéntica: víctimas de la pobreza, seducidas, prostituídas, cosificadas; la sociedad las destruye y a última hora envía un emisario para cubrir la forma y asegurarse de que reciban los auxilios necesarios para morir arrepentidas, como se debe, reconociendo como culpa personal el destino de víctimas que les fue inflingido. La prédica de Guillermina no bastaría para persuadirlas; en el fondo, las dos perdidas saben dónde puede encontrarse y, por eso, Mauricia muere declarando la libertad del amor y afirmando que a quien la practique 'su miájita de cielo no se la quita nadie', y Fortunata, agonizante, desconcierta al sacerdote que intenta confortarla, cuando le dice con toda convicción que no teme a la muerte, porque ya se considera un ángel. El buen cura que, mirando con ojos sociales, la ve adúltera y no arrepentida, no puede entender que la pobre criatura se considera por su desprendimiento, igual al modelo angélico y que esa convicción la fortalece más que las consuetudinarias fórmulas de consuelo (29).

EVA Y LA SERPIENTE (PATRICIA).-

Es Patricia un personaje incidental al que sólo menciono, en virtud de su analogía funcional con respecto a la Dura. Como ella, sirve de intermediaria entre Fortunata y su antiguo amante, quien no respeta límites en su afán de reconquista. Con tal fin, éste ha alquilado el departamento contiguo al que ocuparán los recién casados (a nombre de otra persona) y compra los servicios de Patricia (la que será criada de Fortunata), quien se presta a sus maquina-

ciones sin ninguna objeción. La víspera de la boda, Mauricia pone al tanto a su amiga de la trampa que se le tiende, burlándose de sus temores y escrúpulos, de su propósito de ser honrada.

Concluido el banquete, los desposados se instalan en su nueva casa. Maxi se ve obligado a guardar cama, víctima de su habitual jaqueca; duerme bajo los efectos de un somnífero, mientras Fortunata se debate en terrible confusión.

Para la composición de esta escena, Galdós recurre a imágenes visuales de gran fuerza. Por ello Patricia, más que un personaje ordinario, constituye aquí un símbolo, es el rostro mismo de la tentación. Fortunata lo percibe claramente: ". . . Nada, estoy ven dida. . . (. . .) y esta mujer es el mismo demonio." (Segunda parte, VI, IV, 704).

El caso de Patricia es singular dentro del contexto general de la novela, según la observación de Robert M. Kirsner: "En Fortunata y Jacinta, cada individuo revela una existencia humana, la cual inspira lástima y comprensión. No hay figuras realmente malévolas ni benévolas. Los conflictos son provocados por influencias afirmativas, más que negativas. . ." (30), por la actitud de comprensión y simpatía que el autor muestra hacia sus personajes.

Extrañamente reserva Galdós un gran desprecio y una repugnancia que, desde luego, comparto, para esa criada sin escrúpulos, a quien él llama "taimada gata" de "infernál" sonrisa "maliciosa" y "zalamera".

La tensión que ha ido incrementándose en esta Segunda Parte, alcanza su momento más interesante en el inciso IV del capítulo VII, aunque el clímax venga después.

La escena a que me refiero y que ha sido preparada con eficaces recursos, dado su carácter crucial, presenta tres figuras transfiguradas que, al emerger o sobrepasar un puntual realismo, se in-

ternan en un ámbito mitológico, en el cual Patricia es el demonio tentador encarnado en una gata, Fortunata es la mujer atenaceada por su curiosidad proverbial y sus deseos en conflicto y, detrás de una puerta, cuyo cerrojo "tenía el mango tieso hacia adelante como un dedo que señala", cercándola cada vez más: Juanito Santa Cruz, o el pecado.

Estos tres elementos, al conjugarse, determinan el dramatismo de la escena que se va desarrollando con un ritmo pendular, con el angustioso vaivén de los sentimientos de Fortunata, fluctuando en tre el bien y el mal.

Durante un rato, señora y criada no se miraron. A la primera le temblaban las manos y le andaba por dentro del cráneo un barullo tumultuoso. La sirvienta clavaba en la señora sus ojos de gato, y su irónica sonrisa podría ser lo mismo el único aspecto cómico de la escena que el más terrible y dramático. Pero de repente, sin saber cómo, criada y ama cruzaron sus miradas, y en una mirada pareció que se entendieron. Patricia le decía con sus ojuelos que arañaban: "abra usted, tonta, y déjese de remilgos." La señora decía: "¿Le parece a usted bien que abra? . . . ¿Cree usted que . . . ?" Pero a Fortunata le ganó de súbito el decoro y tuvo un rechazo de honor y dignidad (Segunda parte, VII, IV, 705).

Las palabras encubren lo que, de ser expresado abiertamente, daría un tinte vulgar al trato entre las dos mujeres. Así pues, la escena transcurre en dos planos: uno, aparente, externo, un diálogo cotidiano entre ama y criada, que nada tiene de particular; el plano interno es un escenario a media luz:

. . . en medio de un silencio alevosos y de una quietud traidora destacan sólo dos sombras: una, vacilante, trémula, la otra implacable en su persecución: Fortunata no hizo movimiento alguno. Se había convertido en estatua. Creía estar sola, y vio que Patricia se acercaba pucito a pucito, picando como los gatos. No con el lenguaje, sino con aquella cara grotesca y aquella boca que pare

cía que se estaba siempre relamiendo, decía: "Señorita, abra usted y no haga más papeles. Si al fin ha de abrir mañana, ¿por qué no abre esta noche?". (Segunda parte, VII, IV, 706).

Vencida por el momento la tentación y con el fin de relajar un poco la tensión del relato, el autor lleva a su heroína a dar un paseo por los barrios pobres de Madrid, bajo el aire y el sol que son sus elementos. Reanimada por el ambiente de libertad que la circunda, Fortunata medita acerca de su suerte con más gracia que pesimismo. Este es un fragmento de su encantador soliloquio:

Todo va al revés para mí. . . Dios no me hace caso. Cuidado que me pone las cosas mal. . . El hombre que me quiere, ¿por qué no era un triste albañil? Pues no; había de ser señorito rico para que me engañara y no se pudiera casar conmigo. Luego, lo natural era que yo le aborreciera. . . ; pues no, señor, sale siempre la mala, sale que le quiero más. Luego, lo natural era que me dejara en paz, y así se me pasaría esto; pues no, señor, la mala otra vez; me anda rondando y me tiene armada una trampa. . . También era natural que ninguna persona decente se quiera casar conmigo; pues no señor, sale Maxi y. . . ¡tras!, me pone en el disparadero de casarme y nada, cuando apenas lo pienso, bendición al canto. . . ¿Pero es verdad que estoy casada yo?. . . (Segunda parte, VII, V, 709)

El Delfín y su cómplice se convencen de que Fortunata no tendrá la decisión suficiente para actuar de acuerdo con sus planes; no se atreverá a llamar a la casa de la "vecina" por más que lo piense y lo desee. La solución no puede ser más fácil, puesto que la casa está sola y Fortunata por llegar:

En el sofá de la sala, tranquilamente sentado. . . ¡Dios!, el otro. Fortunata estuvo a punto de perder el conocimiento. Le pasó un no sé qué por delante de los ojos, algo como un velo que baja o un velo que sube. No dijo nada. El, pálido también, se levantó y dijo claramente:
—Adelante, nona. [. . .] Tranquearon la puerta de la casa, que estaba abierta. Y la del cuarto de la

izquierda, ¡qué casualidad!, abierta también. Luego que pasaron, alguien cerró. En aquella morada reinaba una discreción alevosa. . . (Segunda parte, VII, VI, 710)

Patricia cumplía bien su misión.

II

MAXIMILIANO RUBIN: EL MARIDO.

HACIA EL HONOR VISTO COMO ESTIMA PERSONAL.

Quizá parezca equívoco o carente de sentido el encabezado de este capítulo. Pero, ¿acaso no es en todo grotesca y desconcertante la relación entre Maximiliano y Fortunata? ¿No forman éstos la pareja imposible? Y, sin embargo, por azares del destino, por la atracción de los signos contrarios que, en lo humano, bien podría llamarse necesidad de complementación, la prójima y el idealista van a encadenar sus vidas y, aún más que eso, van a ejercer una influencia decisiva el uno sobre el otro, por más que ninguno de los dos lo reconoce.

Ya he hablado de su primer encuentro, pero es preciso añadir algunas consideraciones. La disparidad entre ambos personajes es absoluta y sólo la complicidad de las circunstancias puede explicar la vinculación de seres tan distintos. El, un muchacho sensible, inocente y noble, nace para su desgracia "tan poco favorecido por la naturaleza que física y moralmente parecía hecho de sobras." (Segunda parte, I, II, 596).

En efecto, el rendimiento de Maxi en los estudios es menos que mediano; su carácter tímido, sumiso e introvertido; su temperamento apacible y aún indolente. La conciencia de sus defectos y limitaciones le lleva a desarrollar una tendencia escapista, haciéndolo vivir dos existencias: la real, gris, solitaria y llena de frustraciones; la imaginaria, platónica de sueños e ideales inalcanzables. La personalidad, primero conflictiva y después patológica de este personaje, parte precisamente de su cada vez más acentuada confusión entre el mundo de la ficción y el mundo de la realidad y su

trágica equivocación con respecto a Fortunata se originó en su empeño por borrar tales fronteras:

Maximiliano contemplaba como un bobo aquellos ojos, aquel entrecejo incomparable, aquella nariz perfecta y habría dado algo de mucho precio porque ella se dignase mirarlo de otra manera que como se mira a los bichos raros (Segunda parte, I, III, 599).

Maxi se aferra a la idea de que los valores espirituales pueden y deben imponerse a la simple y pura manifestación de la materia, por extraordinaria que parezca; así, la belleza de Fortunata, su porte y saludable vigor no tendrán un valor que no pueda compararse al del respeto y buena fe que él le ofrece.

Fortunata también se sorprende y desconcierta ante aquel chico tan diferente a los que ella ha conocido y se esfuerza por aceptarlo, pero ". . . francamente, no podía acostumbrarse a aquella nariz chafada, a aquella boca tan sin gracia, al endeble cuerpo que parecía se iba a deshacer de un soplo . . ." (Segunda parte, I, IV, 601).

La aversión física de la muchacha hacia él es evidente, pero como su mundo de quimeras ya se ha impuesto al de la realidad, Maximiliano da por hecho que el amor se desprenderá de la amistad y el agradecimiento con que ella corresponde a sus "afanes de redentor y maestro." En verdad, Fortunata es dúctil como un metal precioso, aunque también es frágil como él (según lo veremos luego), y se aplica por entero a mejorar su educación, aprovechando bien las lecciones, que abarcan, desde lectura y escritura, hasta buenas maneras, corrección en el lenguaje y principios de moral. Es Maximiliano quien infiltra en ella las primeras nociones acerca del honor. A Fortunata la había lastimado el abandono de Santa Cruz, su engaño, pues ella había creído en su promesa de matrimonio; pero no fue el honor perdido, sino la desilusión de su primer amor lo que la precipitó a una vida irregular, lo reconocía, aunque no cabalmente.

Los esfuerzos de Maxi por hacerla abominar de la infamia de su seductor, se estrellan siempre ante la firmeza del cariño que aún le profesa y no tiene empacho en confesar. En ocasiones le asaltan muy fundados temores que, no obstante, logra desterrar, reforzando su confianza en la generosidad de su amor y el fondo de honradez que advierte en ella.

Fortunata también vacila en sus propósitos de casarse con Rubín, cuando en las Micaelas, Mauricia le trae a la memoria la imagen del otro:

En resumen, que los sentimientos de la prójima hacia su marido futuro no habían cambiado en nada. No obstante, cuando Maximiliano le dijo que ya tenía elegida la casita que iba a alquilar y le consultó acerca de los muebles que compraría, aquella presunción o sentimiento de su hogar honrado despertó en el ánimo de Fortunata la dignidad de la nueva vida, se sintió impulsada hacia aquel hombre que la redimía y la regeneraba. . . (Segunda parte, VI, VII, 682)

La disposición y las intenciones de uno y otra, aunque muy loables, no bastan para cimentar una unión firme y menos aún cuando una persona sin escrúpulos, como Juanito Santa Cruz, atenta contra ella.

Gustavo Corredá, recoge el pensamiento de Caldós en torno al tema que me ocupa:

Particularmente en la esfera del amor, la unión del hombre y la mujer debe realizarse dentro de un vínculo armonioso que asegure la duradera y fuerte atracción de los seres. El matrimonio de Maximiliano Rubín y Fortunata, en Fortunata y Jacinta, por ejemplo, constituye un verdadero contrasentido de la naturaleza. En efecto, la desproporción entre la constitutiva debilidad de aquél y la fuerte vitalidad de ésta última, provoca el odio y la infidelidad en la mujer y lleva a los esposos a la locura y a la muerte (31).

La reaparición de Santa Cruz acordará, obviamente, funestas

consecuencias para el matrimonio al que nunca acompañaron buenos augurios, sostenido sólo por débiles intentos de elevación moral y una urgente necesidad de ganar estima social.

El "pobre chico Rubín", a poco de haberse sacudido la pesada tutela de su tía, y cuando ha conseguido sorprender gratamente a sus hermanos y amigos, empieza a notar cómo la felicidad se le escapa de las manos sin poder evitarlo. Sus esfuerzos por conservar y acrecentar el amor de su esposa, fracasan ante la frialdad y la "cortesía desdeñosa" con que ella le trata. Sus reacciones de tristeza, disgusto, desconfianza y observación, obtienen una idéntica respuesta: la más absoluta indiferencia. Sólo una vez logra conmovirla con sus lágrimas; pero la lástima nunca puede reemplazar al amor verdadero. Sus quejas y sus reproches no encuentran eco en la mujer que ahora le considera solamente "un angelón sin pena ni gloria":

Ya no me quieres -le dijo un día con inmensa tristeza-; ya tu corazón voló, como el pajarito a quien le dejan abierta la jaula. . . " (Segunda parte, VII, VIII, 715).

Me están haciendo creer que no hay Dios, que por tarse bien y portarse mal todo es lo mismo. (Segunda parte, VII, IX, 717).

El tormento de Maxi se recrudece al conocer en persona a Santa Cruz y al ir confirmando que él es la causa del progresivo derrumbe de su vida matrimonial y, por lo mismo, de su seguridad personal, tan penosamente desarrollada. En su interior luchan el hombre y el niño, el celoso (virtud homicida) y el enfermo, que todo eso es "el infeliz chico" quien "de un salto se deja caer del furor a la piedad", midiendo la enorme distancia entre "los arranques de su voluntad y la ineficiencia de su desmayada acción" (Segunda parte, VII, IX, 713).

Tal lucha va incrementándose hasta culminar en el enfrentamiento físico de ambos rivales. En dicho pasaje (inciso X de la Segun-

da parte) Galdós alcanza, en mi opinión, uno de sus mejores momentos al plasmar vívidamente la tragedia de un hombre: Maximiliano, ante una doble evidencia que habrá de aniquilarlo: su inferioridad física y su deshonor. Aquí se conjugan los elementos más disímboles a fin de conseguir un claroscuro en el cual destaquen los rasgos esenciales de las fuerzas en pugna, personificadas en el Delfín y Maximiliano. Iluminativas, en verdad, son las siguientes observaciones de Gullón:

Insistentemente señalará el narrador la impotencia de Maxi. ¿Por qué tanta reiteración? A mi juicio, para destacar el extraño paralelismo que se impone al compararlo con Juan. Los contrastes hermosura-fealdad, egoísmo-generosidad, cautela-pasión, se completan con éste: vigor-impotencia y su inversión en el plano sentimental donde, el se ductor es el impotente, incapaz de realizarse en el amor (32).

Lo subline y lo chusco se tocan para resaltar la figura patética de Maxi frente a su ofensor. Derribado entre el polvo, Rubín in tenta vanamente incorporarse; unas cuantas líneas bastan para que su imagen se fije en la memoria, al recordar sus "ojos de gato rabioso y moribundo . . . Era todo uñas y todo dientes; sacaba las ar mas del débil; pero con tanta fiereza, que si coge al otro le arran ca la piel" (Segunda parte, VII, X, 720).

Santa Cruz, consciente de su superioridad física, no se ensaña con él y prefiere marcharse, no sin el temor de haberle causado un daño mayor del deseado. El vencido, revolcándose en su impotencia, ya "rompía en aullidos", ya "prorrumpía en risas de demente." Su voz toma el registro de un impúber y su lamentable estado provoca la hilaridad de algunos, la desconfianza de otros y la compasión de los más; unos le consideran un viejo y hay quien le llama "mari ca", aún cuando sus movimientos sin control, sus frases deshilvanadas y su mirada, son las de un loco.

La relación más o menos pormenorizada que acabo de hacer, de

esta etapa de la vida de estos dos personajes (Fortunata y Maximiliano) obedece a que la considero de importancia capital para la formación y transformación de la personalidad de ambos. ¿Cuál será la repercusión de los tristes sucesos que acabo de referir?

Fortunata, derribados ya los mecanismos de defensa que amparaban su adulterio, abrumada por su conciencia, reconoce la magnitud de su culpa:

Desde que empezó a faltar, no había sentido remordimientos como los de aquella noche. El espectro de su maldad no había hecho antes más que presentarse como en broma, y érale a ella muy fácil espantarlo; pero ya no acontecía lo mismo. El espectro venía y se sentaba con ella y con ella se levantaba; cuando se ponía a guardar ropa, la ayudaba; al suspirar, suspiraba; los ojos de ella eran los de él, y, en fin, la persona de ambos parecía una misma persona. Y la aterraban, juntamente con los revuelcos de su conciencia, ansias de amor, deseos vivísimos de normalizar su vida dentro de la pasión que la dominaba. (Segunda parte, VII, XI, 723).

No; no es que la Virgen le mande quezer a Juan. (como cree), ni es que la Pitusa sea una mujer sin entrañas a quien no le duela el daño físico y moral causado a Maxi. Es simplemente una mujer, cuya tragedia es ver siempre como polos irreconciliables: su primer y único amor, encarnado en un hombre que la complementa físicamente y por quien ha de pagar un alto precio: la clandestinidad, la humillación y el remordimiento. Por otro lado: "sentir la voz doliente de su marido produciéndole atroz martirio", sin embargo, no daría un paso atrás: "antes morir que continuar la farsa de un matrimonio imposible."

Fugaz como el capricho de su amante, es el tiempo que Fortunata vive a su lado, instalada en un lujoso departamento de la Red de San Luis. Abandonada por segunda vez, la chulita acepta la "protección" del coronel Feijóo, quien, al sentirse viejo y enfermo, con-

sigue hacerla volver a casa de los Rubín (33).

En el reencuentro con Maxi, así como en los pasos precedentes a la completa reconciliación entre los esposos, se perfila ya la penetración psicológica que el autor desplegará especialmente en esta etapa de la vida de estos dos personajes.

El narrador transcribe el estado de ánimo de la protagonista durante los primeros meses:

En la casa se hallaba muy bien. Había tenido seguramente en su vida temporadas de mayor fe licidad, pero no de tan blando sosiego. Había visto días, los menos, eso sí, en que brillaba echando chispas el sol del alma, seguidos de otros en que se apagaba casi por completo; pero nunca vió una tan inalterable y mansa co rriente de días tibios, iguales, de penumbra dulce y reparadora. . . (Tercera parte, V, IV, 793).

El profundo cambio de sus sentimientos hacia su marido, a par tir de su encuentro con Jacinta, va a explicarnos la alteración de la conducta de éste.

¿No es significativo que comiencen a manifestarse en Maxi al armantos síntomas de desequilibrio mental; tales como caer en fre cuentes olvidos y sentir la cabeza "vacía, como sin sesos"?

Recuerdo que durante los meses de matrimonio anteriores al pri mer desengaño, mordido por la sospecha, Maxi recurrió a todos los medios para reconquistar a su mujer y sólo sus lágrimas, al mostrarse a ella en el último grado de debilidad, logró conmovérla un poco. Por tanto, me pregunto si ahora, al percibir su cambio hacia él, "el pobre chico", conciente o inconcientemente ¿no trata de ob tener, o más bien, de retener su cariño y sus cuidados, valiéndose de su progresiva falta de salud? A la inicial sensación de vacío cerebral sigue un período de irritabilidad, de lectura obsesiva y de iluminación extravagante.

¿No es, o puede ser ésta, una manera de atraer la atención de su mujer, fluctuando entre la solicitud de piedad y el intento de despertar su temor o su admiración?

Desde luego que en Maxi se conjuga una problemática psicológica, muy comprensible, que, a su vez, degata o se escuda en un serio desquiciamiento mental. Y si en el pasado, Fortunata no se tocó el corazón para evitarle un sufrimiento, ahora expía su culpa, comportando con paciencia admirable los cambiantes y peligrosos estados de ánimo de su marido, atendiéndole como si se tratase de un hermano o un hijo. Sin embargo, aún contra su voluntad, el descontento y la tristeza que la invaden, llegan a aflorar a su rostro, o a delatarse por ciertas actitudes.

Pero, después de su funesta visita a casa de la "fundadora", de donde es echada a empellones por un criado, Fortunata ya no para mientes en su deseo de vengar su afrenta y sobrepasar a su rival. Para ello se propone reanudar sus relaciones con el Delfín y "legitimar" su unión, dándole un hijo.

Surge aquí una pregunta, cuya respuesta se halla fuera de mi alcance y de mis propósitos: ¿hasta dónde puede Fortunata ser responsable del desquiciamiento de Rubín? Obviamente, su infidelidad tendrá que afectarle (como a cualquier marido o mujer en caso semejante) de manera terrible; pero, en Maximiliano, la humillación y los celos toman caminos tortuosos que le denuncian como enfermo mental. Refuerzo mi opinión con la de Sherman Eoff, quien ha escrito:

Maximiliano es una personalidad subnormal, cuya existencia sucumbe en la fiera batalla entre su inferioridad física y la riqueza de sus mentiras, en la delincuencia de su ajuste a esta inferioridad. . . (34)

Desde su nacimiento en la novela hasta que ésta se cierra, "Rubinius Vulgaris" permanece en un mundo artístico. Ya desde un principio prefigurara en su personalidad ciertos rasgos que lo apartan de

lo que podríamos considerar normalidad psíquica. Galdós mismo los reúne en una sola expresión: "Y de esta manera, aquel misántropo llegó a vivir más con la visión interna que con la externa". (Segunda parte, I, III, 597).

Lo grave en Maxi no es su complejo de inferioridad (del que pocos se libran) sino que éste recae sobre una mente esquizoide con tendencias paranoicas, incapacitada totalmente para resolverlo de un modo adecuado.

Fortunata viene a ser un desproporcionado estímulo para aquel débil cerebro y aquel pobre organismo que, al sobreexcitarse positiva o negativamente se desquicia. Cuando tan lenta y pacientemente Maxi había conseguido curarse de su segundo desengaño, refugiándose en meditaciones filosóficas, el regreso de su mujer le condena nuevamente a una continua zozobra. Y el mayor acierto de Galdós es el trazo de la progresiva enfermedad del muchacho: períodos de aparente calma (como cuando los Santa Cruz salen a veranear al norte) e inesperadas crisis en las que se agudizan las obsesiones paranoicas: desconfianza, celos, temor a ser envenenado o a caer en una trampa, etc., obsesiones que, por otro lado, no carecían de fundamento, aunque, desde luego, son percibidas por él en forma exagerada y transformadas en alucinaciones, delirios o sueños.

Ricardo Gullón capta perfectamente a este personaje y, en especial esta etapa de su vida. Veamos cómo analiza este interesante sueño; transcribiré, en primer término, el sueño de Maxi:

Veremos si esta noche sueño lo mismo que soñé a noche [. . .] soñé que estaba yo en el laboratorio [. . .] Estaba afligido, y me acordaba de tí [. . .] y después sentí en mí una sed muy rara [. . .] Me fui hacia el frasco del clorhidrato de morfina y me lo bebí todo. Caí al suelo, y en aquel sopor [. . .] se me apareció un ángel y me dijo: "José, no tengas celos, que si tu mujer está enciata, es por obra del Pensamiento puro. . . (Cuarta parte, I, II, 850)

Gullón observa que la descripción de los sueños es uno de los recursos utilizado más a fondo por Galdós, y que incluso llega a perfeccionarlo recurriendo a la refinada técnica de duplicarlo, situando un sueño dentro de otro. Dice Gullón: "por la duplicación se refuerza la intensidad y profundidad de lo soñado: intuición certera del muchacho, pues Fortunata está embarazada." En el sueño cristalizan y toman forma las sospechas y preocupaciones que le acosaban. (35).

Subraya Gullón la importancia que la ambigüedad juega en los sueños y delirios de Maximiliano y que es todavía más operante al no saber si en verdad el personaje soñó o creyó soñar, o si inventa el sueño para ver cómo reacciona la mujer al oírle expresar sus sospechas.

En la Cuarta parte (IV, IV, 903) Maxi habla otra vez del embarazo, pero en esta ocasión no se refiere a una idea soñada, sino a un conocimiento descendido como iluminación del espíritu que le instruye.

"Sueño o iluminación (como dice Gullón) es lo mismo". La sensibilidad y la inteligencia de Maxi se van agudizando paulatinamente. Un día confiesa a su hermano Juan Pablo (Cuarta parte, IV, 913), que toda la fabulación en torno al pensamiento puro fue "cancamurria" o truco para hacer confesar a Fortunata y también (aunque esto no lo dice) para justificar su inacción.

En efecto, nos damos cuenta de que la ingenuidad del Maxi de los primeros capítulos se ha trocado en una refinada astucia que le permite manipular su debilidad y su demencia para protegerse de las burlas de los testigos de su afrenta. Y, en verdad lo consigue, puesto que el sentimiento de todos hacia él no es otro que la compasión.

Por otro lado, el autor, muy consciente de la problemática que envuelve a estos personajes, no se reprime para mostrarnos la comprensión que suscita la esposa adúltera en sus allegados; quizá en

tre los más inteligentes y menos prejuiciosos como Doña Lupe, Ballester y Juan Pablo. Comprensión, obviamente muy relativa y trenzada con intereses propios de cada uno: ambición en la tía y el cuñado y el amor en Ballester.

EL SENTIMIENTO DEL HONOR.

Me doy cuenta de que el meollo de este capítulo está constituido por lo que llamaré "concepto o sentimiento del honor" y que, en mi opinión, rige las relaciones entre estos dos personajes. Contrariamente a lo que podrá advertirse en el resto de los capítulos que forman la Segunda parte de este trabajo, en el presente, dedicado a Fortunata y Maximiliano, se descubre una influencia recíproca entre ambos personajes; no es únicamente Fortunata quien la recibe.

En las siguientes páginas me propongo aproximarme someramente a este concepto o sentimiento del honor, compartido (aunque de modo muy peculiar) por los que considero los más interesantes personajes de la novela.

LA HONRA PARA FORTUNATA.

Nadie podrá negar que a Maximiliano, precisamente, debe Fortunata las primeras y más elementales nociones del honor. Y por rudimentarias, no eran menos claras: abominaba el oprobio de la prostitución, estaba dispuesta a guardar absoluta fidelidad a su marido en gratitud por haberle dado su nombre. Pero la debilidad física de Maxi y el asedio de Santa Cruz, acabaron por destruir "aquel altarito levantado a fuerza de meditaciones y gimnasia de la razón."

Cometido el adulterio, se empeñará en justificarse a través de racionalizaciones (la fuerza del destino, los imperativos naturales) sin conseguir acallar del todo sus remordimientos, provocados principalmente por el engaño. Al ser descubierta su falta, confiesa y convicta, bastante avergonzada y triste, no obstante, se siente liberada al dejar la casa de los Rubín. El abandono de su amante, que tiene lugar meses después, la hunde en delirios febriles en medio de los cuales reafirma su deseo de ser honrada. Por ello,

se acoge a la "regularidad dentro de la irregularidad" al aceptar las proposiciones del coronel Feijóo. El la hace comprender que existen "diversos grados de ignominia" y que podrá aspirar a una honradez relativa, en tanto que proceda con lealtad hacia él y sepa guardar las elementales reglas del decoro.

Considero pertinente detenerme un poco en un aspecto que encierra interesantes implicaciones de tipo social:

Ni Juan ni Feijóo (y no sabemos si Caldós comparte este criterio) pueden imaginar para Fortunata (y quizá para ninguna mujer) la posibilidad de subsistir mediante un trabajo personal y honrado. Dice Santa Cruz: "No tiene educación, no sabe trabajar en nada que produzca dinero. No hay para ella más recurso que comer de su bellena" (Tercera parte, II, III, 746).

Y el coronel se asombra de su decisión de rechazar una mediana suma que le envía el Delfín (quien nunca fue espléndido), pero mucho más, de su propósito de mantenerse honrada: "Magnífico, sublime, Lo que no veo tan claro es que para ser honrada sea preciso no comer" (Tercera parte, IV, I, 761).

Sin embargo, Fortunata, en sus frecuentes raptos imaginativos se siente dispuesta a trabajar "como una negra" lavando, planchando, cosiendo, sirviendo, en fin, para ayudar a Juan, al que, en sus sueños, ve completamente arruinado.

Cierto que los atractivos físicos de la protagonista, sin desearlo ella misma, podrán enfrentarla a proposiciones más apetecibles que un trabajo rudo y mal remunerado. Pero, ¿no ha encarecido el autor la laboriosidad y fortaleza de la muchacha? ¿Acaso no podría desempeñarse bien como sirvienta u obrera, puesto que no tendría repugnancia ni prejuicios ante tal perspectiva, ya que proviene de un estrato social muy humilde?

Desde luego, éstas no son más que simples objeciones de una lec

tora que, sin quererlo, está proyectándose en la obra, pasando por alto que ésta fue escrita hace casi un siglo.

Es posible afirmar que hay dos móviles principales en torno a los cuales gira la totalidad de la existencia de Fortunata: el amor y el honor. El primero, arraigado a su temperamento, se acrecienta y se implanta como máximo valor moral/a partir de su plena realización como mujer al lado de Juanito Santa Cruz.

El honor. (a pesar de la ambigüedad con que lo concibe), es la dádiva que le otorga a Maximiliano Rubín; primero, por haberla arrancado de la prostitución; segundo, por haberle dado su nombre y, muy principalmente, por haberle transmitido el deseo de ser honrada ante sí misma y honrada, respetada, por los demás.

Su apego a esta virtud se vuelve cada vez más exaltado (sobre todo después de conocer a Jacinta), a pesar de las aparentes contradicciones, muy comprensibles dada su ignorancia, de su inextinguible amor (o, llamémosle debilidad) por el Delfín, y, de manera particular, por la ausencia de vigor y atractivos físicos de su marido.

De este entrecruzamiento de circunstancias surge en Fortunata la necesidad imperiosa de fusionar, en uno sólo, los dos valores: esto lo consigue al reconocer y proclamar a Juan como su verdadero marido.

EL SENTIMIENTO DEL HONOR EN MAXIMILIANO.-

Considero que no sería impropio definir este sentimiento en el sentido amplio que le da Sherman Eoff, como el esfuerzo que el individuo realiza para mantener y acrecentar su estima personal ante sí mismo y ante los demás.

Bajo este punto de vista, tanto Fortunata como Maximiliano comparten este empeño y a él están encaminados todos sus actos.

La "heroica" decisión de convertirse en redentor de una "Magdalena" saca a Maxi del anonimato ante sus familiares. Fracasadado en su tentativa, sólo inspira la conmiseración de los que le conocen, dado su deplorable estado de salud. Bien se le puede reconocer su magnanimidad, más tarde, al otorgar su perdón a la adúltera y recibirla nuevamente en su hogar. Cuando parientes y vecinos sospechan ya una nueva infidelidad, la locura se apodera de él o él se refugia en la locura. Al paso del tiempo siente haber superado sus debilidades y se entrega al culto de la virtud y la razón. Todas estas actitudes nos muestran un constante y comprensible intento por protegerse de la crítica y del desprecio de los demás.

Pero la evidencia pública de su deshonor: el nacimiento del hijo de Fortunata y Juan, le irrita de tal manera que los antiguos celos "fermentados y en putrefacción" le ponen ante sí el imperativo de tomar venganza.

Está consciente de que su fuerza radica en su mente, extrañamente lúcida entonces y, convencido de que más castiga "una consecuencia lógica que un puñal", se acerca a Fortunata para hierirla mortalmente con unas cuantas palabras: el padre de su hijo tiene por nueva amante a su amiga Aurora. Sin embargo, su cerebro desquiciado, califica este acto como un acto de estricta justicia: "No soy un asesino, soy un juez", y aún lo sublima hasta el punto de considerarlo "evangélica lección." Recordando el pasado, Rubín confiesa:

No sé decir bien si soñé que iba a ser madre, o si me inspiraron esta idea los celos que tenía. Porque yo tenía unos celos, . . . que no me dejaban vivir. "Mi mujer me falta -decía yo- no tiene más remedio que fallarme; no puede ser de otra manera." Y como por lo mucho que te quería, yo no encontraba a tu pecado más solución que la muerte, ahí tienes por qué me nació en la cabeza, lo mismo que nace el mago en los trencos, aquella idea de la liberación, protestos y tranquilizantes de la mente para justificar el asesinato y el suicidio.

Era aquello un reflejo de las ideas comunes, el pensar general modificado y adulterado por mi cerebro enfermo. . . (Cuarta parte, VI, III, 941)
(El subrayado es mío).

Se engaña a sí mismo o pretende engañar a Fortunata, pues su actitud es del todo ordinaria, heredada de la convención y no nacida de una reflexión profunda y de un criterio auténticamente personal como él lo considera. A pesar de que él mismo reconoce que su mujer no carecía de motivos para serle infiel, no por ello deja de calificar tal hecho como un delito cuyo castigo debe ser la pena capital. La idea del homicidio sólo se apartó de él durante los periodos en que ella no estaba a su lado; su vida entonces tomaba un cauce tranquilo y su conducta se revestía de cierta normalidad.

Encuentro un interesante paralelismo entre esta escena y aquella en la que Maxi rompe su hucha o alcancía y que es narrada como si se tratara de un asesinato. La comparación de estas dos escenas nos permite apreciar los cambios operados en la personalidad del muchacho.

Cuando cogió la hucha llena, el corazón le palpataba y su respiración era difícil. Dábasele compasión de la víctima, y para evitar su enternecimiento, que podría frustrar el acto, hizo lo que los criminales que se arrojan frenéticos a dar el primer golpe para perder el miedo y acallar la conciencia, impidiéndose el volver atrás. . . (Segunda parte, I, V, 604).

La evolución del personaje ha sido radical, según nos lo muestran los siguientes fragmentos:

—Es preciso que lo sepas —volvió a decir Maxi con cierta frialdad implacable, propia del hombre acostumbrado al asesinato—. Tu verdugo no se acuerda ya de ti para nada, y ahora tiene eneros con otra mujer " (Cuarta parte, VI, IV, 942).

El asesino le iba soltando a la víctima las palabras en dosis pequeñas, y la miraba, observando el

efecto que le causaban . . . (Loc. Cit.)

De esta manera podemos entender y valorar los agudos cambios que se realizan en la personalidad de Maximiliano, quien explica con amargura las subsecuentes etapas de su transformación:

Yo he tenido celos horribles, yo he tenido rencores ardientes; sin embargo, toda esta maleza va cayendo bajo el hacha de la razón. . . Ya no pienso en matar a nadie, ni aún a los que tanto odié. Veo las admirables enseñanzas de Dios, veo a los malos recibir su castigo, y procuro no merecerlo yo . . . Este es mi sistema, ésta es mi vida (Cuarta parte, VI, VIII, 956).

Al decir esto nuevamente miente o se engaña, pues su odio, sus deseos de venganza están más reconcentrados que nunca o, tal vez, sublimados, si es sincero cuando afirma: "Bienaventurados los que van al patíbulo, porque ellos en su suplicio se arrepienten, y arrepintiéndose, se salvan (Cuarta parte, VI, VIII, 955).

El desconcertante "loco cuerdo", el infeliz enamorado, cuyo corazón hubiera podido llenar y sobrepasar la hueca figura del "Don Juan de saldo" (como Gullón ha llamado a Santa Cruz), después de llorar "las lágrimas de toda una vida" ante la tumba de Fortunata, apellidada de Rubín, consigue por fin la verdadera paz. Aunque no lo menciona, en su interior considera su honor vengado y la imagen de la pecadora libre de toda mancha, digna de un amor ideal e incorruptible, al margen de afrentas y sobresaltos, un amor vinculado con la divinidad, al cual se consagrará por entero aún tras las paredes de un manicomio. (36).

III

JUANITO SANTA CRUZ: EL ALANTE.

Dada la escasa complejidad psicológica de este personaje, me propongo captarlo desde un punto de vista eminentemente social, y con el mismo enfoque trataré de analizar sus relaciones con la Pitusa. En torno a esta cuestión, se nos presentan varias interrogantes, por ejemplo: ¿ve ésta en el Delfín un ideal amoroso y también social? ¿Se advierte en Fortunata (el pueblo) el deseo de ascender a una clase social superior? ¿Por qué razones? ¿Lo logra finalmente?

Para contestar a estas preguntas debemos, ante todo, delinear más claramente la posición social del Delfín (37).

"Fortunata y Jacinta": Anatomía de una Sociedad Burguesa es un interesante ensayo en el cual Julio Rodríguez Fuértolas nos ofrece una precisa y detallada perspectiva social de esta novela. De él tomo una semblanza de Juanito:

. . . señorito ocioso que vive únicamente del capital paterno, Galdós señala más de una vez cómo el Delfín no muestra interés alguno en continuar las actividades comerciales o financieras de la familia, sino en vivir de las rentas. Casado en mayo de 1871 con Jacinta, recibe de su padre dos mil duros semestrales, más dos o tres mil reales mensuales de su madre. Ha estudiado -pero no ejerce- Derecho y Filosofía y Letras: ¡Valiente truhán! ¡Si no tenía absolutamente nada que hacer más que pasear y divertirse! . . . Su padre había trabajado toda la vida como un negro para asegurar la holgazanería dichosa del príncipe de la casa. . . Don Balduino no había podido acostumbrarse a esa preocupación tan española de que los padres trabajen para que los hijos descansen y pascen. Recreóbase aquel buen señor en la ociosidad de su hijo como un artesano se recrea en su obra (38).

Teresa Silva Tena complementa este retrato:

. . . Gracias al carácter más firme de su madre, el niño no se convirtió en un completo salvaje entregado a sus instintos, sino que los revistió de buen gusto y cultura, ayudado, naturalmente, por sus dotes y atractivos personales: belleza física, don de gentes, sabiduría en el manejo de lo que le proporciona placer. Juanito es sibarita, ocioso y narcisista. Y por lo tanto desecha todo lo que le produce malestar. Por otra parte, Juanito tiene asignada en la novela una función simbólica: es la España de mediados del siglo que oscila entre la revolución y el orden, que en la vida privada se traduce en su pasión por Fortunata (revolución) y su vuelta al amor conyugal (Jácinta, el orden) (39).

No es de sorprender que este señorito, dotado de buena presencia y maestro en el arte de halagar y seducir, deslumbró y cause una impresión imborrable en una muchacha cuya existencia ha transcurrido en el inframundo del llamado Cuarto Estado. Por otra parte, la condición de huérfana de Fortunata, la lleva a buscar protección y un medio para escapar de la tutela de la vieja tía.

Hay un punto importante que no debemos olvidar al analizar las relaciones de Fortunata con el Delfín y aún con Maxi: es el papel que juega en ellas el dinero. Haciendo memoria, recuerdo que 'la Pitusa, después de haber sido abandonada por su amante sólo solicitó y obtuvo de él la cantidad necesaria para dar sepultura a su hijo. Cuando se decide a casarse con Maximiliano es por aspiración a una vida estable, buscando "casa, nombre y decoro". Su marido pertenece a la clase media (es farmacéutico y cuenta con pequeñas propiedades), por lo cual sin ser rico, puede sostener desahogadamente su hogar y hasta proporcionar a su esposa una ayudante doméstica. He aquí un momento de tantos, cuando el capricho de Santa Cruz se ha visto cumplido, gracias a su perfidia:

Algunos días el Delfín ofrecía regalos y dinero

a su amante; pero ésta no quería tomar nada. Se le había encajado en la cabeza una manía estrambótica, de que ambos se reían mucho, cuando ella la contaba. Pues la manía era que Juanito no debía ser rico. Para que las cosas fueran en regla, debía ser pobre, y entonces ella trabajaría como una negra para mantenerle.

—Si tú hubieras sido albañil, carpintero o pongo por caso, celador del Resguardo, otro gallo me cantara. . . .

—Háblame con franqueza. ¿No necesitas nada?

—Nada, me lo puedes creer.

—¿Fue alma de Dios te da todo lo que necesitas?

—Todo, me lo puedes creer.

—Quiero regalante un vestido.

—No me lo pondré.

—Y un sombrero.

—Lo convertiré en espuerta.

—¿Has hecho voto de pobreza?

—Yo no he hecho voto de nada. Te quiero porque te quiero, y no sé más (Segunda parte, VII, VII, 712)
(40).

Al igual que Maxi, Fortunata no comparte el arribismo (en diversos aspectos) ni el cuidado por la economía que son características de la pequeña burguesía a la que pertenecen los Rubín. Mientras Doña Lupe se esfuerza por adquirir notoriedad y acrecentar su capital a base de ahorro y usuras, nuestra protagonista se enfrasca en nuevos conflictos internos después de haber hablado con Jacinta. Enterada la de los Pavos de su reincidencia en el adulterio, se puede creer que la "prójima" no obtenga ningún beneficio de su relación con el Delfín ni logrará convencerla de hacerlo en el futuro. Fortunata es así; nunca muestra ningún apego al dinero; vive sólo para su pasión, ignorando todo cuanto la rodea. La única meta de su vida es estar al lado de su amante y, ya que no es posible (como lo sueña y lo desea) que éste descienda a su nivel social, ella hará todo cuanto pueda para aproximarse a su clase y recibir de la sociedad un reconocimiento semejante al de Jacinta.

Teresa Silva Tena comprende plenamente la problemática de Fortunata en este aspecto y el fragmento que cito reproduce (creo yo)

al cuestionamiento inicial:

Todos los defectos de Fortunata provienen de pertenecer a un mundo inferior, del que ha sido apartada. Su desgraciado y persistente amor por un señorito la hace consciente de la miseria del ambiente de que proviene, y eso la empuja a ingresar en la pequeña burguesía, "decente", "honrada". Al casarse con Maximiliano, Fortunata desea inconscientemente acercarse al mundo a que pertenecen Juan y Jacinta, sólo por estar más cerca de aquél, por puro amor. Pero su condición de "pueblo" vuelve en su alma por sus fueros y la sumerge en conflictos y confusión profundos. El mundo de Jacinta es el mundo de la libertad, de la posibilidad de elegir; el de Fortunata es el de la servidumbre. Ella sospecha que la condición del perfeccionamiento moral es esa libertad de que carece. Fortunata no posee voluntad propia; el azar, las circunstancias determinan sus "decisiones" (41).

Queda, pues, demostrado que el deseo de asimilarse a los Santa Cruz, despreciando a los Rubín, no proviene de una ambición común. Fortunata, para bien o para mal, vive desvinculada del mundo, inmersa en un ámbito sin tiempo ni lugar, apenas iluminado por una llama fugaz que a ella le parece estrella radiante. Este es el amor entre Fortunata y Juan: una insignificancia que dará plena significación a la existencia de ella.

De la comparación de ambos caracteres salta a la vista la poca consistencia de Juanito como personaje literario. Dice Gullón: ". . . como había de ser para resultar verdadero. El sugar Clarín lo vió muy pronto: 'La Santa Cruz (escribió a Galdós) lo ha hecho usted con los huecos de los perfiles de los demás y está bien a su modo y así debía ser'" (42).

¿Cuál es la función de este personaje? Gilman piensa: "La respuesta de que Juanito es estructuralmente indigeneable, como un macho incerto reportando a dos hembras incógnitas, puede ser cierta, pero es insuficiente" (42).

La opinión de Gullón a este respecto es, a mi juicio, más sa-

tisfactoria:

. . . y que el hombre sea tan poco interesante como es, me parece un acierto de Caldés. Nada prueba mejor la irracionalidad de la pasión amorosa como mostrar cuán anodino es su objeto. Si Juan fuese distinto y mejor, si sus cualidades hicieran explicable esa pasión, perdería la de Fortunata su carácter de fuerza ciega. (44).

A lo largo de este trabajo he mencionado sin cesar el amor de la protagonista por su amante; pero considero oportuno recoger en un párrafo, sus principales características. Es un amor-pasión que como tal se desborda en un impulso instintivo, irracional, que no conoce diques. Por otro lado, esta pasión está impregnada del ser y la personalidad de la enamorada, de modo que la explican y la hacen comprensible.

En el Capítulo IV de la Primera parte de este trabajo (Perfil Psicológico y Moral de Fortunata) anoté -con apoyo en varios autores- como rasgos esenciales de la personalidad de Fortunata, los siguientes: complejo de inferioridad, motivado por su origen y falta de educación que sólo se compensa con su seguridad de saberse bella. Fortunata es afable y sumisa con quienes le demuestran afecto y sus arrebatos de cólera, cuando se siente agredida, son tan violentos como fugaces; adolece de cierta pasividad que la conduce al conformismo ante lo inevitable y esta resignación alcanza el grado de fatalismo en lo relativo a su amor por Juan. Todo esto se vierte en la forma en que siente y expresa su amor. Para mostrarlo citaré solamente algunas líneas tomadas de los pocos, pero significativos momentos en que los amantes se hallan juntos.

La vista de Juan y su deseo de retenerlo horran de su mente todo agravio, no obstante la certidumbre de que éstos se repetirán una y otra vez. Por ello, más que generosidad en cuanto al perdón que otorga, Fortunata muestra su necesidad de amor, de vivir la plenitud que sólo alcanza al lado de su amante. He aquí algunos diálogos de su único reencuentro en la calle de la Colegista:

". . . Y si una no volviera, ¿para qué es vivir? Vivir para que llegue un día así; lo demás es estarse muriendo siempre." (Tercera parte, VII, V, 846). El idealismo y la ilusión que la "chulita" de posita en los instantes felices nos hacen comprender su -digamos- falta de dignidad:

- Dime una cosa: ¿Me guardas rencor? la mirada se volvió húmeda.
--¿Yo? . . . Ninguno.
--¿A pesar de lo mal que me porté contigo? . . .
--Ya te lo perdoné.
--¿Cuándo?
--¿Cuándo! ¡Qué gracia! Pues el mismo día. (Loc. Cit.).

Y es que Fortunata concibe su amor como inspirado por una fuerza superior a su voluntad, a la cual no acierta a dar nombre: puede ser Dios, la naturaleza o la suerte: "¡Tenía que ser, tenía que ser! --dijo ella inclinando su cabeza sobre el hombro de él-- Es mi destino." (Loc. Cit.).

Y esa fuerza omnipotente ha consagrado su unión con el Delfín; de eso está convencida hace tiempo, cuando le dijo: "Mi marido eres tú" (Segunda parte, VII, VI, 711).

La gran dificultad consiste sólo en probarlo a los demás.

La pasión de la "chulita" es impetuosa como una catarata, pero transparente como las aguas que nacen en la altura y se estrellan y se agitan de continuo sin encenegarse nunca. En su total entrega, en su constancia, en cada una de sus manifestaciones amorosas se trasluce una cierta candidez, una pureza incospechada en quien, como ella, ha pasado por tantas manos y arrastra el peso de un doble adulterio:

Juan me decía que no sirvo para nada, y que no me merezco el palmito que tengo. [. . .] ¿Y cuando me sermoncaba porque no tengo ese aire de francesa que tiene la Antofita, esa que está con Villalonga, y otra que llaman Sofía la Ferrolana?
[. . .] ¿Y cuando se empeñaba en que me pusiera yo esos cuerpos tan ceñidos, tan ceñidos, que con ellos parece que enseña una todo lo que Dios le ha dado?" (Tercera parte, IV, I, 763).

Ricardo Gullón ha penetrado con gran acierto en el papel que el tiempo cronológico y psicológico juega en las relaciones de estos amantes. En cuanto al primero dice:

Acercándonos al texto advertiremos que las relaciones entre él (Juanito) y Fortunata, que a primera vista parecen llenar la novela, tienen duración bastante limitada. Divididas en tres períodos desiguales (según pasa el joven por las fases de su giro) apenas alcanzan a completar un año. El primer abandono ocurre antes de nacer el primer hijo; el segundo período comienza al casarse Fortunata con Maximiliano (segunda quincena de setiembre de 1874) y finaliza tres meses después. El tercer momento se inicia en Junio de 1875 y está prácticamente concluido el 15 de septiembre, aunque se arrastra precariamente un par de meses más, durante los cuales no es dudoso que Aurora Samaniego y no Fortunata retiene el interés de Juan. Parte del tercer período es tán los amantes separados por hallarse él veraneando en el norte (45).

Explica la manera en que el tiempo interior afecta sus relaciones:

. . . el tiempo psicológico es diferente en cada personaje: para Fortunata los días con Juan transcurren fugazmente, pero los siente luego como si hubieran durado una eternidad. El vivir sin vida, mecánicamente, de los lentísimos meses y años de abandono no significan nada para ella (salvo en los meses de su relación con Feijóo, figura ambivalente, aceptado como protector y educador más que como amante) [. . .] El tiempo sin Juan es inerte, hueco, muerto. En el piso que éste le pone a finales de 1874, cuando su desamor es evidente, se marca simbólicamente esa parálisis: 'El reloj de la consola [dice el narrador] no había sabido nunca lo que es dar la hora'. O suena para el amor, o permanece mudo. Con las bruscas transiciones impuestas por el voluble amante, aprende Fortunata cierta verdad que su constancia niega: el amor no dura, el tiempo lo deteriora y consume; el tiempo interior, sobre todo. Y así como el suyo es excepcionalmente lento, recreándose en la esperanza de renacer, de revivir cuando reviva el del

desmemoriado. El de Juan es veloz, porque, ni conoce esa esperanza, ni el amor mismo, sino en su figura pasajera de deseo y capricho. . . . En cambio, Fortunata, presintiendo el abandono, vive cada hora como hora eterna que no debiera acabarse nunca; se aferra a las ruinas de unos minutos que ya no significan nada y, por torpeza, facilita alguna vez pretexto para el enfado y el abandono (46).

Me pregunto si la atracción que Juanito experimenta hacia Fortunata no es la negación absoluta del amor. Así lo creo. Nace de su insatisfacción crónica (producto del ocio) que lo incita a buscar nuevos estímulos. Su afición a las mujeres del pueblo surge en él como curiosidad propia de joven rico que se asoma por primera vez a un mundo distinto al suyo. De allí que le confiese a Jacinta que en su "maldito capricho por aquella hembra popular" había un "no sé qué de entusiasmo artístico, una demencia ocasional" que no puede explicarse.

Una sola vez habla Juan con sinceridad, debido a los efectos del alcohol y sólo entonces reconoce sin burla la grandeza moral, el valor de los sentimientos de la Pitusa frente a su mezquindad: "Yo la perdí, la engañé, le dije mil mentiras, le hice creer que me iba a casar con ella. [. . .] He sido un perverso. . . . Porque la Pitusa me idolatraba " (Primera parte, V, V-VI, 494).

Superado este momento de debilidad, Santa Cruz asumirá nuevamente su aplomo de hombre de mundo, capaz de manejar las situaciones y los sentimientos de quienes le rodean, a su entero gusto. Julio Rodríguez Puértolas está en lo justo cuando opina: "[. . .] Conviene recordar que no es el adulterio la culpa de Juanito, sino el haber utilizado a su capricho a Fortunata, tomándola y dejándola a voluntad, cosificándola en suma: 'abandonando después a su cómplice y haciendo a ésta digna de compasión y aún de simpatía, por una serie de hechos de quo él era exclusivamente responsable' " (47).

La atracción que Juan siente por Fortunata no traspasa el lí-

mite de la piel y, en mi concepto, es un impulso erótico degradado por la carencia de amor. Ninguna afinidad lo liga a ella (ni siquiera en el aspecto sexual), pues se mofa de su innata ingenuidad: "La pobrecilla no aprende, no adelanta un solo paso en el arte de agradar; no tiene instintos de seducción, desconoce las gaterías que embelesan " (Tercera parte, III, I, 754).

La suerte de su amante jamás le ha quitado el sueño. Para deshacerse de ella tiene siempre a mano el recurso de aconsejarle volver con su marido y, en todo caso, si buscara otro amante, en nada le afectaría. El placer, el halago de sí mismo y de sus sentidos son los móviles fundamentales, por no decir únicos, de la conducta del Delfín. De esto deriva su insatisfacción, su ansiosa búsqueda de estímulos. Ni Jacinta ni Fortunata son mujeres con la "chispa de picardía que vuelve locos a los hombres". Por ello, Aurora vendrá a sustituirlas. El doblez y la vanidad del Delfín son verdaderamente irritantes, especialmente cuando se jacta ante su mujer del amor que la Pitusa le profesa:

. . . Ha dado en la tontería de quererme siempre lo mismo, como antes, como la primera vez. . .
. . . Ni el deshonor ni el matrimonio la han curado de esta manía. . . Hay tantos a quienes hace infelices la inconstancia de las mujeres, y a mí me hace padecer una fidelidad que no solicito, que no me hace feliz, que no me importa para nada (Tercera parte, II, III, 749).

Es importante señalar que el trato que Juan da a su amante contrasta totalmente con el que da a Jacinta. Su despotismo, descortesía y menosprecio para Fortunata se ponen de manifiesto en cuanto el tedio empieza a apoderarse de él (Cfr. Tercera parte, III, I, 755 y ss.). Para él, ella será siempre "pueblo": el pueblo que se aprovecha y se pisotea impunemente. Rodríguez Puértolas tiene razón cuando afirma: "La propia Fortunata -sí, nuestra hermosa, ignorante, desgraciada, y querida Fortunata- es destruida por la burguesía, tras una previa y sincera utilización y cosificación: seducida, corrompida por Juanito, prostituida, en fin (48).

Después de haber comparado a estos dos personajes tan disímbo-
los es posible afirmar que a la falta de densidad, de consistencia
psicológica del señorito de Santa Cruz, se debe, precisamente, que
de la figura de la protagonista emane la vitalidad, la ternura y la
pasión que han cautivado a críticos y lectores.

IV

GUILLERMINA PACHECO: LA SANTA.

"Hay en el corazón misterios muy grandes, y en lo que toca a la simpatía, misterios de misterios . . ." (Tercera parte, VI, XI, 832).

Tal es la respuesta de la fundadora a la confianza filial con que la Pitusa interroga, mientras llora aún la muerte de Mauricia.. .

Mire usted, señora, a mí me pasaba con esa mujer una cosa rara. Sabiendo que era muy mala, yo la quería . . . , me era simpática, no lo podía remediar. Y cuando me contaba las barbaridades que hizo en su vida, yo no sé . . . , me alegraba de oirla. . . y cuando me aconsejaba cosas malas, me parecía acá entre mí, que no eran tan malas y que tenía razón en aconsejármelas. . . "
(Loc. Cit.).

Esta pequeña escena nos proporciona datos suficientes para conocer la índole de los lazos que unen a Fortunata con ambas mujeres. Joven y huérfana, de carácter indeciso (cuando no es excitado por la pasión), la chulita se acoge en sus momentos difíciles al amparo de figuras maternas en busca de orientación y afecto, que son sus principales carencias. Tal necesidad la subraya el hecho de acceder a entrevistarse con Guillermina a sabiendas de la íntima amistad que la liga con Jacinta, y se manifiesta más todavía en la humildad con que la prójima escucha sus reproches, bastante duros, aunque hábilmente mezclados con frases zalameras y beatíficas promesas.

Al romperse, por la muerte de su amiga, los vínculos de identidad que las unían, Fortunata cree encontrar en Guillermina una guía insuperable para comprender y alcanzar la virtud que desea,

tanto más cuanto que temo estar condenada a no poseerla nunca. Sus sentimientos hacia "la Santa" son, pues, de auténtica veneración: "-¡Qué extraordinaria mujer aquélla! Sentíala dentro de sí, como si se la hubiera tragado, cual si la hubiera tomado en comunión . . . " (Tercera parte, VII, XI, 833).

En efecto, después de haber conocido a Guillermina, era imposible olvidarla (49).

Es atrayente en verdad esa "figurita de nacimiento, menuda y agraciada", pero dueña de una agilidad física y mental y de una resistencia a toda prueba, cualidades que emplea en obras pías; de éstas, la empresa de levantar un nuevo edificio para asilo de húerfanos puede considerarse la más ambiciosa y trascendente.

Dice Gullón: "el narrador la ve con simpatía, pero sin ocultar las contradicciones y ambigüedades de un ser tan posesivo y, a la vez, capaz de abnegaciones y humillaciones impensables en personajes de una pieza, miembros de esa otra rígida estirpe, de la que fue prototipo Doña Perfecta " (50).

Ciertamente me sorprende que el narrador se refiera a ella en todo momento, llamándola "santa", aunque es obvio que interpreta la opinión de sus allegados, pertenecientes a la aristocracia y a la alta burguesía de Madrid. No obstante, en tono festivo hay quien también le llame "rata eclesiástica" y no estuvo exenta de ser apodada por algunos, "tía bruja".

Es, pues, innegable que la personalidad de Guillermina Pacheco resulta sumamente compleja, y que pone al servicio de las instituciones (sociedad, iglesia, estado) todas sus capacidades: iniciativa, don de mando y organización, inagotable energía y perseverancia.

Y en lo que acabo de anotar, precisamente creo que está la clave que puede ayudarnos a comprender sus contradictorias actitudes:

ella sirve más a la iglesia que al ideal de Cristo, por ello su inquina contra los protestantes que acogieron a Mauricia; por ello su afán de "sacar pecados" a la luz, prioritario a una verdadera compenetración de las circunstancias y dolores que afligen al prójimo. Ella actúa en todo momento como "ministra" de Dios, reprendiendo, interrogando, aconsejando, en ocasiones con abuso de autoridad, crueldad y arrogancia. Su criterio es parcial, estrecho y convencional, es decir, fundamentado en creencias, puntos de vista y costumbres apegadas al orden común y a la tradición. El lema de la fundadora podría ser: "el fin justifica los medios" y ella lo practica, absolutamente convencida de que los fines que persigue son los supremos y su intención irreprochable.

Se acerca a Fortunata, a petición de Jacinta, como portavoz de sus derechos de esposa justamente irritada. Y en su primera entrevista con la "pecadora", la "santa" pudo desplegar toda su elocuencia y habilidad escrutadora para llegar al fondo de esa conciencia que, sin doblez alguno, se le entrega confiadamente.

MAURICIA-GUILLERMINA. SU TRANSFIGURACION EN FORTUNATA.

Fenómeno tan extraño germina en las profundidades de la inconsciencia y aflora en horas de insomnio, tan alucinantes que se diría se tocan con las aparentes extravagancias oníricas. Son estos los ámbitos y momentos, en los que la imaginación y la intuición imperan, los que llevan de alguna manera a Fortunata a ideas originales, a descubrimientos sorprendentes, a la raíz, deslizándose desde la más alta hoja. La pérdida de su amiga crea en ella un sentimiento de orfandad que, de inmediato, subsana mediante una transferencia. ¿Que los extremos se tocan? Fortunata no lo sabe; lo cierto es que "con tal caridad veía a Guillermina como si la tuviera delante; pero lo raro no era esto, sino que se le parecía también a Napoleón, como Mauricia la Dura. ¿Y la voz. . ? La voz era en-

teramente igual a la de su difunta amiga. ¿Cómo así, siendo una y otra personas tan distintas? Fuera lo que fuese, la simpatía misteriosa que le había inspirado Mauricia, se pasaba a Guillermina " (Tercera parte, VI, XI, 833).

El significado es obvio: ambas mujeres, no obstante su posición antagónica desde el punto de vista social (rebelde e inadaptada la una, la otra defensora acérrima de lo establecido) ostentan para Fortunata un signo común: la energía, la seguridad que a ella le falta. . . "Se devanaba los sesos en el torniquete de su desvelo para averiguar el sentido de tal fenómeno, y llegó a figurarse que de los restos fríos de Mauricia salía volando una mariposita, la cual mariposita se metía dentro de la rata eclesiástica y la transformaba . . . ¡Cosa más rara! ¿El mal extremado refundiéndose así y reviviendo en el bien más puro? . . ." (51).

Sin embargo, sólo unos días más tarde dicha opinión dará un giro completo. Esto ocurre con ocasión de una segunda entrevista entre la "penitente" y la "confesora". Jacinta, forzando la voluntad de la última, se oculta en una habitación contigua, dispuesta a escuchar. Fortunata hace a Guillermina confidencias que la hacen enmudecer, sabedora del daño que pueden causar a su amiga aquellas palabras que, por una parte, confirman la hipocresía de su marido, y, por la otra, ponen de manifiesto la superioridad de la amante fecunda frente a su irremediable esterilidad. Situación tan embarazosa altera de manera notoria el aplomo de la "santa", quien, en esos momentos adquiere ante nuestros ojos una dimensión eminentemente humana. Su desasosiego, su lucha interior y su heroica decisión de declarar la verdad, desafiando las consecuencias, todo esto avala su virtud, sustentada principalmente en la lealtad hacia sus semejantes y la autenticidad de sus principios.

Pero Fortunata no percibe tales sutilezas y, llevando a cuestas su despecho, su humillación y la convicción de haber sido enga

ñada por la persona en quien depositó toda su fe, lanza las expresiones más fuertes y amargas de la novela. Y, en medio de su insana exaltación, confunde nuevamente, ya no sólo los nombres, sino lo que representan Mauricia y Guillermina: el mal y el bien, el demonio y el ángel, pero esta vez con signo contrario: "¡Lo mismo que la otra, la señora del Espíritu Santo! . . . Doña Mauricia, digo, Guillermina la Dura. . . Quiere hacernos creer que es santa" (Tercera parte, VII, IV, 842).

Invoca a Mauricia, movida por la sensación de vacío que la invade:

¡Pero a quien me volveré ahora? ¡Dios mío, qué sola estoy! ¡Por qué te me has muerto, amiga de mi alma, Mauricia! . . . Por más que digan, tú eras un ángel en la tierra . . . ¿Qué es de mí? ¿Qué me aconsejas? ¿Qué me dices? [. . .] Mauricia, no estés más entre las ánimas benditas y vuelve a vivir. . . Mira que estoy huérfana, y yo y los huerfanitos de tu asilo estamos llorando por tí. . . (Loc. Cit.).

La balanza se inclina nuevamente del lado de sus sentimientos. Lejos de la influencia de Guillermina, Fortunata encuentra plena justificación para poner en práctica su "pícaro idea". El tener un hijo de Santa Cruz le permitirá vengar el agravio de que fue víctima, demostrando también que la fertilidad es un don divino que a ella y no a Jacinta le fue concedido. Por tanto, sin hacerle el menor reproche, reanuda sus amores con Juan. Durante esta época es Aurora Samaniego su confidente y consejera. Ella es quien, quizá con doble intención, le infiltra la sospecha de que la Delfina acepta con gusto la compañía y los galanteos de Don Manuel Moreno Isla (sobrino de Guillermina).

El intento de rebajar Fortunata a su rival ante los ojos de su marido desata la furia de éste, trayendo como consecuencia el rompimiento definitivo. La locura de Maxi, que ya sospecha su embarazo, se torna cada vez más peligrosa y Fortunata se ve obligada a

huir, refugiándose en casa de su tía Segunda, donde pasó su niñez. Muerto Moreno-Isla, Guillermina hereda esta finca. Tal noticia alegra a la Pitusa que, al convertirse en madre orgullosa del único vástago de los Santa Cruz, piensa en que la reconciliación con su "amiga la Obispa" pronto llegará: "Le pediré perdón por lo mal que me porté aquel día y me perdonará . . . como ésta es luz. De fijo que me calienta las orejas; pero paso por todo con tal de ver la cara que pone delante de este hijo. A ver qué tiene que decir de mi idea. (. . .) Dios no puede volverse atrás de lo que ha hecho." (Cuarta parte, VI, II, 939).

Y esta vez no la engañaba su intuición. "La Obispa" le hace una visita, si bien adoptando un aire de moderada severidad y concentrando toda su atención en el "legítimo" Pituso, del cual se aut nombra tutora. Después de todo no puede hacer otra cosa, sino murmurar: "Acatemos la voluntad de Dios. El sabrá para qué ha mandado acá a este angelote."

Advertimos en Guillermina, a partir del momento que estamos refiriendo, un cierto ablandamiento que, en forma intermitente, pero clara, se manifiesta en su trato, no sólo hacia Fortunata, sino hacia otros personajes: Segunda, José Izquierdo, Maxi y Ballester. Ahora se muestra más comprensiva y tolerante con las flaquezas humanas, aunque su aguda inteligencia no pierde de vista la posibilidad de volver Pascuas para los suyos aquel Via Crucis. He aquí un fragmento de su charla con Ballester:

Lo que quiero decir es que si usted tiene algún influjo sobre ella, debe aconsejarle que . . . Porque el día mejor pensado, esta mujer vuelve a las andadas, y se cansará de criar a su niño. Lo mejor sería que lo pusiera un ama, entregándolo solo a personas que lo habrían de cuidar mejor que ella, Aconséjelo usted esto (Cuarta parte, VI, VII, 951).

La llegada de Juan Evaristo Segismundo (nombre del recién na-

cido), contra lo que podría esperarse y en buena parte por la intervención de Guillermina, trae consigo el cese de hostilidades entre los bandos contendientes. La atención de una docena de gentes por lo menos (a excepción de su padre) está puesta sobre él. De tal modo, el autor exalta el dinamismo de la vida, el poder renovador de la maternidad, capaz de remover montañas y allanar caminos. A través de ella, Fortunata pretende elevarse de rango, y de hecho lo logra, y al ver acrecentada su estima personal, su respetabilidad social, emergen del fondo de su ser sus mejores sentimientos: deseo de amistad y concordia, ternura y generosidad. Algunas líneas de su afiebrado diálogo con "la santa" ilustran lo que afirmo:

Me alegro por tener el hijo de la casa, y esto no me lo quita nadie. Ni con latines ni sin la tines me lo quitan. ¿Verdad, señora? [. . .] Usted me va a querer, señora, ¿verdad? ¿Me querrá usted? Porque yo necesito que alguien me quiera de firme. Verá usted qué bien me voy a portar ahora. ¿Hombres?, ni mirarlos. No quiero cuentas con ninguno. Mi hijito y nada más [. . .] Mire usted; después que Dios me ha da^ddo al hijo de la casa, no le guardo rencor a la otra. . . . Porque yo soy tanto como ella por lo menos. . . . Como no sea más. Pero pongamos que soy lo mismo. No le guardo rencor, y como me apuren mucho, hasta le tomaré cariño . . . Tres mamás va a tener este rico, esta gloria: yo, que soy la mamá primera; ella la mamá segunda, y usted la mamá tercera (Cuarta parte, VI, VIII, 954).

No vamos a negar que, a pesar de sus muy humanas imperfecciones, (debidas principalmente a su formación) Guillermina es un modelo de entrega al servicio de sus semejantes y una guía importantísima para la protagonista. Sobrepasando las limitaciones de su criterio, ella es quien (sin olvidar al noble Ballester) lleva consuelo, paz y cariño a la infeliz Fortunata en sus últimos días. Con mucha razón el Padre Nonos le da el tratamiento de "maestra"; en verdad que ella ejerce mejor que él el ministerio de confesora, puesto que disipa toda duda y logra desterrar todo sentimiento ne-

gativo del alma de la "pecadora", haciéndola entrever la bienaventuranza que le espera en caso de morir contrita.

Con un leve movimiento de cabeza, la moribunda responde a las exortaciones de la "santa", pero cuando ésta aborda la cuestión fundamental, (desde su punto de vista), la respuesta no es clara. Fortunata la evade voluntariamente, manteniéndose firme en su convicción; o no escucha ya ninguna voz o la lucidez de su cerebro se ha extinguido o se retracta tan de corazón que ya se considera salvada:

Ahora recuerdo que usted tenía una idea maligna, origen de muchos pecados. Es preciso arrojarla y pisotearla. . . Busque, rebusque bien en su espíritu y verá cómo la encuentra; es aquel disparate de que el matrimonio, cuando no hay hijos, no vale. . . , y de que usted, por tenerlos, era la verdadera esposa de . . . Vamos -con extraordinaria ternura-, reconozca usted que semejante idea era un error diabólico a fuerza de ser tonto, y prométame que ha de renegar de ella y que no la olvidará cuando el amigo Nones la confiese Fortunata volvió a tener la llamarada en sus ojos, al modo de un reflejo de iluminación cerebral, y en su cuerpo vibraciones de gozo, como si entrara alborotadamente en ella un espíritu benigno. La voluntad y la palabra reaparecieron; pero sólo fue para decir: --Soy ángel. . . ¿no lo ve? (Cuarta parte, VI, XIV, 973-4).

La ternura y el fervor religioso de su amiga la reconfortan en esta hora suprema, que para ella no es terrible, pues tiene en su poder "la llave del cielo", su última "bendita idea" abriéndole paso entre los ángeles: ha entregado su hijo a la "mona del Cielo", solicitando su amistad y su perdón y con la certeza de que tal donación llenará el vacío de su maternidad frustrada. Y aún tiene tiempo para legar sus bienes a la obra de Guillermina; por tanto, digo con Gilman: "¿Quién osaría dudar de su salvación?" (52).

Después de haberme detenido a analizar una a una las relaciones más significativas en la vida de Fortunata, dedico las páginas

finales de este trabajo a la más extraña y trascendental de ellas: a su ambivalente actitud frente a Jacinta.

V

JACINTA: LA RIVAL.

Como antecedente se hace necesario subrayar que ambas mujeres entran en conocimiento la una de la otra en un tiempo en que su rivalidad es prácticamente inexistente, lo cual les permite contemplarse, si no con absoluta serenidad y simpatía, al menos, cabe decirlo, con cierta imparcialidad.

Así, Fortunata no es para Jacinta más que un pasaje borroneado en la biografía de su marido, releído sólo a causa de su insistencia durante la luna de miel. Tan lejana siente su presencia que, como si se tratara de la protagonista de un relato, hasta llega a inclinarse a su favor, considerando la perfidia de que fue víctima por parte de su seductor.

Si, la palabra de casamiento con reserva mental de no cumplirla, una burla, una estafa, una villanía. ¡Qué hombres! . . . Luego dicen . . . ¿Y esa tonta no te sacó los ojos cuando se vio chasqueada? . . . Si hubiera sido yo . . . (Primera parte, V, II, 485).

La curiosidad de Jacinta queda finalmente satisfecha al arrancar a su marido la confesión de haber dejado reñada a su amante sin saber más de su paradero, ni si su hijo se logró. Tal noticia afecta su tranquilidad; pero, dispuesta a vivir sólo del presente y el papel que le corresponde, sin atormentarse con celos retrospectivos y temores vagos, Jacinta decide poner punto en boca en torno a Fortunata, para iniciar lo que promete ser una venturosa vida matrimonial.

Tiempo después, la suerte lleva a Fortunata a conocer en persona a la señora de Santa Cruz. Es en la ocasión en que ésta, acompañada de otras damas benefactoras, hace una visita a Las Micaelas. El tiempo, las pasadas vicisitudes y presentes circunstancias (que ya conocemos de sobra) han tendido un manto de calma y resignación sobre el fogoso temperamento de la reclusa, el cual le permite confirmar la veracidad de los atributos adjudicados a Jacinta por cuantos la conocen.

El pasaje a que me refiero es interesantísimo por la agudeza y penetración psicológica con que el autor capta a su personaje, y por otras razones que señalaré más adelante:

Desde que Jacinta apareció al extremo del corredor, Fortunata no quitó de ella sus ojos, examinándola con atención ansiosa el rostro y el andar, los modales y el vestido. Confundida con las otras compañeras en un grupo que estaba a la puerta del comedor, la siguió con sus miradas, y se puso en acecho junto a la escalera para verla de cerca cuando bajase, y se le quedó, por fin, aquella simpática imagen vivamente estampada en la memoria.

La impresión moral que recibió la samaritana era tan compleja, que ella misma no se daba cuenta de lo que sentía. Indudablemente su natural rudo y apasionado la llevó en el primer momento a la envidia. Aquella mujer le había quitado lo suyo, lo que, a su parecer, le pertenecía de derecho. Pero a este sentimiento mezclábase con extraña amalgama otro muy distinto y más acentuado. Era un desco ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su aquel de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vió aquel día, ninguna le pareció a Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impresa en el rostro y en los ademanes la decencia. De modo que si le propusieran a la prójima en aquel momento, trasmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y a ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta.

Aquel resentimiento que se inició en su alma iba trocándose poco a poco en lástima, porque Nanolita le repitió hasta la saciedad que Jacinta sufría desdenes y horribles desaires de su mari

do. Llegó a sentar como principio general que todos los maridos quieren más a sus mujeres eventuales que a las fijas, aunque haya excepciones. De modo que Jacinta, al fin y al cabo, y a pesar del Sacramento, era tan víctima como Fortunata. Cuando esta idea se cruzó entre una y otra, el rencor de la pecadora fue más débil y su deseo de parecerse a aquella otra víctima más intenso.

En los días sucesivos figurábase que seguía viéndola o que se iba a aparecer por cualquier parte cuando menos lo esperase . . . El mucho pensar en ella la llevó, al amparo de la soledad del convento, a tener por las noches ensueños en que la señora de Santa Cruz aparecía en su cerebro con el relieve de las cosas reales. Ya soñaba que Jacinta se le presentaba a llorarle sus culpas y a contarle las perradas de su marido, ya que las dos cuestionaban sobre cuál era más víctima: ya, en fin, que transmigraban recíprocamente, tomando Jacinta el exterior de Fortunata y Fortunata el exterior de Jacinta (Segunda parte, VI, V, 677-78).

Aquí se preludian ya sobre un natural fondo de celos y envidia, una serie de impulsos que habrán de dar un sello peculiar a la subsecuente actitud de Fortunata hacia Jacinta: admiración, identificación, deseo de emulación y aún de transmigración.

La destructiva influencia de Mauricia es lo único capaz de abatir esta corriente de simpatía involuntaria. En cambio, al reanudar sus relaciones con el Delfín, mientras su rencor se extingue, aumenta en Fortunata su interés por conocer más a fondo a su rival: "No gustaba Juan que la conversación fuese llevada a este terreno; pero Fortunata, siempre que tenía ocasión, iba a él derecha " (Segunda parte, VII, VII, 713).

Su propósito, que en un principio era encontrarle faltas, se vuelve, poco a poco, aceptación serena de su superioridad moral y social. Recuerdo tres momentos en los cuales sí se desbordan los sentimientos negativos de Fortunata hacia la Mona del Cielo:

El primero es cuando al verse abandonada por su amante, total

mento desquiciada por la rabia y el dolor, se dirige hacia la Plaza de Pontejos, donde residen los Santa Cruz, dispuesta a cobrar venganza:

No se me quedará en el cuerpo nada, nada. Ella es la que me hace desgraciada, robándome a mi marido . . . Porque es mi marido; yo he tenido un hijo suyo y ella no. Vamos a ver, ¿quién tiene más derecho? Entrañas por entrañas, ¿cuáles valen más?" (Tercera parte, III, II, 758).

En una segunda oportunidad (con ocasión de la última enfermedad de Mauricia), el azar coloca a ambas mujeres sobre un sofá, tocándose falda con falda. La cercanía de su rival, su afable trato, tan ajeno a la sospecha de su identidad, sublevan a Fortunata hasta el grado de convertirla en fiera:

¡Ponerse a su lado! ¡No conocerle en la cara que las dos no podían estar juntas en parte alguna! . . . [. . .] No podía darse cuenta de lo que le pasó. Obedecía a un empuje superior a su voluntad cuando se lanzó hacia ella con la rapidez y el salto de un perro de presa. (Tercera parte, VI, V, 817-18).

Su ciega cólera es la catarsis, inevitable consecuencia de un largo período de frustración y tedio al lado de Maximiliano; su ataque no va dirigido exclusivamente a la rival; es también el intento de derribar un ídolo, un "ángel" que no sería tal "si estuviera en su lugar". Se rebela ante la injusticia de la vida que en situación tan desigual coloca a las gentes. Sin embargo, este arrebatado es súbito y fugaz y la furia de Fortunata desmaya al instante:

La de Santa Cruz recobró primero la serenidad, y entrando en la sala, volvió a ponerse en el sofá. Su actitud revelaba tanta dignidad como inocencia. Era la agredida, y no sólo podía serenarse más pronto, sino responder a la ofensa con desdén soberano y aún con el perdón mismo. La otra sintió, por el contrario, tremendo peso dentro de sí. ¡Ay! Su acción descomulgada y brutal le gravitó en el alma como si la casa se le hubiera desplomado encima. (Tercera parte, VI, V, 818).

El último de estos tres enfrentamientos, lo he comentado ya y ocurre cuando Fortunata se entera de que Jacinta, oculta, había escuchado su conversación con Guillermina.

Estas tres crisis desembocan en forma similar: en un abatimiento progresivo, producto de la comprobación de su impotencia frente a fuerzas superiores, el cual precipita a Fortunata a delirios febriles seguidos de torturantes noches de insomnio.

LA PICARA IDEA.

"La esposa que no tiene hijos no es tal esposa . . . "

(Tercera parte, VII, II, 338-9).

Como en una pantalla luminosa, en medio de las sombras nocturnas, la conciencia y la inconciencia, durante el insomnio o el sueño, proyectan con pasmosa claridad ideas y deseos en conflicto que, bien pueden agudizarse o bien resolverse en una determinación. Así, multitud de pensamientos en estado embrionario durante esas horas, alcanzan la madurez y, sofocados por el enclaustramiento, exigen ser les de a luz a través de la práctica. De tal modo se incubó en Fortunata su "pícaro idea" que, finalmente, se realizó con los resultados que ya conocemos.

Consciente de su importancia, considero necesario profundizar más en la significación e implicaciones que encierra dicha denominación.

Primeramente, veo en ella la solución al agudo sentimiento de inferioridad que Fortunata experimenta ante Jacinta, inferioridad social y moral, pero no física; pues se considera más bella que su rival y, sobre todo, fértil. Surge en ella, no únicamente como recurso para humillar y poner de manifiesto la esterilidad de la Del

fina, sino, más bien, como un acto de imitación. Veamos por qué:

Cuantos la conocen hablan de la conmovedora pasión de Jacinta por los niños y ella misma la expresa a Fortunata, tratando de entablar conversación la víspera del lamentable suceso que ya he referido:

Pero me gustan tanto los niños, que tengo verdadera manía por ellos, y los ajenos me parece que deberían ser míos. . . , y créalo usted, no tendría escrúpulo de conciencia en robar uno, si pudiera. . . --Pues yo también, si pudiera. . . --declaró Fortunata, que no quería ser menos que su rival en aquello de la manía materna (Tercera parte, VI, V, 817).

El prestigio que la envuelve y la fuerte impresión que personalmente le ha causado despertan en Fortunata un afán desmedido por imitar en todo a la "Mona del cielo", afán que va, según dice el narrador, "de las cosas más sutiles a las más triviales".

Si de alcanzar virtudes se trata, ella cuidará de los enfermos más podridos, vestirá saya y recogerá huérfanos (como Guillermina), pero, por lo pronto, se propone confeccionarse una falda igual a la que traía Jacinta y, por supuesto, tendrá que tolerar y aún querer a su marido.

Pero, retrocediendo bastante en los sucesos, debemos recordar que la primera impresión, la más honda y positiva que la señora Rubín tuvo de la de Santa Cruz fue cuando (en Las Micaelas) Mauricia la puso al tanto de los arreglos que la dama había llevado a cabo para adoptar a un niño, creyéndolo hijo de su marido y de la propia Fortunata:

Tal efecto hizo en ésta la historia de aquel increíble caso de delirio maternal y de pasión no satisfecha, que estuvo tres días sin poder apartarlo del pensamiento (Segunda parte, VI, III, 674).

En esta obra es relevante el empleo que Pérez Galdós hace de los sueños como un recurso técnico para aprehender la realidad en todos sus planos. Y siendo Fortunata (a mi juicio) el personaje delineado con más puro arte dentro de la novela, es precisamente en su vasto mundo interior, donde el escritor horada con más empeño a fin de extraer de él ricas vetas de fantasía y expresión, desprendidas de los elementos esenciales de la personalidad humana.

Y con mano maestra, como profundo conocedor del tema, o con certa intuición, el narrador, al enlazar sucesos y sueños, nos permite compenetrarnos del significado, mecanismos y funciones de estos, contribuyendo de ese modo a reforzar y dar mayor densidad a la trama novelesca.

Veamos, por ejemplo, cómo un hecho real al impresionar vivamente a Fortunata (el enterarse de que Jacinta no puede tener hijos), se mantiene durante sus sueños como motivo dominante, en tanto que las demás circunstancias varían, favoreciendo los deseos de la durmiente, como un mecanismo notoriamente compensador:

Después soñaba que era ella la esposa y Jacinta la querida del tal, unas veces abandonada, otras no. La manceba era la que deseaba los chiquillos y la esposa la que los tenía. Hasta que un día . . . me daba tanta lástima, que le dije, digo: "Bueno, pues tome usted una criatura para que no lllore más" (Segunda parte, VI, VI, 680).

¡Buen golpe! -exclama Mauricia- a quien Fortunata relata su sueño.

A la noche siguiente volvía a soñar lo mismo, y por el día a pensarlo (Segunda parte, VI, VI, 680).

Caprichosa, como su sueño, le parece a Fortunata esa idea y, sin embargo, no puede desecharla de sí. Mucho tiempo después bromea con Juan al respecto: cambiarle un hijo por su marido resultaría fácil para ella, pero si ella fuese Jacinta no acogería al hijo de su rival. Se siente capaz de

emular y aún de superar en todo a la "mona del cielo"; sólo vacila en este punto: "Desde la altura de esta idea, se despeñó en un verdadero abismo de confusiones y contradicciones. . . ¿Habría hecho ella lo mismo? (Tercera parte, VI, III, 809).

Por lo pronto, se limita a proponer a Maxi la adopción de un huerfanito: ". . .¿Por qué no he de hacer yo, aunque soy pobre, lo que hacen las señoras ricas que no tienen hijos?" (Tercera parte, VI, VIII, 826).

Estimo que, en cierto modo, las palabras de Guillermina dirigidas a Fortunata en tono de reconvención (después del desaguizado con Jacinta) son determinantes en el curso que tomará "la pícara idea".

Con su silencio, la prójima deja entrever a la "confesora" su íntimo deseo de "pecar" nuevamente si la ocasión se presenta; por lo cual, ésta, encendida en "santa" cólera le echa en cara su doble adulterio, considerándola indigna hasta de mirar a su amiga, a quien protegen la religión y la ley: "Pero usted no sabe que esa señora es mujer legítima . . . , mujer legítima de aquel caballero. ¿Usted no sabe que Dios los casó y su unión es sagrada?" (Tercera parte, VI, X, 830).

La prédica de la "fundadora" acerca de virtud y pecado, legalidad e ilegalidad, lejos de atenuarla, contribuye a aumentar la confusión de Fortunata. Ciertamente que la virtud es hermosa, pero también desea, anhela ser feliz en compañía del hombre que le está prohibido. ¿De qué manera podría colocarse del lado de la legalidad sin renunciar al amor? En su siguiente entrevista con Guillermina ya esgrime una respuesta:

¿Por qué he de ser yo tan mala como parece? . . .
¿Porque tengo una idea? ¿No puede una tener una idea? . . . ¿Dice usted que la otra es un ángel? Yo no lo niego, yo no pretendo quitarle su mérito. Si a mí me gusta, si quisiera parecerme a ella en algunas cosas, en otras no, porque ella será para

usted todo lo santa que se quiera, pero está por debajo de mí en una cosa: no tiene hijos, y cuando tocan a tener hijos no me rebajo a ella, y levanto mi cabeza, sí, señora . . . Y no los tendrá ya, porque está probado, y por lo que hace a que yo los puedo tener, también muy probado está. Es mi idea, es una idea mía. Y otra vez lo digo: la esposa que no da hijos, no vale. . . Sin nosotras, las que los damos, se acabaría el mundo (Tercera parte, VII, II, 838-9).

"Con lenguaje rudimentario, pero eficaz, la anarquía declara la supremacía de la ley natural sobre la convención y en sus palabras subyace ya su propósito de ampararse bajo esa ley al dar un hijo a Santa Cruz." (Tercera parte, VII, IV, 842-3).

Lo que para nosotros, lectores modernos, constituye la representación de una compulsiva carga de desec sexual, para la Pitusa tiene el valor de un presagio; su sueño ha de cumplirse; de no ser así, se matará. Está decidida a propiciar un encuentro con Juan y la reanudación de sus relaciones. Por ello, se muestra irritablemente fácil a sus proposiciones, sin parar mientes en pasados agravios que, probablemente, se repetirán. Esta vez su intención sobrepasa al simple gozo del amor y así lo deja traslucir: "Si mi idea se cumple. . . No te quiero decir más".

Varias páginas después, la reacción de Fortunata ante los sueños proféticos de Maximiliano nos anuncia que "la pícaro idea" ya tiene cuerpo y que, meses más tarde, al mostrarse a plena luz, podrán apreciarse sus efectos.

Como en ocasiones anteriores, el veladoso amante pronto sacia su apetito y comienza a alejarse de su querida. Esta confía sus pesares a Aurora, quien también la hace partícipe de un secreto en relación con su primo lejano, Manuel Morono Isla. Entre charla y charla, Aurora trae a cuento el particular interés que éste muestra hacia Jacinta, el cual inclusive ha dado título a algunas murmuraciones. Incredula, Fortunata le pide su opinión personal y Aurora se limita a sugerir la posibilidad de que la Delfina

corresponda, de alguna manera, a tal asedio. Inoportuna y torpemente, Fortunata emplea estas noticias para rebajar a su rival a los ojos del propio Santa Cruz. Con ello sólo consigue que él la humille cruelmente e inicie la retirada. Lo único sorprendente en esto es el afán de la prójima por elevar su condición social y moral con base en su modelo, ya que cuando éste parece desmoronarse, la firmeza de sus propósitos se tambalea también.

La repentina muerte de su primo hace que Aurora se arrepienta de sus malévolas suposiciones, pero no puede evitar que la duda sembrada en Fortunata, continúe inquietándola:

—Y en último resultado —le dijo después—, ¿a ti qué más te da que sea honrada o deje de serlo? Lo que te importa es que él te quiera a ti más que a ella.

—¡Oh, no! . . . —exclamó Fortunata con toda su alma—. Es que si no fuera honrada esa mujer, a mí me parecería que no hay honradez en el mundo y que cada cual puede hacer lo que le de la gana. . . . Parece que se rompe todo lo que la ata a una; no sé si me explico, y que ya lo mismo da blanco que negro. Créetelo; esa duda no se me va de la cabeza a ninguna hora; siempre estoy pensando en lo mismo, y tan pronto me alegro de que sea mala como de que no lo sea (Cuarta parte, III, II, 899).

Efectivamente, si la Delfina cayera de su pedestal, las dos serían iguales; pero Fortunata preferiría que esta igualación tuviera lugar en un punto alto, donde ambas pudieran conciliar sus correspondientes derechos, los que la ley otorga a Jacinta y los que a ella le ha concedido la naturaleza. Tan peregrinos pensamientos se albergan en su cerebro a raíz de la ruptura (esta vez definitiva), con Juan. Lo intuye con acierto: "tampoco la mona del cielo está de enhorabuena, ahora la vela hacia para otro lado". Heridas por el engaño y el olvido, bien pudieran reconciliarse aquellas que comparten un destino y un duelo común.

Su existencia vedrosa y solitaria, durante los meses anterior-

res al nacimiento de su hijo, es un divagar constante en torno a los mismos temas, cuya forma es un monólogo dirigido a una Jacinta omnipresente. El tono varía, desde el más humilde y cordial, hasta el más altanero y desafiante:

Esto que yo tengo, señora mía, es algo más que latines, fastidiese usted. . . Los curas y los abogados; ¡mala peste cargue con ellos!, dirán que esto no vale. . . Yo digo que sí vale; es mi idea. Cuando lo natural habla, los hombres se tienen que callar la boca. (Cuarta parte, IV, II, 916).

Llega, por fin, para Fortunata, el instante del doble alumbramiento, pues al gozo de sentirse realizada como mujer en la maternidad, se aúna la satisfacción de poder demostrar al mundo, con una prueba palpable, la validez de su aserto:

Ahora sí que no temo las comparaciones. Entre ella y yo, ¡qué diferencia! Yo soy madre del único hijo de la casa. [. . .] Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así? La verdadera ley es la de la sangre, o, como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo por la Naturaleza le he quitado a la mona del Cielo el puesto que ella me había quitado a mí (Cuarta parte, VI, II, 937).

Con lenguaje rudimentario, Fortunata trata de expresar ideas trascendentales, y lo logra, a mi juicio, sin abandonar su personalidad y su peculiar forma de expresión. Fortunata será siempre Fortunata; en eso reside su encanto. Si el autor comparte sus opiniones, no invade su cerebro ni se introduce en sus vívidos soliloquios:

Yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servidora es la madre del heredero, y que sin una servidora no tendrían nieto. Esta es mi idea, la idea que vengo criando aquí, desde hace tantísimo tiempo, empollándola hasta que ha salido, como sale el pollito del cascarón. (Cuarta parte, VI, II, 939).

Fortunata va trepando por su "idea" como por una cuerda sostenida en el punto más alto de una vertical. Ya se considera en posición de mirar de frente a su antagonista y, después de cobrar venganza en Aurora, a nombre de las dos; afloran en ella sentimientos de amistad y deseos de reconciliación. Compartir al "hijo de la casa" y convertirse en amiga de Jacinta, "despropósitos de tal magnitud" fueron los que pusieron sobre aviso a Guillermina acerca del estado de salud de la recién parida. Un desvanecimiento, seguido de un prolongado período sin movimiento ni habla, "semejante a inspiración o numen profético" anuncian a Fortunata su próximo fin:

La cabeza se le había serenado; la respiración era fácil aunque corta; la debilidad crecía atrozmente en las extremidades. Pero mientras la personalidad física se extinguía, la moral, concentrándose en una sola idea, se determinaba con desusado vigor y fortaleza. En aquella idea vaciaba, como un molde, todo lo bueno que ella podía pensar y sentir; en aquella idea es tampaba con sencilla fórmula el perfil más hermoso y quizás menos humano de su carácter, para dejar tras sí una impresión clara y enérgica de él (Cuarta parte, VI, XIII, 969).

Habrà quien arguya, en oposici3n a lo antes dicho por el narrador, que la transformaci3n de la "pícaro idea" en una idea bendita, carece de mérito. En forma análoga, podrá referirse a la extinción de la rivalidad, causada por la ausencia afectiva y la decepci3n experimentada por ambas mujeres, con respecto a Juan. No voy a negar el carácter casi determinante de las circunstancias; pero, creo que existe un pequeño resquicio de libertad que permite al ser humano prestar o no su voluntad para la realizaci3n de ciertos actos. A veces, éstos tendrán que realizarse de manera forzosa, y es, a mi juicio, muy importante saber hasta qué punto interviene la voluntad a fin de valorar debidamente la grandeza moral de un individuo.

Un ejemplo: la irregularidad de la vida de Fortunata puede jug

garse inevitable; pero su deseo de obtener la regularidad es una actitud muy personal.

Otro ejemplo: su aversión hacia Jacinta resulta muy comprensible al considerarse despojada, puesto que sus relaciones con Juan fueron anteriores a su casamiento y, si su odio va decreciendo a medida que se convence de que su rival es tan víctima como ella, ello no la obliga a tomarle cariño y a desear compartir con ella al "hijo de la casa", antes de sentirse a las puertas de la muerte.

Como puede observarse, la evolución de los sentimientos y la concreción de las ideas, es un lento proceso que resulta de la combinación de circunstancias (factores que pueden ser físicos, económicos, sociales, incluyendo también al azar) con la personalidad individual (suma de temperamento y carácter) en intercambio constante con las circunstancias y personalidad de otros individuos.

Así, Fortunata, a punto de morir, no se siente obligada a entregar su hijo a la familia Santa Cruz, ya que el padre aún no le reconoce y, si lo hace, transida de gozo y buena fe, es respondiendo a sus sentimientos de comprensión y simpatía hacia Jacinta, así como por un hondo deseo de elevar su estatura moral para asimilarse a su paradigma de virtud.

En un sentido ético es indudable el camino ascendente seguido por la protagonista, aunque también es verdad que la muerte vino a asistirle en momento muy oportuno: ella puso fin a su desgraciado amor por Juan y a sus conflictos frente a Jacinta ella le permitió renunciar a su hijo para sublimarse ante la sociedad que antes la repudiara. De tal manera, para la infeliz Fortunata esto pudo significar un triunfo en su derrota. Sin embargo, con un criterio más objetivo, es posible afirmar también, sin caer en contradicción, que todos los esfuerzos y el sacrificio final de la "chulita" no constituyen sino un servicio a la dinastía Santa Cruz. Rodríguez Puértolas lo ha visto muy claramente y acerca de Juan Evaristo nos

dice:

. . . ese hijo no es en verdad una representación simbólica de la síntesis armónica de los varios mundos que se enfrentan en la novela, sino indicación del triunfo final de una burguesía avasalladora y deshumanizante, que ha manejado a las criaturas de Fortunata y Jacinta del mismo modo que Juanito ha manejado a su castiza y popular amante (53).

INFLUENCIA DE FORTUNATA EN JACINTA.-

Al releer las páginas correspondientes a este capítulo, me he percatado de una omisión, aunque no sé si considerarla un gran error, o la clara evidencia de un hecho. Voy a explicarlo mejor: a lo largo de estas páginas, he intentado dejar plasmada la ambivalente y poderosa influencia ejercida por Jacinta sobre su rival, sin embargo, poco he hablado en sentido inverso. He contemplado el tema, según me lo propuse, desde un punto de vista próximo a Fortunata; pero, tal vez, demasiado distante de la Delfina. Me pregunto si esto es resultado de un error de apreciación o, quizá, de una inclinación muy personal y, sin negar del todo estas dos posibilidades, pienso que sobre de ellas se impone otra razón: literariamente hablando, Fortunata es infinitamente superior a su antagonista; Fortunata es el personaje principal de la novela, y, en este sentido, Jacinta es inferior.

Esta cuestión, desde luego, es discutible; pero estimo que Galdós desborda su arte y se recrea dando vida a la Pitusa, en tanto que Jacinta, permanece, digamos, estática en comparación al dinamismo interior de su rival. En mi opinión, el título no corresponde a una equiparación entre ambas mujeres en un sentido estrictamente artístico; aunque, por supuesto, es perfecto para expresar la trama novelesca. Es importante que no nos detengamos en el subtítulo de la obra: "Dos historias de casadas", dos vidas totalmente distintas desde su punto de partida, que, no obstante, se ven entrecruzadas

fatalmente por estar ligadas a un mismo hombre. La injustificada conducta y la poca valía moral de éste es, precisamente, la grieta, el punto débil que, al hundirse, permite el acercamiento (de otro modo imposible) de ambas mujeres.

Ya he analizado suficientemente este proceso, pero creo haber fallado al no penetrar al fondo de los sentimientos de Jacinta, al no prestarle mayor atención. Un artículo de Robert Kirsner, que ya he mencionado antes, nos dará luz muy oportuna sobre este punto:

De los dos personajes principales, probablemente Jacinta es la figura más patética, desde el momento en que ella no puede imponer su deseo a su destino. Ella siempre ha de ser gobernada por leyes superimpuestas. Su lucha entonces está confinada a su mundo interno. Aparentemente ella continúa asumiendo el papel que le ha sido asignado, comportándose en toda ocasión como la esposa de Juanito Santa Cruz. Sin poder contravenir las convenciones, Jacinta se ve obligada a reprimir su afecto por Moreno Isla, así como su aborrecimiento final por su marido. Su respeto por las leyes la fuerza a desanimar a Don Manuel en sus pretensiones amorosas, no su amor por Juanito. Su debilidad de carácter que la lleva a aceptar la imposición de los deseos de los demás, es la causa de que su vida se vea reducida a experiencias que no la satisfacen. La inhabilidad de Jacinta para enfrentarse a las leyes sociales es natural, pues las leyes sociales son naturalmente y rebelarse contra ellas es lo mismo que rebelarse contra el mundo que forma parte de la sociedad, ella debe resolver sus problemas de acuerdo con las restricciones existentes. Con el tiempo, la aumentará su deseo de ser madre. Sacrifica su orgullo al reclamar su infidelidad a Juan, no sólo por el temor de perderlo cuando aún lo quiere, sino, principalmente, porque su mayor deseo es tener un hijo suyo. Tal idea, es la que la libra de odiar a Juanito y, cuando el niño de Fortunata le ha sido entregado, ya puede decirle a su marido que no lo ama. Tiempo atrás, tuvo bastante cuidado de disimularlo. Su situación, en casa de los Santa Cruz, era humillante, desde el día en que su suegra le dijo: '¡Hija de mi alma! es una

gran desgracia para todos que tú no nos des algo'
, Jacinta sueña en vengarse siendo madre, pues sólo de esta manera podrá ser un miembro orgulloso de la dinastía Santa Cruz.

Prosigue Kirsner:

Aunque Jacinta parece ser la esposa modelo y, consecuentemente, existir en armonía con las costumbres sociales, en realidad, sus relaciones con la sociedad no son ni más ni menos exitosas que las de Fortunata. Es inadecuado decir que Jacinta representa la conformidad social. Ella no es ni la base ni la enemiga de la sociedad. En algunos momentos, inclusive, aparece como víctima de la misma, en otros, se vuelve su defensora.

La actitud de los padres de Juanito le causa sentimientos de vergüenza y frustración de tiempo en tiempo. Este se agrava aún más, por la conducta de sus amigas que están constantemente lamentando su matrimonio sin hijos. Sólo de Moreno Isla no teme un despliegue de conmiseración, aunque, ante él, se ve obligada a representar su convencional papel de mujer felizmente casada. Sin embargo, al resentimiento de Jacinta o su complacencia con el comportamiento de sus amigos y parientes, no es tan generalizado como para tomarse como una expresión en defensa o en contra de la sociedad. En último análisis, ella ama u odia a la gente y no las reglas que ésta sigue. Por lo tanto, le es posible amar a una persona que ofenda a la sociedad, como Fortunata, y detestar a personas tan correctas, como los padres de su marido. Su vida íntima, está dictada por sus sueños y aspiraciones, no por fuerzas trascendentes. Su relación con la sociedad es incidental a su relación con los individuos (55).

¿Qué lector y, principalmente, lectora, no se ha compenetrado de la justa indignación de Jacinta al saber que comparte a su marido con otra que, inclusive, menosprecia sus derechos? ¿Quién no ha de conmoverse ante su irrealizable deseo de ser madre? Me supongo que todos, pero, en cambio, poco nos detenemos a pensar en que los padecimientos de Jacinta se ahonden y pueden ser más punzantes al no ser externados lo suficiente, al tener que ser reprimidos por las buenas maneras y por estar rodeada de incomprensión.

Me atrevería a insinuar que Galdós nos la presenta con todo detalle (inversamente a como ha procedido con Fortunata) (56).

El narrador nos remonta hasta su niñez, ajena a las dificultades económicas enfrentadas por su madre, Isabel Cordero, ya que desde pequeña vivió al lado de su tía y futura suegra: Doña Bárbara. Nos damos cuenta de cómo ésta prepara su boda con Juanito y acompañamos a los recién casados a su luna de miel. Estos capítulos nos dejan una imagen de Jacinta bastante pobre: una muñequita buena, dulzona y algo cursi. Al final de la primera parte, ya la encontramos en el umbral de sus futuras desdichas: la infructuosa espera de un niño la lleva a aceptar al que le presentan como hijo de Fortunata y Juan. Con el apodado "Pituso", piensa llenar el cuarto destinado a los niños y ahuyentar las sospechas que la conducta del Delfín le ha despertado y que van creciendo día tras día. Aquí su figura empieza a adquirir relieve e interés. Primero, en su lucha para decidirse a adoptar como suyo al hijo de la antigua amante de su marido, a quien, por entonces, considera lejana o muerta; después, cuando ya había tomado cariño al "Pitusín", se ve obligada a renunciar a él. Descubierta el timo de que fue víctima, Don Baldomero se compromete a seguir protegiendo al chico, a condición de que quede internado en el asilo de Guillermina. Y el narrador nos muestra discretamente la posición de Jacinta frente a su familia política:

No estaba conforme con estas ideas Jacinta; pero el respeto que su padre político le inspiraba le quitó el resuello, imposibilitándola de expresar lo mucho y bueno que se le ocurría (Primera parte, X, VIII, 583).

Frente a su marido, su situación tampoco está libre de la sumisión tradicional de la mujer latina:

Jacinta tenía idea tan alta de los talentos y de las sabias lecturas del Delfín, que rara vez dejaba de doblegarse ante ellas, aunque en su fuero interno guardase algunos juicios independientes que la modestia y la subordinación no le permitían manifestar (Primera parte, X, VIII, 581).

En la Segunda parte de la novela sólo tenemos una visión fugaz de Jacinta durante su visita a Las Micaelas (VI, V, 677). Dicho momento, sin embargo, reviste gran importancia por la impresión que deja en el ánimo de Fortunata.

No reaparece la Delfina, sino hasta el capítulo II de la Tercera parte, llamado "La Restauración Vencedora" (pp. 742-754). Al comprobar la reanudación de las relaciones amorosas entre Fortunata y su marido, se apresta a defender sus derechos. Cuando está a punto de reconquistar al infiel, Galdós nos oculta nuevamente a Jacinta, hasta que, en el capítulo VI de la Tercera parte (p. 800), titulado "Naturalismo Espiritual", la encontramos al lado de Guillermina, ocupada en reconfortar a Mauricia, en sus últimos días de vida. Entonces tiene lugar el reconocimiento entre las dos rivales. Pero el narrador, como en otras ocasiones, está más próximo a Fortunata y nos relata los estragos emocionales que su "acción descompuesta" le dejó. La "santa" se hace portavoz de su amiga, para llamar a cuentas a la agresora, pues Jacinta no reaparece sino hasta el siguiente capítulo, "La idea. . . la pícaro idea", (Tercera parte, VII, 843) que, en mi opinión, constituye el momento climático de la novela. Una vez más, el escritor va tras de Fortunata, sabiendo que la señora Santa Cruz se repondrá pronto de su desmayo y se verá rodeada de los cuidados convenientes.

Más tarde (en el capítulo titulado "Insomnio", Cuarta parte, II, I, 878) nos presenta a Jacinta en una situación muy distinta: ya no como la esposa abnegada y la dama caritativa a quien todos respetan, sino como a una mujer capaz de despertar la pasión de un hombre tan codiciado como Moreno Isla. No obstante, en ella, por su formación moral y quizá por temperamento, no caben dudas ni vacilaciones en cuanto a la fidelidad que guardará siempre a Juan, aunque ya no como consecuencia del amor. El anglófilo muere atormentado por la total indiferencia de Jacinta. Entre tanto, la vida de Fortunata se desliza en un fluir constante de sucesos que, si

bien son lamentables, la enriquecen en experiencia, no de índole práctica, desde luego, pero sí en un nivel vital y trascendente.

La Delfina sólo aparecerá en dos ocasiones más: en la Cuarta parte de la novela, capítulo VI, "Final" (incisos X y XV).

Hasta aquí he anotado escuetamente las apariciones (bastante esporádicas) de Jacinta, en el curso de la novela. Ahora será preciso detenerse un poco para analizar sus sentimientos y actitudes hacia Fortunata.

Ya he tratado exhaustivamente el proceso y la magnitud que alcanza la influencia de Jacinta en Fortunata. La "Mona del cielo", su imagen mitificada vive de lleno en la mente de su rival en significativo contraste con sus contadas apariciones "reales" a lo largo de la novela. No sucede lo mismo con Jacinta o, por lo menos, el autor no lo señala. La piedad que sintió por Fortunata al conocer su historia, se convierte en olvido que se interrumpe mientras cree en la falsa filiación del "Pitusín". Apenas se inquieta al escuchar su nombre por considerarla totalmente desvinculada de su vida; pero, tiempo después, al saberla en relaciones con su marido, sólo tiene para ella, expresiones (muy justificadas) de celos y rencor, tales como las siguientes: "--Haz el favor de no nombrarla [. . .] Ese nombre me hace el efecto de la picadura de una víbora" (Tercera parte, II, III, 747).

Incrédula ante las disculpas del Delfín, replica:

Estoy asombrada de la vuelta que le das a tus caprichos y de lo bien que te las compones para hacer pasar por protección desinteresada lo que en realidad es amor que tenías o tienes a esa maldita (p. 748) [. . .] ¡Oh qué mujer! Es mi pesadilla (p. 750).

Aceptar la versión que Juanito da de Fortunata, lo preocupa todavía más, pues una mujer a la que no se tiene por "viciosa", sino

por una pobre enamorada, resulta mucho más peligrosa como rival. Por tanto, ningún género de simpatía puede existir en Jacinta para la que dos meses más tarde, habrá de agredirla sin miramiento alguno. El torrente de indiscreciones y amargas verdades que escapan de boca de Fortunata en casa de Guillermina (mientras Jacinta escucha oculta en su recámara) por única vez logran poner fuera de sí a la de Santa Cruz:

Estaba amoratada de tanto llorar y de tantísima cólera como sentía. [. . .] ¡Qué ignominia! . . . Esta mujerzuela aquí, en esta casa. . . ¡qué afronta! . . . ¡Ladrona! . . . (Tercera parte, VII, III, 841).

La envidia de la Delfina se desborda hasta la blasfemia al saber que Fortunata ha dado a luz. Guillermina nos lo cuenta: "Jacinta, furiosa, dice que Dios está chocho y que no hace más que disparates. . . ¡Pobrecilla! . . . (Cuarta parte, VI, V, 947).

Pero, ¿qué poder tiene sobre ella la maternidad, que a los pocos días de este suceso ya la encontramos dispuesta a conocer al infante, valiéndose de cualquier medio? Este cambio de actitud obedece también a otro motivo: la señora Santa Cruz se ha enterado del lance ocurrido entre Fortunata y Aurora:

—¿Sabe usted que no he podido oír las misas con devoción, acordándome de esa mujer? No la puedo apartar de mi pensamiento. Y lo peor es que lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy a decir: creo que con la justificada de ayer, esa picarona ha recubido parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero valiente lo es. Todas deberíamos hacer lo mismo (Cuarta parte, VI, X, 961-62).

Este fragmento no posee, ciertamente, valor literario, pero lo cito porque en él pueden advertirse algunos indicios de la influencia que, sólo finalmente, ejerce Fortunata sobre su rival. Inclusive el lenguaje de Jacinta ya no es el mismo y en su manera de pensar se nota también una gran transformación: reconoce que existen

distintos grados de degradación, reconoce también la validez de ciertos medios para defender ciertos derechos que implícitamente parece aceptar. Entre este momento y la reconciliación final no media más que un paso y las circunstancias que en otro tiempo se confabularon para enfrentarlas como enemigas, ahora se conjugan para dar fin a la disquisición: "Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla a orilla, con intención y deseos de darse un abrazo!" (Cuarta parte, VI, XV, 976).

Hasta aquí he seguido el curso de esa corriente magnética establecida entre dos mujeres totalmente distintas para mostrar de qué manera se cumple en ellas lo escrito por Gullón:

La comunicación entre los personajes acaba produciendo un fenómeno análogo al que Cervantes expuso en El Quijote: la paulatina infiltración de lo angélico en lo demoníaco y al revés: a la quijotización de Sancho corresponde aquí la angelización de Fortunata y a la Sanchopanzización del caballero -muy relativa- la también limitada conversión de Jacinta al modo de ver de su antagonista (57).

CONCLUSIONES.

Mi intención al realizar este trabajo no ha sido limitarme simplemente a la apreciación estética de la obra, sino penetrar a través de ella para encontrarme con el autor. Ahora creo percibir la presencia de un hombre de mediana edad, de mirada atenta y bondadosa, a quien quisiera expresar mi admiración y simpatía. Extrañaré, sin duda, esta efusión (probablemente fuera de lugar). Permítaseme explicarla: en un mundo fincado sobre enormes desigualdades sociales y económicas, ideal para la supervivencia de especímenes tan indeseables como Juanito Santa Cruz; en un mundo en el que la mujer es considerada -de hecho- como un ser inferior, como un objeto, se hace imperativo que alguien eleve una protesta, que un nuevo Quijote tome a su cargo la defensa de los débiles, de los que llevan sobre sus espaldas el peso de la conversión: me refiero concretamente a la mujer y a nuestro mundo hispánico. Benito Pérez Galdós es un profundo conocedor del alma femenina y esta novela lo prueba en forma magistral. En ella ha plasmado vívidamente la existencia y el sentir de dos mujeres pertenecientes a estratos sociales muy distintos y que, sin embargo, comparten un destino común por estar vinculadas a un mismo hombre.

Lamentablemente, no ha representado para mí un gran esfuerzo el trasponer de un salto la barrera de un siglo. Y, -digo lamentablemente- porque esto significa que las concepciones, costumbres y condicionamientos que pesan sobre la mujer hoy día, no difieren demasiado de las que tan sabiamente supo captar Galdós en su novela. Pero, dejemos a un lado comparaciones que no me propongo seguir en forma exhaustiva y fijemos nuestra atención en el marco histórico y social en que se hallan inscritas Fortunata y Jacinta: la España de la segunda mitad del siglo XIX.

Ser mujer en este contexto, equivale a formar parte de una sub-especie dentro de la especie humana. Una mujer no es un ser

pensante (en sentido estricto) ni dueña de su voluntad y de sus actos. Sólo puede ser apreciada como objeto de adorno o como animal de trabajo, según sus cualidades, o clase social a que pertenezca. La mujer está pronta siempre a obedecer, y, si en ocasiones se insubordina, es sometida fácilmente por el mimo, el regalo, el llamado "chantaje sentimental" y, sobre todo, por el "principio de autori-dad" en el que cree ciegamente. Ubicada en dicho contexto, Fortunata me parece un ser más desarrollado en comparación con Jacinta.

Fortunata escucha, observa, medita y se cuestiona acerca de muchas cosas; usa pues, su capacidad pensante: "¡Qué cosas hay, pero qué cosas! . . . Un mundo que se ve y otro que está debajo escondido y lo de dentro gobierna a lo de fuera. . . , pues. . . , claro. . . , no anda la muestra del reloj, sino la máquina que no se ve (Tercera parte, V, IV, 799). Ella se rebela ante lo que le parece injusto, por más que la ley y la costumbre lo hayan sancionado. Absorbe ciertas influencias acordes a su manera de ser, pero rechaza rotundamente las que no son de su agrado: el dominio de Doña Lupe, las "lecciones" de Maxi, la brutalidad de su tía Segunda y hasta los caprichos de Juanito en cuanto a sus maneras y formas de vestir.

Las preocupaciones de Jacinta son más limitadas, pues no trascienden el ámbito de sus intereses personales; su obsesión por la maternidad lo denota. Sus conceptos de mal y bien son heredados y, en ellos, jamás interviene un juicio propio. La tolerancia y complacencia que muestra hacia su marido, demeritan bastante su dignidad, pero más aún, su inteligencia.

Si Carlos Blanco Aguinaga tiene motivos para considerar tonta a Fortunata (58) yo tengo también algunos, aunque no demasiado serios para calificar de igual manera a Jacinta, y no por ella misma, sino en comparación con su antagonista.

Si el lenguaje de la Pitusa es insuficiente, incorrecto y en

ocasiones vulgar, el de Jacinta, cuando se dirige a Juanito (que es cuando suele expresarse con espontaneidad), refleja la ingenuidad, pero también las cortas luces de un niño. Únicamente el coraje y los celos la hacen adoptar expresiones y tonos propios de una mujer. Ricardo Gullón nos dice que: "si Fortunata fuera capaz de expresar sus pensamientos en forma lógica y coherente, no hubiera sido quien es: una criatura apasionada, constantemente falta de palabras para comunicar lo que piensa y siente" (59).

Yo pienso lo mismo de Jacinta: si ésta no hubiese callado tan to, si hubiera afrontado sus problemas con más valentía, si no hubiese vivido siempre bajo la tutela de sus suegros, el zanganismo y la perfidia de Juan no hubieran alcanzado un grado tan inaudito.

El físico y el temperamento de estas dos mujeres no pueden ser más opuestos, cuánto más que a ellos se suman experiencias personales y condicionamientos sociales y culturales muy distintos también. Fortunata no fue educada por nadie, en un sentido estricto, y su única noción de autoridad, quizá la haya encontrado en los malos tratos de su tía Segunda. Bajo su tutela adquirió hábitos de trabajo que se avenían bien con su condición de "hija del pueblo" vigorosa y saludable:

Planchar y lavar le agradaba en extremo y entregábase a estas faenas con delicia y ardor, desarrollando sin cansarse la fuerza de sus puños. Tenía las carnes duras y apretadas, y la robustez se combinaba en ella con la agilidad, la gracia con la rudeza para componer la más hermosa figura de salvaje que se pudiera imaginar (Segunda parte, II, IV, 613).

He aquí cómo describe el narrador a la Delfina:

Jacinta era de estatura mediana, con más gracia que belleza, lo que se llama en lenguaje corriente una mujer mona. [.] La estrechez relativa en que vivía la numerosa familia de Arnés no le permitía variar sus galas: pero sabía triunfar

del amañamiento con el arte, y cualquier perfollo anunciaba en ella una mujer que, si lo quería, estaba llamada a ser elegantísima. [. . .] Por su talle delicado y su figura y cara porcelanescas, revelaba ser una de esas hermosuras a quienes la Naturaleza concede poco tiempo de esplendor, y que se ajan pronto, en cuanto les toca la primera pena de la vida o la maternidad. (Primera parte, IV, II, 480).

En cuanto a las influencias formadoras de su personalidad, sabemos que se impone una; "Barbarita quería mucho a todas sus sobrinas, pero a Jacinta la adoraba; tenía casi siempre consigo y derramaba sobre ella mil atenciones y miramientos, sin que nadie, ni aún la propia madre de Jacinta, pudiera sospechar que la criaba para nuera" (Primera parte, IV, II, 479).

La Delfina, pues, ha sido pulida como un bello objeto, para uso exclusivo de un señorito. Fue preparada para realizar funciones de madre, esposa e hija política de la dinastía Santa Cruz. De tal modo, no debe extrañarnos la limitación de su criterio, ni su debilidad de carácter y represión ante quienes la rodean. Y, aunque esto no se menciona, podemos inferir que, sobre la infeliz Jacinta, pesa también el enorme fardo de la gratitud que siente o debe manifestar a los padres de su esposo por haberla distinguido con su elección. Recordemos cómo la sorpresa y la alegría de tal suceso puso fin a la agobiada vida de Isabel Cordero.

¿Es la "superioridad" de Jacinta lo que hace posible y explica la atracción que ejerce en Fortunata? ¿Es la "insignificancia" de Fortunata lo que impide que Jacinta llegue a sentir por ella igual atracción? Yo no lo veo así. En mi opinión, se trata más bien de capacidad de apertura, de flexibilidad de un criterio en plena etapa de formación. La inteligencia de Fortunata, si bien no ha sido pulida, tampoco ha sido prejudiciada y, por eso, es apta para inventar un accesorio al pequeño laberinto que es el mundo de Jacinta. Esta, en cambio, erguida en su pedestal, mira a su antagonista con desdén o piedad, y las más veces, con ira, pero siem

pre segura de la dignidad de su puesto, sin internarse verdaderamente en otra esfera que no sea la auya.

En fin, no pretendo, de ningún modo, negar la bondad y demás virtudes de Jacinta, únicamente trato de demostrar que su personalidad es más simple, su figura, pálida y pequeña, al lado del colosal monumento que constituye Fortunata. No deben tomarse estas palabras como un elogio desmesurado, sino en el sentido que les da M. Forster (60). Según la forma en que él clasifica a los personajes novelescos, la "Mona del cielo" no estaría muy lejos de serlo en verdad; aunque, hay que reconocer que su conducta final denota cierta evolución en sus ideas y sentimientos hacia su marido y hacia su rival. Por ello, su figura, falta de relieve (por no decir plana), adquiere cierto volumen, cierta profundidad psicológica que, lamentablemente, llega tarde para el lector.

Por supuesto que este, apenas esbozado, movimiento tridimensional, no puede compararse (en mi opinión) con la densa, vívida y compleja personalidad de Fortunata, de la cual ya no hablaré más.

Y, para redondear esta breve semblanza comparativa, me permito citar dos fragmentos de ensayos correspondientes a dos prestigiosos galdosianos, segura del interés que habrán de despertar en quienes los lean: Ricardo Gullón ha escrito:

Frente a la protagonista desempeña Jacinta función de antagonista, pero con singulares características: es antagonista en tanto que, frente al amor-pasión, encarna el amor sancionado y regulado por la ley; frente a la amante, la esposa; al arrebatado opone la calma. Quiere a Juan de otra manera, pero no tan diferente como pudiera deducirse al leer estas fáciles contraposiciones, exactas, pero insuficientes, ya que no describen la situación en toda su complejidad. En la alcoba, su relación con Juan no es distinta a la de Fortunata y, aunque el pudor de Galdós le impide entrar en detalles, los signos apuntados son inequívocos. Jacinta es una mujer enamorada, pero incapaz de evitar las in-

fidelidades de su marido y resignada a sufrirlas como accidentes normales de la vida conyugal. Su fuerza procede de la convicción de que la ley y la sociedad están de su lado y de que aquél no podrá ni querrá desafiarla.

Si para Fortunata la vida sin Juan es un vivir angustiado, para Jacinta, es una espera incómoda, pero sin incertidumbre en cuanto al desenlace. Es la diferencia entre quien padece la tempestad en alta mar "sin velas desvelada" -diría Lope de Vega- y quien aguarda que pase, instalado en refugio seguro.

Fortunata no tiene nada, salvo su amor; Jacinta lo tiene casi todo. De los bienes que codiciaba, nada más le falta uno: el hijo. . . . El hijo y no a Juan, es lo que más entrañablemente desea y el hijo que no puede tener, acabará por dárselo Fortunata (61).

Por su parte, Robert Kirsner nos dice:

Fortunata y Jacinta no están puestas una frente a la otra, pues las liga más el amor que el odio. Su aspiración mutua es sobrepasar, no destruirse la una a la otra. En los altercados que han sostenido, reclamando ambas mujeres a Juan como su marido, cada una piensa que la otra ha dicho la verdad. Fortunata aprende a reconocer la importancia de las reglas sociales, Jacinta aprende a respetar el papel de Fortunata como madre. Fortunata y Jacinta se compenetran mutuamente en pensamiento, y acaso, precisamente, por ser rivales: Fortunata lucha por poseer la dignidad social de Jacinta y Jacinta, en cambio, extraña y desea la capacidad maternal de Fortunata.

La mujer legal, necesita ser madre para sentirse un ser completo, la mujer natural, necesita ser reconocida como ángel para tener el respeto que le falta. Sin embargo, ellas no son contrapartes simbólicas; ellas se complementan en la medida en que tratan de absorber sus mutuas experiencias. Es decir: ellas se complementan inmanentemente, no trascendentalmente (62).

En síntesis: si la veleidat de un seductor suscita el conflicto

to central de la novela, éste es llevado a sus últimas consecuencias por la penetración psicológica y social de Galdós. En efecto, Santa Cruz (como su nombre lo sugiere) representa el punto en que se entrecruzan dos vidas de mujer, pero es en ellas, principalmente, -en su diferente y compleja personalidad, en sus actitudes mutuas- en quienes el escritor ha recreado su mirada para hacernos partícipes de sus mejores vivencias. Sin embargo, en el trasfondo de la obra se advierte una denuncia, sutil quizá, pero constante, contra el nefasto señoritismo engendrado por una oligarquía deshumanizante y falaz. Una lectura atenta de la novela nos lo revelará como el punto neurálgico de la problemática individual y social de la España de la segunda mitad del siglo XIX.

Y al volver los ojos a nuestro presente, ¿será posible negar la vigencia de Fortunata y Jacinta? ¿No hemos de reconocer aquel señoritismo corderado por Galdós, trasmutado en algunas de las múltiples formas que en México asume el "machismo" y que necesariamente conllevan al menosprecio y la cosificación de la mujer?

Notas.

- 1.- Stephen Gilman, "The consciousness of Fortunata", p. 55. La traducción es mía. Los datos completos de las obras se dan en la Bibliografía.
- 2.- Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*. Cito por la edición de Federico Sáinz de Robles en Obras Completas, Tomo II: Novelas, pp. 443-935.
- 3.- Stephen Gilman, "The Birth of Fortunata", p. 77. La traducción es mía.
- 4.- Ibidem, pp. 78-79.
- 5.- Ibidem, p. 79. (Galdós apud Gilman).
- 6.- Lope de Vega, Fuenteovejuna, I, vv. 779-826.
- 7.- Pedro Calderón de la Barca, El médico de su honra, jornada II, vv. 87-126.
- 8.- S. Gilman, "The consciousness of Fortunata", p. 56.
- 9.- Carlos Blanco Aguinaga, "On the Birth of Fortunata", p. 19. La traducción es mía.
- 10.- Loc. Cit.
- 11.- Cfr. "On the Birth . . .", pp. 19-20 donde Blanco Aguinaga nos ofrece múltiples ejemplos de referencias a aves, del todo comunes y aún vulgares en el habla coloquial madrileña y que se hallan profusamente diseminadas en las páginas de la novela.
- 12.- Joaquín Casaldüero, Vida y Obra de Galdós. Para mis fines he añadido a este cuadro algunos títulos tomados de la Bibliografía que da el mismo Casaldüero. Cfr. pp. 45 y 289.
- 13.- J. Casaldüero, "Realidad" y "Ana Karenina" en Benito Pérez Galdós, p. 228.
- 14.- J. Casaldüero, Vida y obra de Galdós, p. 85.
- 15.- Ibidem, p. 186.
- 16.- Stephen Gilman, "The Birth . . .", p. 76.
- 17.- Carlos Blanco Aguinaga, Ob. Cit., p. 18,
- 18.- Ibidem, p. 17
- 19.- Para una información más amplia y detallada sobre éste y otros temas, confróntense ambos artículos citados: Stephen Gilman "The Birth of Fortunata" y Blanco Aguinaga, "On the Birth of Fortunata".
- 20.- Stephen Gilman, "The consciousness. . .", p. 56.
- 21.- Ricardo Gullón, Galdós, novelista moderno, pp. 287 y ss.

- 22.- Sherman Eoff, "The treatment of individual personality in Fortunata y Jacinta", p. 271. La traducción es mía.
- 23.- Joaquín Casaldueiro, Vida y Obra de Galdós, p. 93.
- 24.- Stephen Gilman, "The consciousness of Fortunata", pp. 63-4.
- 25.- Ibidem, p. 63
- 26.- Robert Kirsner, "Galdós's attitude towards Spain as seen in the characters of Fortunata y Jacinta", p. 112. La traducción es mía.
- 27.- Gustavo Correa, "El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós", pp. 110 y ss.
- 28.- Ibidem, p. 113
- 29.- Ricardo Gullón, "Estructura y diseño en Fortunata y Jacinta", pp. 164-5. Sobre la influencia que ejercen en Fortunata, Mauricia y Guillermina, véase infra, Segunda parte, Cap. IV, Guillermina Pacheco: la santa.
- 30.- R. Kirsner, "Galdós's attitude. . .", p. 124.
- 31.- Gustavo Correa, Realidad, Ficción y Símbolo en las novelas de Pérez Galdós, p. 246.
- 32.- R. Gullón, "Estructura y diseño en Fortunata y Jacinta", pp. 150-1.
- 33.- Don Evaristo González Feijóo.- Me permito poner en tela de juicio la amistad del coronel retirado, quien, como viejo y en base al afecto que dice profesar a la "chulita", debería, si no haberla convencido de volver con su marido (en un principio, porque lo consiguió después), al menos no abusar de su experiencia y poder de persuasión para desanimarla de sus buenos propósitos, considerándola incapaz de trabajar en algo productivo, presentándose además a sí mismo, como el premio gordo de la lotería.

Sinceramente estimo que Galdós flaquea un poco en los primeros cuatro incisos del capítulo IV, titulado "Un curso de filosofía práctica", mas que nada por precipitar un tanto los acontecimientos, cuando lugar a que la heroína y su exaltado amor por Santa Cruz, se nos muestren poco convincentes, faltos de sustento. Por supuesto que Fortunata no ha de pasarse la vida llorando su soledad, ni tampoco encerrarse en un convento; pero que a los cinco días (aproximadamente) de la separación del Del fín, ya esté "resignada" a convivir con Don Evaristo, por más que el autor quiere justificarlo, me parece más que prematuro, demasiado "práctico". Aquí el escritor, en lugar de haber añadido algunos pasajes prolongando el tiempo, en sus vicisitudes y conflictos, prefiere el recurso fácil de cubrir de adjetivos elogiosos la figura del personaje, a quien suele llamar "mi nombre" y lo describe así:

Bra, en suma, el viejo más guapo, simpático y fresco

cachón que se podía imaginar; limpio como los chorrojos del oro, el cabello rizado, el bigote como la pura plata; lo demás de la cara, tan bien afeitado, que daba gloria verle; la frente espaciosa y de color de marfil, con las arrugas finas y bien rasgueadas. (Tercera parte, IV, I, 763).

Estas observaciones hacia el novelista, naturalmente que podrán ser rebatidas por otras opiniones, y, en cuanto a Feijóo, no llegaré al extremo de considerarle un mal hombre, ya que hasta el final de su vida, protegió debidamente a la "chulita". Su moral tiene como base un profundo sentido de la realidad, fundado en el conocimiento de la naturaleza humana y de las artificiosas convenciones que la rigen.

No desee extenderme mucho en esta moral, eminentemente pragmática, dado que poca influencia ejerció en la discípula, que, si bien recordaba sus máximas, no era capaz de aplicarlas por ser incompatibles con su temperamento.

Por otro lado, el personaje cumple bien su función de enlace entre Fortunata y los Rubín, preparando con su más noble empeño la reconciliación de los esposos.

- 34.- Sherman Eoff, "The treatment. . .", p. 275.
- 35.- Ricardo Gullón, "Estructura y diseño . . .", p. 155.
- 36.- Maximiliano y Fortunata sucumben al tratar de realizarse, por que desconocen la realidad, contrarias las leyes del amor y la naturaleza e intentan conseguir lo que está por encima de su capacidad; su matrimonio, pues, ha sido un grave error que los conduce a la locura y a la muerte. Ideas como éstas son desarrolladas por: Julio Rodríguez Puértolas, "Fortunata y Jacinta"; Cervantes, Galdós y la "Doctrina del Error". He eludido tratar el cervantismo de Galdós por considerarme impropia para hacerlo en el momento presente, pero consigno esta obra que nos ofrece un tenterosante punto de vista sobre estos personajes.
- 37.- Sobre la clase social a que pertenece Fortunata cfr. supra, Capítulo III de la Primera parte: Fortunata y Jacinta, novela de transición.
- 38.- Julio Rodríguez Puértolas, "Fortunata y Jacinta. Anatomía de una sociedad burguesa", pp. 20-1.
- 39.- Teresa Silva Pena, "Prólogo a Fortunata y Jacinta, p. XVIII.
- 40.- Es conveniente señalar que los más profundos conflictos y pensamientos de Fortunata están expresados en sus soliloquios. En relación al tema que estoy tratando son de especial interés: 1.- Segunda parte, VI, VII, 682. 2.- Segunda parte, VI, VII, 682 y 3.- Segunda parte, VII, V, 709. Cfr. también lo dicho por Kirchner, supra introducción a la Segunda parte de este trabajo; cfr. asimismo supra "El sentimiento del honor", cap. III de la Segunda parte de este trabajo.

- 41.- Teresa Silva Tena, Ob. Cit., p. XXI.
- 42.- Clarín apud Gullón, "Estructura y diseño en Fortunata y Jacinta", p. 148.
- 43.- Stephen Gilman, "The Birth . . . ", p. 75.
- 44.- R. Gullón, "Estructura y diseño . . . ", p. 143.
- 45.- Ibidem, p. 193.
- 46.- Ibidem, p. 194.
- 47.- J. Rodríguez Puértolas, Ob. Cit., p. 83.
- 48.- Ibidem, p. 58.
- 49.- Es oportuno señalar que este personaje tuvo como modelo a un ser real: Doña Ernestina Manuel de Villena, altruista dama, ferviente católica, fundadora de un asilo para acoger a "huérfanos pobres nacidos de legítimo matrimonio". R. Gullón observa que: "El requisito de la legalidad, por anticristiano que sea, define bien el carácter burgués de la personalidad de Guillermina-Ernestina", R. Gullón, "Estructura y diseño. . . ", p. 162.
- 50.- Loc. Cit.
- 51.- Véase supra, Capítulo I de la Segunda parte: Mauricia la Dura: la amiga.
- 52.- S. Gilman, "The Birth . . . ", p. 80. Blanco Aguinaga comenta muy ampliamente este punto en su citado artículo, "On the Birth. ."pp. 20-22
- 53.- J. Rodríguez Puértolas, Galdós, Burguesía y Revolución, p. 85.
- 54.- R. Kirsner, "Galdó's attitude . . . ", pp. 129-30.
- 55.- Ibidem, p. 131.
- 56.- Véase supra, Primera parte, Capítulo I, Fortunata vista a través de la crítica.
- 57.- R. Gullón, "Estructura y diseño . . . ", p. 139.
- 58.- Carlos Blanco Aguinaga, "On the Birth. . . "
- 59.- R. Gullón, "Estructura y diseño . . . ", p. 146.
- 60.- E. M. Forster, Aspectos de la novela, pp. 63-110.
- 61.- R. Gullón, "Estructura y diseño . . . ", p. 144.
- 62.- R. Kirsner, "Galdó's attitude. . . ", p. 129.

BIBLIOGRAFIA.

DIRECTA.

- PEREZ Galdós, Benito, Fortunata y Jacinta, edición de Federico Carlos Sáinz de Robles en Obras Completas, Tomo II: Novelas, Ed. Aguilar, Madrid, 1975, pp. 443 a 935.
- PEREZ Galdós, Benito, Fortunata y Jacinta, Ed. Porrúa, México, 1975, pp. 652 (Col. Sepan Cuantos, Núm. 185).
- PEREZ Galdós, Benito, La Desheredada, Ed. Porrúa, México, 1982, pp. 293 (Col. Sepan Cuantos, Num. 378).
- PEREZ Galdós, Benito, Lo Prohibido, Ed. de Federico Carlos Sáinz de Robles en Obras Completas, Tomo II: Novelas, Ed. Aguilar, Madrid, 1975, pp. 225 a 441.
- PEREZ Galdós, Benito, Doña Perfecta, Ed. Porrúa, México, 1971, pp. 1 a 117 (Col. Sepan Cuantos, Num. 107).
- CALDERON, de la Barca, Pedro, El médico de su honra, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1978, pp. 11 a 118 (Col. Clásicos Castellanos, Num. 142).
- LOPE DE VEGA Carpio, Félix, Fuente Ovejuna, Ed. Porrúa, México, 1972, pp. 1 a 52 (Col. Sepan Cuantos, Num. 12).

BIBLIOGRAFIA

INDIRECTA.

- BLANCO Aguinaga, Carlos, "On the Birth of Fortunata, Anales Galdosianos, 1961, pp. 13 a 24.
- CASALDUERO, Joaquín, Vida y Obra de Galdós, Ed. Gredos, Madrid, 1974, 312 pp.
- CASALDUERO, Joaquín, "Realidad" y "Ana Karenina" en Benito Pérez Galdós, Ed. Taurus, Madrid, 1973, pp. 209 a 230.
- CORREA, Gustavo, Realidad, Ficción y Símbolo en las novelas de Pérez Galdós, Ed. Gredos, Madrid, 1974, 274 pp.
- EOFF, Sherman, "The treatment of individual personality in Fortunata y Jacinta, Hispanic Review, Vol. XVII, num. 4, 1949, pp. 269 a 289.
- FORSTER, E. M., Aspectos de la novela, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1961, 212 pp.
- GILMAN, Stephen, "The Birth of Fortunata, Anales Galdosianos, 1966, pp. 71 a 83.
- GILMAN, Stephen, "The consciousness of Fortunata", Anales Galdosianos, 1970, pp. 55 a 66.
- GULLON, Ricardo, Galdós, Novelista Moderno, Ed. Gredos, Madrid, 1973, 370 pp.
- GULLON, Ricardo, "Estructura y Diseño en Fortunata y Jacinta", en Técnicas de Galdós, Ed. Taurus, Madrid, 1970, pp. 135 a 22.
- HEMINGS, F. W. J. (ed.) The Age of Realism, Penguin Books, Harmondsworth (England), 1974 (Contiene un capítulo de J. D. Rutherford y otro de F. W. J. Hemings sobre "Realism in Spain and Portugal", pp. 275 a 322.
- KIRSNER, Robert, "Galdó's attitude towards Spain as seen in the characters of Fortunata y Jacinta", F. M. L. A., Vol. 66, 1951, pp. 124 a 137
- KIRSNER, Robert, "Esclavitud y Rebelión en Fortunata y Jacinta". En

Actas del Sexto Congreso Internacional de Hisoaris-
tas, celebrado en Toronto del 22 al 26 de Agosto de
1977. Ed. por Allan M. Gordon y Evelyn Hugg, Uni-
versity of Toronto, Toronto, 1980.

LEVIN, Harry, El Realismo francés (Stendhal, Balzac, Flaubert, Zola,
Proust), Laia, Barcelona, 1974.

RODRIGUEZ Puértolas, Julio, "Fortunata y Jacinta: Anatomía de una so-
ciudad bruguesa", en Galdós: Burguesía y
Revolución, Turner, Madrid, pp. 13 a 59.

RODRIGUEZ Puértolas, Julio, "Fortunata y Jacinta: Cervantes, Galdós
y la "Doctrina del error" en Galdós: Bur-
guesía y Revolución, ed. Turner, pp. 61
a 92.

ROGERS, Douglass M., Benito Pérez Galdós - Ed. Taurus, Madrid, 1973,
pp. 480 (Col. El escritor y la crítica, Persi-
les- 62).

SOPEÑA Ibáñez Federico, Arte y sociedad en Galdós, Ed. Gredos, Madrid,
1970, pp. 176 (Col. Biblioteca Románica His-
pánica).

ZAHAREAS, Anthony N., "El sentido de la tragedia en Fortunata y Ja-
cinta", Anales Galdosianos, 1968, pp. 25 a 34.